



NOSOTROS

MANUEL UGARTE

Es raro y curioso el caso literario de Manuel Ugarte en nuestra América Latina. Nadie como él se ha dedicado a las letras con un tan ardiente entusiasmo y con un tan noble desinterés. Nacido en un país en el cual las insaciables aspiraciones de grandeza descansan sobre el comercio y el cultivo de su enorme territorio, su personalidad intelectual representa el caso insólito de una flor extraña nacida en un medio árido, combatida por todos los elementos que la rodean. Sin embargo, a pesar de todos los obstáculos y en riña abierta contra el ambiente hostil de una sociedad aún embrionaria, debió Ugarte acorazarse de santa voluntad y de altísimo orgullo en su lucha iniciada en bien de la cultura y de sus ideales americanos y humanitarios.

Nacido en Buenos en 1878, su espíritu comienza a desenvolverse en paralela evolución con el progreso portentoso de la gran ciudad. A los doce años de edad, junto con haber contemplado el desarrollo paulatino de la metrópoli, impulsado bajo la administración fecunda del general Roca, sus ojos pudieron seguir muy de cerca las primeras agitaciones políticas provocadas en Julio del año noventa, por la amenaza de una enorme crisis económica y los disturbios que día a día se sucedieron durante todo el mes que duró la alarma de una probable guerra con Chile. De este modo el espíritu de Ugarte se fortificó de niño en la ruda

disciplina de las agitaciones cívicas: vivió siempre en la ciudad, contempló su crisis, amó su tráfago cosmopolita y asistió al verdadero engrandecimiento de la que es hoy la segunda ciudad latina por su importancia y población.

Toda la literatura de Ugarte, aún sus mejores cuentos criollos, respiran el fuerte aliento ciudadano de su espíritu. La ciudad ha impreso carácter especial a sus ideas: es correcto y regular como la arquitectura de sus edificios. Jamás en él se advierten esos hermosos desórdenes imaginativos que violentan todas las disciplinas.

*

Manuel Ugarte no es ni un artista, ni un filósofo, si se considera su obra en sus líneas características. Es un intelectual; un polígrafo curioso y voraz con algo de apóstol cuáquero. Sus libros no moralizan; orientan y anuncian futuras redenciones. En el momento actual es el más obstinado mantenedor del latino americanismo frente a la invasión del peligro yanqui. Impulsado por estos ideales ha recorrido la mayor parte de los países sudamericanos en cruzada altamente simpática y atrevida: Méjico, Guayaquil, Lima, La Paz y Santiago han escuchado el acento firme de su voz, voz que clama en favor de nuestra autonomía de raza, voz que anuncia los futuros peligros de una nueva era de conquistas, voz que procura mantener siempre despierto al enorme león latino, voz que se transforma en muro de acero ante la zarpa y el puño de Calibán.

Enamorado de las ideas y de las formas, Manuel Ugarte ha recorrido casi todos los géneros literarios: desde la poesía en "Vendimias Juveniles" al cuento en "Cuentos de la Pampa" y "Cuentos Argentinos"; desde la novela corta en "Paisajes Parisienses" a la novela autobiográfica en "La novela de las horas y los días"; desde la crónica frívola en "Crónicas del Bulevar", "Visiones de España" y "Burbujas de la vida", al libro de estudio concienzudo como "Enfermedades Sociales", "El Arte y la Democracia" y "El Porvenir de la América Latina". Su obra es ya fuerte aún cuando se resienta de cierta frivolidad, sobre todo en sus primeros libros. Y es que Ugarte antes que ser un estudioso estéril o un especialista frío se ha dado a la muy noble y altísima tarea de despararramar a los cuatro vientos sus ideales

MANUEL UGARTE

en forma de artículos fáciles que pudieran llegar a todos, al estudioso y al obrero, al simple lector aficionado y al oficinista que apenas si dispone de escasa media hora matinal para imponerse del periódico. La labor razonada y sistemática de Ugarte ha comenzado tarde: se inicia con sus estudios sobre indoamericanismo, de los cuales es su exponente más alto, "El Porvenir de la América Latina".

Hasta el presente sólo se había conformado con ser este escritor un maestro de energía, mitad apóstol y mitad intelectual. Durante diez años de su vida ha esparcido en el ambiente de la civilización latina ideales de reforma social, exaltando por sobre todos nuestros egoísmos nacientes de pueblos en formación, el idealismo de una democracia perfecta, consciente y vigorosa.

Ugarte antes que escritor es ciudadano. Vive en su época y quiere darse enteramente a ella. "Enamorado de las letras — escribe en uno de sus libros — que son quizá mi razón de vida, pero enemigo del *literalismo*, entiendo que en nuestras épocas tumultuosas y febriles el escritor no debe matar al ciudadano. . . . Cada cual tiene el deber de pensar sobre los acontecimientos y de contribuir a dirigir las cosas; el banquero al mismo título que el maquinista, y el poeta al igual del artesano. Si cada uno de nosotros se alejase de la plaza pública alegando sus tareas especiales, ¿en manos de quiénes abandonaríamos el alma de la nación?" Y respondiendo a este llamado de su misión apostólica de ciudadano-escritor ha compuesto los mejores estudios de sus libros; y ha arremetido contra los molinos de viento que Tío Sam ha plantado en plena garganta del istmo panameño.

En sus libros "Enfermedades sociales" y en "El Arte y la Democracia" ha predicado la necesidad de propagar los credos socialistas como razón de fortaleza para el desarrollo de nuestras democracias. Sin embargo, a pesar de la muy noble, elevada y prometedora concepción teórica que de la democracia socialista sustenta Ugarte, es fácil advertir en todo ello un error profundo de doctrina. A menudo se habla de legislación obrera; de leyes protectoras; de intervención del Estado en las cuestiones del salario; de contribuciones progresivas a las herencias, (¿acaso se realiza el ideal de esto como las ha instituído Inglaterra?); de enseñanza libre: primaria, gratuita y obligatoria, y de tantas y tantas cuestiones más, que sería largo y enojoso enumerar; mas siempre se olvida, como en el caso de Ugarte, la parte principal del

problema, como es el verdadero y consciente cultivo de la personalidad, que llevará derecho al más sano individualismo. Es preciso formar antes que rebaños amaestrados, hombres conscientes; de lo contrario por huir de las masas incultas tendremos ante la civilización las muchedumbres harto más peligrosas de los arribistas improvisados, que en caso extremo de llegar alguna vez a la dirección del reparto colectivo, se trocarían en tiranuelos endiosados por circunstancias fortuitas. Nos bastaría recordar los casos más sugestivos de los ensayos comunistas intentados por los teóricos de la Revolución Francesa o los más desgraciados aún que pretendieron establecer después de la tercera república en Francia los marxistas. Es poco menos que imposible concebir teorías de reformas sociales sin contar de antemano con la unidad segura: el individuo. Debemos ser individualistas ante todo para intentar abrir la lucha contra la ola del cosmopolitismo que en tierras de América amenaza la integridad de nuestra prosapia indo-española. Es menester poseer conciencia de la propia fuerza antes de ensayar edificaciones que fallarían por la base; es preciso ser antes libre para tener seguridad de acción sobre las conciencias ajenas. La conquista de los otros ha de partir de nosotros mismos.

*

El libro capital de Ugarte, a través del cual podemos estudiar el pensamiento que ha dado unidad sistemática a su obra más reciente, es "El Porvenir de la América Latina", publicado en 1910, año en el cual conmemoraron el primer centenario de su independencia algunas repúblicas hispanoamericanas.

La lectura de este libro nos hace recordar todas las excelencias de su obra anterior: el estilo es personal y ardiente: vibra a través de sus imágenes el mismo caluroso entusiasmo de apóstol y de artista que otrora encendiera los mejores capítulos de sus cosechas juveniles. Escrito con donaire y facilidad, se advierte inmediatamente en él más al polemista que no al sociólogo árido dado tan sólo a la especulación razonada; jamás sus páginas abundan en citas políglotas e incómodas, ni los esqueletos de largas tiradas estadísticas irregularizan la armonía de aquella apretada trabazón ideológica que fluye de su pluma con sereno convencimiento, *calamo currente*. La lectura de "El Porvenir de

la América Latina” sobre ser fácil, es agradable y comunicativa.

Después de estudiar Ugarte a grandes rasgos las líneas históricas características de la conquista, en la cual la brutalidad de la invasión española deshizo, en vez de aprovechar, el elemento aborigen que de antemano encontró casi sometido “porque el indio alimentado con fábulas creía ver en la conquista un castigo de sus dioses”, supone que la actual civilización indoamericana debe aprovechar y cultivar al indio, próximo a extinguirse, y ya que en nuestros tiempos no cabe el prejuicio de hombres inferiores, no hay razón para confinarle a los rincones de la tierra que el progreso comienza a fecundar. “Si queremos — escribe — ser plenamente americanos, el primitivo dueño de los territorios tiene que ser aceptado como componente en la mezcla insegura de la raza en formación”.

El soldado español, inculto, violento, agresivo y fatalista, sólo se preocupó en reunir fortuna en las tierras americanas de manera rápida y violenta. El no vino con carácter de colonizador ni con el fin de poblar grandes extensiones de territorio. Su afán aventurero de expedicionario obedecía solamente a una ambición desenfrenada, impuesta a su sed de riqueza por la fábula del extraordinario Eldorado que, perdido más allá de los mares, se abría antes sus ojos delirantes como una granada madura de oro deslumbrador. Sin embargo, las hostilidades ambientes de la vida obligaronle a fundar ciudades y a reunirse en centros que facilitarían sus labores de conquistador y de señor improvisado. “Si, haciendo gala de cierto autoritarismo desdeñoso — dice Ugarte — plantó la vid, instaló algunos molinos y difundió en ciertos centros la ciencia insegura de los seminarios, fué urgido por las órdenes reales o las incitaciones del clero. Nunca tuvo el propósito de andar en la tierra nueva. Venía a hacer fortuna. Su sueño era regresar a España en medio lustro. De aquí el desgano para embellecer en torno la existencia. Sin embargo, las congregaciones difundieron sus industrias. Y luego la vida fué creciendo y las selvas abriendo sus vientres verdes y misteriosos a las dentelladas del hacha, en cuyas entrañas dormían riquezas fabulosas y restos de civilizaciones casi extintas. De esa lucha entre la raza vieja y el ambiente nuevo, de ese eslabón primitivo que ata un pasado oscuro a un presente inquieto, arranca el vuelo de nuestra vida actual. Del español hemos

heredado sus costumbres y con ellas sus cualidades y sus defectos. ¿Debemos continuar en la línea de ascensión procurando mantener siempre redivivo el sentimiento de nuestro españolismo, o buscar la acentuación aislada de nuestras personalidades de colectividades independientes en un eclecticismo amplio que sea el fruto de las excelencias de todas o de las más prósperas agrupaciones?"

De tal punto arranca el problema que Ugarte se plantea e intenta resolver fortaleciendo nuestro sentimiento de pura españolidad. "Todo lo que tienda a romper la cadena — escribe — se traduce en desmigajamiento. Por eso es por lo que, aún después de la Revolución, tenemos que considerarnos como parte misma de España, cuya personalidad moral, rehecha por el clima y las inmigraciones, aspiramos a prolongar triunfalmente en el mundo". Y, luego, como la ley de progreso y de energía, supone que "ya se trate de los hombres, ya de los pueblos, el triunfo pertenece a los que, consecuentes consigo mismo, asumen la responsabilidad de sus errores, luchan por vigorizar sus aptitudes y acaban por imponer su personalidad". Esta es más razón de hidalga gentileza que razón científica. Sea para nosotros el de España un bien amado recuerdo pero no una norma de cultura y de acción. Nuestro progreso de medio siglo a esta parte se lo debemos enteramente a otros maestros de energía. ¿Cómo negar, por ejemplo, el esfuerzo verdaderamente redentor que le ha tocado en parte a Alemania en la reorganización de nuestras instituciones políticas, universitarias y militares? A ella comenzamos a serle deudores de lo mejor de nuestros sistemas educativos, de lo mejor de nuestras reformas sociales y administrativas y de la firme orientación de nuestros estudios superiores; ella ha aportado a la civilización en los dos últimos lustros mayores elementos de renovación intelectual que los que nos diera Francia en los treinta últimos años del siglo pasado. Pero, ¿será posible suponer por esto, que, a título de conveniencia o de gratitud, tiñamos nuestro carácter de puro germanismo? No; tan ridícula sería semejante castración idiosincrásica como aquella de pretender conservar ciertas características españolas, contrarias a la modalidad nerviosa de progreso actual. Que los españoles sean profunda y concienzudamente españoles, mientras nosotros conquistamos nuestra independencia aprendiendo, asimilando y desconfiando de todas las audacias que echen raíces junto a nosotros,

fuerza es reconocer que nos hemos adelantado a la península y que junto con perder la españolidad, nuestro alejamiento se acentuará cada día más en el sentido ascendente que la conquista de nuestra personalidad nos exige. Libres de prejuicios y de trabas, una vez pasado el umbral de la inexperta adolescencia, volveremos a ella como el doncel de la leyenda que, por las mañanas, acompañaba a su madre anciana en sus paseos matinales a través de los prados verdequeantes. Y no es que con esto pretenda afirmar que debemos a toda costa renegar de España para alcanzar una soñada libertad; por la inversa, intentemos conservar siempre el sentido de nuestra tradición latina en el carácter y en la modalidad espiritual. Tenemos un gran ascendiente de raza que mantener, un pasado fuerte que continuar y una herencia viril de arte que renovar. “El cosmopolitismo — escribe Rodó — que hemos de acatar como una irresistible necesidad de nuestra formación, no excluye, ni ese sentimiento de fidelidad a lo pasado, ni la fuerza directriz y plasmante con que debe el genio de la raza imponerse en la refundición de los elementos que constituirán al americano definitivo del futuro”. Pero, más allá de los deberes de la raza, están las imposiciones del progreso: ¡que no puede el hijo ceñirse siempre a los mandatos de la madre cuando estos caen fuera de la norma que le muestra su derrotero espiritual en la edad madura!

Un siglo de civilización amamantado en las ubres generosas de la redentora Francia, ha desvirtuado en parte la uniformidad de nuestras costumbres: desde los días bienaventurados de nuestra emancipación política, muchas fuerzas extrañas han obrado sobre el carácter de las agrupaciones indo-latinas. A principios del presente siglo comienzan a notarse los efectos de energías propias que procuran concentrar los elementos dispersos de cada sociabilidad: y, así, no es extraño que se hable ya de carácter argentino, brasileño o chileno, puesto que cada una de estas naciones comienza a tener no sólo vida interior propia, sino que tribulaciones y conflictos trascendentales característicos de sus primeras inquietudes.

Colocándonos en los puntos de vista desde los cuales Manuel Ugarte ha considerado las democracias indo-españolas, nos preguntamos: ¿tenemos el deber imperioso de afianzar definitivamente nuestra unidad latina contra el peligro yanki? Es indudable que la apertura del Canal de Panamá le reserva a la gran

república del Norte un porvenir colosal de expansión comercial y de tutelaje político. ¿Cómo contrarrestar entonces la ola arrolladora del comercio de la Unión, una vez partido el itsmo, cuando nuestros países de la costa del Pacífico no tienen ni las escuadras mercantes suficientes, ni los puertos bastante populosos y ricos que lleguen a detener en un instante la acción mercantil formidable de los Estados Unidos? Además, en relación a los yanquis, los restantes países europeos estarán en manifiesta desventaja: los derechos de travesía por el canal limitarán estrechamente el tránsito de las embarcaciones y, en caso de un conflicto el Gobierno de la Unión podrá obrar a su antojo en su factoría, según sean sus conveniencias políticas. El monopolio absoluto que podrá mantener Estados Unidos en algunas plazas sudamericanas, especialmente en aquellas que le presenten menor resistencia como Guayaquil y el Callao, acabará por familiarizar a nuestros gobernantes con los caprichos perjudiciales de Tío Sam. Y si a esta acción comercial sumamos la muy formidable aún de la cultura norteamericana que ya comienza a ganar terreno en repúblicas como el Uruguay, Brasil y Chile, tendremos ante nuestros ojos la verdadera imagen de lo que tal peligro significa para nuestra unidad indo-latina. Los brazos del pulpo pueden envolvernos, por la fuerza de las cosas, y nuestra resistencia tiene que ser muy uniforme y sostenida, o estamos de hecho condenados a ser víctimas de ese abrazo fatal.

La acción cultural de la gran república sobre sernos benéfica puede imponerse con facilidad suma en hispanoamérica. ¿No hemos visto en el último gran campamento estudiantil de Piriápolis, destacarse limpa y firme la gran figura de un yanqui extraordinario: hombre de carácter y de acción; hombre fuerte, inteligente y comprensivo? ¿Quién podría negar que Mr. Ewald, no fué el verdadero conductor espiritual de esa hermosa cuanto fecunda reunión estudiantil cosmopolita? Detalles son estos que prueban hasta qué punto tarde o temprano, y gracias a una labor paulatina y sostenida, nuestras repúblicas pueden llegar a ser algo más que simples tributarias comerciales de Estados Unidos. Y ellos tienen razón al querer hacer extensiva su cruzada de cultura en nuestras tierras: son superiores a nosotros como elementos disciplinados de trabajo, son superiores en su educación y son superiores en su esfuerzo colosal. La América Latina es para ellos un campo de Agramante, en el cual imperan el desorden y

el desconcierto. Ellos justificarían su protectorado en nombre de la civilización.

Durante más de medio siglo Estados Unidos procuró hacer pesar directamente contra las ambiciones de Europa su progreso, manteniéndose como un muro de acero entre los avances imperialistas de Inglaterra, Francia y España y la libertad de las jóvenes naciones indo-españolas. "Ils proclamèrent l'autonomie du continent — escribe García Calderón — et contribuèrent à la conservation de l'originalité de l'Amérique méridionale en interdisant la formation des colonies dans ses territoires déserts, en défendant contre l'Europe réactionnaire des Etats républicains et démocratiques". Sin embargo, si a mediados del siglo XIX los Estados Unidos no manifestaban aún abiertamente sus ambiciones imperialistas sobre los territorios de la América del Sur, hoy su política parece orientarse abiertamente en el sentido de que tiende a favorecer el ensanche de sus fronteras más allá de los límites necesarios. La propia doctrina de Monroe no tiene sino un carácter de disfraz de tales ambiciones, que lo delatan hechos ya consignados por la historia americana. La independencia de Cuba, la cuestión vergonzosa del Acre, la separación de Panamá, el apoyo indirecto ofrecido al Perú durante la guerra del Pacífico y, entre nosotros, el ya lejano incidente del Baltimore, la intromisión de su diplomacia cuando hemos querido solucionar nuestros conflictos internacionales y, no hace mucho, el lamentable asunto Alsop, acaso traicionan los aparentes buenos propósitos que se desprenden de aquellas palabras pronunciadas por Mister Root en la conferencia celebrada en 1906 en Río de Janeiro: "No queremos — dijo — obtener ninguna victoria; no deseamos otro territorio que el nuestro, ni mayor soberanía que aquella que deseamos conservar sobre nosotros mismos. Estimamos que la independencia y la igualdad de derecho de los menores y más débiles miembros entre las familias de las naciones, merecen tanto respeto como los de los grandes imperios. No pretendemos jactarnos de tener ningún derecho, privilegio o poder, que no se lo concedamos libremente a cada una de las repúblicas americanas" ¡ Ah! si los gobiernos obraran en consonancia con su diplomacia! Qué de cosas, en Nicaragua, Méjico y Colombia no han pasado poco después de pronunciadas las palabras de Mister Root!... ¡ Desgraciado del navegante que, como Odiseo, confió en el canto de las sirenas!...

El progreso colosal de los Estados Unidos exige, forzosamente, el ensanche de sus fronteras, más allá de sus buenos propósitos. Sus industrias, su población, su riqueza, su actividad toda, la emigración que se multiplica con prolífica constancia, exigen campo más vasto para el desarrollo de sus energías. A él le acontece lo que al ratoncillo de la fábula, quien, ya crecido, no se habituaba en el corto encierro de su jaula de pequeñuelo. El territorio que en el primer cuarto del siglo pasado apenas si contaba con cinco millones de habitantes, hoy tiene ya más de ochenta y su riqueza ha centuplicado en proporciones. He aquí lo que nos enseña la estadística, según trae a colación la siguiente cita del propio Ugarte: "La riqueza acumulada de los Estados Unidos es superior a la de cualquiera otra nación del mundo. Son los más grandes productores de algodón, carbón, maíz, hierro, acero, plata, cobre, plomo, arneses, teléfonos, telégrafos, tabacos, ferrocarriles, maderas, aceites, cueros, harinas, trigo, fruta, muebles, relojes, papel, pulpa de madera, conservas, calzado, vidrio, periódicos, locomotoras, carros, carruajes, bicicletas, máquinas de coser, maquinaria para agricultura, máquinas de molino, manufacturas de latón, instrumentos de música, etc. El valor de la riqueza en 1890 era de 65.037.091.197 pesos oro. Hoy es de 120 mil millones. Todos los años aumenta en la proporción de 4.000.000.000. El pueblo disfruta de más lujo y bienestar que cualquier otro del mundo. El comercio con los demás países de la tierra arroja un saldo anual a su favor de quinientos millones. Estas cifras fabulosas, dignas de una república imaginaria, muestran en parte lo que significa el salto extraordinario dado en la escala del progreso por este país que, en menos de un siglo, ha desplegado más energía que todas las naciones de Sud América juntas en tres centurias sucesivas. Quien quiera que lea, por ejemplo, el libro de Julio Huret sobre los Estados Unidos, ¿no cree tener ante la vista una historia fabulosa en la cual se barajan guarismos estupendos, con más fantasía que la desplegada por el propio Swift al hacer viajar a su héroe por las regiones extraordinarias? Y, empero, tales cifras responden a la más rigurosa verdad. Los millones se multiplican allí con más facilidad que en otra parte cualquiera del mundo civilizado. Lo cual ha bastado como la mejor de las *réclames* y de los prestigios. En París, por ejemplo, — y digo París por considerársele entre los sudamericanos como la fortaleza de la distinción y de la sabidu-

ría — los norteamericanos han logrado ya influir en las salas de espectáculos, en la indumentaria y en los sports. Y, no hace mucho, el filósofo William James mantuvo en suspenso la atención de la crítica más sesuda (Boutroux ha sido su mejor propagandista al dedicarle un hermoso libro), mientras aquel nuevo Nemrod teñido de Tartufo, señor del *bluff*, Roosevelt, logró atraer la curiosidad de París para ganarse una sonora carcajada. Y, más recientemente aún, ¿no ha tomado el nombre del gran Walt Whitman como enseña, el círculo de los jóvenes poetas que figuran en la “Anthologie de l’effort?”

Es preciso reconocer que el yanki se ha impuesto por el prestigio de su riqueza y por la fuerza altanera de su esfuerzo comercial. La que antaño fuera débil colonia puritana es hoy floreciente y temible águila caudal. Sus alas son fuertes y sus garras de bronce.

Nuestra primitiva incultura hispanoamericana es más propicia al halago de tan tentadora atracción, que no a la pobreza resignada y fuerte de cualquiera otra disciplina de sobriedad. Ugarte reconoce que “en las luchas futuras los Estados Unidos llevan además de la ventaja del oro la de la audacia”. Y decir audacia en este caso es afirmar imposición de la fuerza bruta, de la preponderancia marítima o de la seguridad militar. ¿Quién duda de que así como España se vió deshecha, hace algunos lustros en la guerra de independencia de Cuba, podamos ser nosotros víctimas semejantes en un conflicto internacional parecido? Recordemos la siguiente página memorable de un colaborador anónimo de la “North American Review”, en la cual traza la historia de la intervención yanki en Nicaragua : “Los gubernistas, — escribe — bajo el mando del general Lara bloquean estrechamente Bluefields; dueños del mar, van a sitiar por hambre a los bloqueados y a obligarlos a rendirse; pero los americanos intervienen en el momento preciso, con el pretexto de que alguno de los conciudadanos se encuentran dentro de Bluefields y de que la plaza tiene estrechas relaciones comerciales con los Estados Unidos. Ciento veinte marineros americanos desembarcan en Bluefields para proteger las propiedades de sus conciudadanos; se levanta el bloqueo porque con él sufriría perjuicios el comercio americano, y penetran libremente en el puerto navíos cargados de víveres y de municiones, bajo la protección de la bandera americana y en las propias barbas de los sitiadores exasperados. Los

navíos del gobierno no tienen derecho a disparar un solo tiro cerca de la ciudad porque sus balas podrían maltratar alguna propiedad americana!"

Esta es la eterna historia que desde hace siete lustros se está repitiendo en diversos países. Para la bandera de la Unión el Código Internacional es elástico y se acomoda demasiado bien con las exigencias de los intereses imperialistas de sus gobernantes. Mas, desde hace algunos años, a la imposición por la violencia está sucediendo la guerra comercial que tiende sus cien mil tentáculos por toda nuestra América Latina. Y es esta última la que mayormente debíamos temer, pues ha de ser la que acabe de imponerse con la próxima apertura del Canal de Panamá. A la táctica de las armas sucede hoy día, con más segura eficacia, la de la exportación, rebaja de precios, tratados aduaneros e implantación de capitales. ¿Quién no prevé ya la derrota de Francia en Marruecos, obtenida por Alemania acaso antes de veinticinco años, gracias a su astucia mercantil? Mientras Francia mantiene la administración de la colonia, Alemania se apodera de las fuerzas principales colocando sus capitales y sus casas fuertes.

Veamos ahora, la resistencia que debe presentar la América Latina a los Estados Unidos, según lo entiende y lo propone Ugarte.

Es preciso que nos unamos, predicamos él, que se realice alguna vez el sueño de una estrecha fraternidad, de una unión de intereses y de acción. Mas, ¿cómo se ha de realizar tal quimera en naciones separadas por toda clase de obstáculos, odios momentáneos y falta de comunicaciones? Un acercamiento inmediato es imposible. "La acción podrá traducirse en congresos, — escribe Ugarte — enviados diplomáticos especiales, tratados de comercio, acuerdos para establecer líneas de comunicaciones, cuerpo consular numeroso y elegido entre gente de palabra o de pluma, creación de tribunales de arbitraje y cien iniciativas análogas que están en la conciencia de todos". Y luego, agrega que de este escalón se podría subir al de obtener medios más directos. "Se fundarían diarios especiales, — dice — se multiplicarían las conferencias, habría intercambio de comisiones encargadas de estudiar un punto u otro de la administración de los Estados, se perfeccionaría el servicio internacional de correos, se organizarían con estudiantes delegados de cada facultad viajes colec-

tivos alrededor de América, se aumentaría el canje regular entre los diarios de las diferentes capitales, se dictarían leyes que redujeran la naturalización de los latinoamericanos de otras repúblicas a una simple declaración escrita, y con las líneas de comunicación cada vez más rápidas y más completas, con la propaganda eficaz de los escritores, industriales, cónsules y poderes públicos, no parece difícil conseguir al cabo de pocos años un recrudescimiento de idealismo y de fraternidad”.

Felizmente podemos anotar aquí que algunas de estas medidas se han llevado ya a la práctica o están en vías de ensayarse. ¿No responde acaso a este fin la reciente creación de la Liga Intelectual Latino Americana? En sus estatutos se consultan los viajes anuales, conferencias e intercambio intelectual. Su esfera de acción se irá ensanchando año tras año y día llegará en que sea el mejor medio de comunicación de ideales, proyectos y trabajos de unión. También los recientes congresos de estudiantes y los Campamentos de los mismos comienzan a realizar un fin que no es otro que el propuesto en este capítulo del libro del escritor argentino. Nuestros diarios, desde hace poco más de un año, han iniciado un servicio cablegráfico, aun muy restringido, entre los países de Sud América; servicio que acaso en breve será independiente y copioso como el que se mantiene con Europa. Además, en cierto modo, han realizado proyectos de acercamiento las muchas misiones militares que, por ejemplo, Chile, ha enviado a países como el Salvador, Colombia y el Ecuador, y algunos de los muchos profesores y maestros que han sido contratados por gobiernos de la América Latina para reorganizar sus establecimientos de enseñanza y cuyas labores han dado resultados benéficos para la fraternidad indo-española.

Esta unión será la mejor valla que logremos oponer a la avalancha del progreso norteamericano que amenaza invadirnos. Esta y no otra, como propone Ugarte aconsejándonos aprovechar el desacuerdo que existe entre el Japón y la República de la Unión, será la más segura. “La hostilidad entre esa nación (Japón) y los Estados Unidos, puede ser utilizada con éxito en un momento dado”. No; pues tal eventualidad es demasiado problemática para que soñemos en ella. ¿Quién nos asegura que mañana la diplomacia de ambos países no acuerde repartirse la supremacía del Pacífico con soberbios y ventajosos tratados comerciales? ¿Cuál sería nuestra situación, entonces? Es-

taríamos en el caso del zorro de la fábula que por animar al león a trabar riña descomunal contra el tigre, fué a dar en las mandíbulas de estas fieras y consiguió sólo ser pasto de ambos estómagos felinos.

Aquellos que han sentido temores remotos respecto de la cruzada de ideal latino emprendida por Manuel Ugarte, olvidan acaso lo que significa el precio de la libertad completa de un país. Nosotros, americanos, admiramos fervientemente el progreso colosal de la gran Nación del Norte; su civismo debe servirnos de ejemplo y de guía. Y, tal vez tenía razón el poeta Chocano cuando cantaba en versos rotundos y sonoros:

Los Estados Unidos como argolla de bronce,
contra un clavo torturan de la América un pié;
y la América debe, ya que aspira a ser libre,
imitarles primero e igualarles después.

Pero, cuidemos muy bien de que los grandes ojos azules de este Ihor sajón nos convenza de buscar jamás amparo en sus brazos, cuando la adversidad golpee a nuestra puerta. Día puede llegar en que las barbas fluviales de este padre río cubran las fronteras de Venezuela y el Brasil, y derramándose más allá de los vastos gomales bolivianos, amenacen la tranquilidad de América. Entonces, nuestro aislamiento de pueblos jóvenes, puede sernos funesto: y quizás si corramos la ventura de aquel mancebo que en los cantos de Homero se alejó hacia el mar atraído por las voces de las ondinas para no regresar nunca más a su heredad florida.

*

Cuenta el ingenuo, fresco y sereno Francis Jammes, en uno de sus más lindos poemas que

Un poète disait que lorsqu'il était jeune,
il fleurissait des vers comme un rosier des roses.

Cual más cual menos, todos hemos sido poetas en la adolescencia: y, buenos o malos, los versos nacidos en aquella edad, han cantado como alondras matinales en nuestros corazones de veinte años. ¡Quién no ha forjado un poema o un madrigal al conocer el sabor amargo de un primer desengaño! Como el

lírico adolescente del poeta francés, hemos sido rosales que el rocío de cada aurora ha encontrado siempre cubierto de botones y de promesas. Y, ¡triste sería pensar en una juventud de artista que no hubiese tenido su primavera! Cuando se comienza a vivir lleno de ilusiones, cuando la perspectiva de la juventud se abre ante los ojos como un valle florido, puéblase de voces nuestra soledad interior: cantan en sus nidos de esperanzas los ensueños en forma de aves que aguardasen ver abierta la portezuela de su dorada jaula para echar a volar bajo el cielo. ¡Es tan bella la juventud y es tan hermosa la vida que una mañana de sol o una sonrisa de mujer pueden hacernos vibrar y cantar como el ave azul de la leyenda florentina! ¡Qué extraño es, entonces, que este generoso poeta argentino haya lanzado a volar sus estrofas, en alegre bandada, por un solo beso de mujer? ¡Si un beso puede valer una vida! El amor no envejece y el cristal de unos ojos azules se aprecia según sea la emoción con que ante ellos recemos nuestras misas de ilusiones: el beso de una Francesca de Rimini pudo cotizarse otrora con la muerte, como ayer costó el de Roxana la eterna desventura de Cyrano y hoy, gracias a una alegre niña pía, Manuel Ugarte pudo robarle un instante a sus horas de grave recogimiento para liar la fresca gavilla de sus "Vendimias Juveniles". Esta sola galantería que el poeta ha recordado en la dedicatoria a la primavera, nos da la medida de esa cosecha de ensueños segada a los veinte años. Y es hermoso anotar, como un paréntesis en la obra total de éste que es hoy escritor sesudo y grave, que ha dejado tras su juventud una adolescencia florecida de capullos, lo que representa en su labor un libro de pura belleza, de frivolidad y de ensueño. Bien se nos alcanza que el autor de "El Porvenir de la América Latina", recuerda sus versos con el cariño íntimo con que las abuelas conservan la memoria de sus coqueterías juveniles. El lo ha dicho y es menester repetirlo: "Son juegos de salón que acaban con el día, — escribe — pequeñas claridades interiores que pueden vivir en la intimidad, pero que se extinguirían en público. Sólo son para dichos al caer el crepúsculo entre dos bocas". Pero, es necesario recordar también que hay ciudades que prenden dentro de los corazones como llamaradas de pasión y, a veces, una claridad suele bastar para iluminar una vida. Así debe haberlo comprendido aquella niña, hermana de la Primavera, que, "ensayando en un capricho de coqueta todas

sus armas de oro", le arrancó con un beso la promesa de editar sus versos. ¿Puede haberse arrepentido más tarde el poeta? No; en ningún caso: hoy su libro de notas juveniles es el mejor breviario de sus emociones de adolescente. Y ¿acaso habría alguien capaz de impedirnos conservar siquiera sea el grato perfume de nuestra juventud en vasos de cristal? Cuando el Otoño se avvicine, el poeta se recreará seguramente ante el enjambre de ilusiones que, como abejas de oro, duermen en sus páginas, tal en un panal labrado con lo más bello que puede atesorar la primavera de un poeta: ésta es Ninón, aquella que cenó con el artista bohemio un racimo de uvas en un desván de la calle Saint-Jacques; ésta es la Rosa Coral de antaño, hoy madama Ihy, sobre cuyo pasado habla tan claramente la linda estrofa siguiente:

Y cuando pases triunfal
del brazo de tus amantes,
no olvides Rosa Coral,
que he sido el padre oficial
de tu primer par de guantes.

Y esta otra, fina, grácil y leve como un dibujo de Helleu, a quien teme el poeta por sus alfileres como hubiera temido Fragonard de tales enemigos en una aventura galante.

Y, siendo la más hermosa
¿por qué razón te imaginas
que no podrías ser rosa
si no tuvieras espinas?
.....
¿O acaso esos aguijones
con que sueles arañar
son centinelas que pones
para impedirte pecar?

y aquella Manon deliciosa, que se dijera arrancada de una página de Murger y que

Cuando pasas silenciosa
por los campos del amor
dejas tras sí el resplandor
de una ala de mariposa.

y esta marquesa galante, digna de una anécdota de Restif de la Bretonne cantada por el poeta con la gracia y distinción de un verdadero madrigal,

Cuando tu boca me besa
en repetirme se obstina
que vienes en línea expresa
de una elegante marquesa
que murió en la guillotina.

Todas hermosas, todas alegres, todas jóvenes. Evocamos sus recuerdos en una ronda y a medida que la bruma de ensueño diviniza a tales mujeres, el corro cobra vida, danza y ríe: se pensara entonces en aquellas visiones aladas que evocó Sandro Boticelli, el divino místico de los colores. Es la Primavera, la juventud que llega; o, como en bellos dísticos dijo el lírico latino: "Primavera, juventud del año; juventud, primavera de la Vida".

Así, pues, este poeta aprisionó en sus estrofas los recuerdos de su juventud. Sus versos evocan sus locuras de amor, sus ilusiones de ayer: la bohemia deliciosa que todos hemos hecho, por lo menos imaginativamente a través de los libros y que Ugarte ha vivido en el seno de Lutecia, más cerca que nosotros de los recuerdos de Alfredo de Musset y Margarita Gautier. "De ahí que estas páginas — nos recuerda él — reunidas por un capricho tuyo, Margot, no sean más que una sonrisa entre dos gestos". ¿Por qué dos gestos? Una sonrisa entre dos besos o entre dos resplandores de primavera. Las locuras de la juventud siempre son divinas locuras. ¿Puede acaso haber algo más hermoso que una adolescencia borracha de amor y de desorden que, como una mariposa ebria de luz, estuvo a punto de perecer en el ardiente y rojo corazón de una llama? En tales latitudes del sentimiento los cánones más austeros de la moral valen menos que una sonrisa iluminando una vida. Y es por esto y no por otra cosa por lo que estas "Vendimias Juveniles" se leen con amor y con simpatía; con el entusiasmo vivo con que un espíritu joven se asoma a las ventanas del recuerdo, a revivir su juventud cual un convaleciente que en mañana fresca de primavera contemplara el campo florido, los senderos que se alejan y los rosales cubiertos de yemas. Tal vez más tarde, cuando la primera nieve de los años cubra de plata sus cabellos, podrá recordar el poeta, como el filósofo heleno, que su juventud fué un huerto exuberante, en el cual, por las noches, las estrellas bajaban a charlar con las flores. Entonces el calor veraniego de la adolescencia se prolongará hasta la vejez y la coronará de rosas eternas.

Todas las cualidades y los defectos de este primer libro de

versos del poeta, son defectos y cualidades de juventud. Escritos en el umbral de la adolescencia, nacieron al calor de las emociones y de la vida, en la época en que los mandatos del corazón tienen la autoridad de un imperativo categórico. Y es por esto por lo cual si se les tacha de frívolos, en ningún caso se les puede negar su distinción y su delicadeza. Ugarte es poeta elegante, con alma de *galantuomo* y de romero. Borda un madrigal con la misma facilidad con que aprisiona el recuerdo de un beso en un lindo soneto:

A veces nuestros labios, como locas
mariposas de amor, se perseguían;
los tuyos de los míos siempre huían
y siempre se juntaban nuestras bocas.

Los míos murmuraban: "Me provocas",
los tuyos: "Me amedrentas", respondían.
y aunque siempre a la fuga se atenían.
las veces que fugaron fueron pocas.

Recuerdo que una tarde la querella
en el jardín llevando hasta el exceso:
quisiste huir, mas por mi buena estrella

en una rosa el faldellín fué preso.
y que después besé la rosa aquella
por haberme ayudado a darte un beso.

Tienen todaq las estrofas de este poeta la misma vivacidad pictórica que su prosa. La imagen modela la estrofa y le da aliento y vida. Como los parnasianos, persigue el ideal de la forma animada por el relieve de la figura. Así abundan en sus estrofas metáforas violentas, transposiciones, pleonasmos, paradojas y comparaciones que realzan hermosamente los contornos de la figura y la tonalidad del verso. Habla el poeta de ojos que en la noche navegan como estrellas, de almas que flotan en las pupilas como en las aguas duerme la luna, de amores rápidos como las serpentinas que se desgarran, de una modelo blanca como una Venus a la que

El sol para dorarla. su última flecha arranca.
y corre la mirada de luz que se deslic
como una pluma de oro sobre la carne blanca.

de cerros que entre la bruma semejan brazos de titanes que se baten con fantasmas; de una ciudad de sombra que semeja una nave:

El ser tirita ante la muerte suave
del crepúsculo gris en que caemos
y la ciudad de sombra es una nave
que avanza y boga sin mover los remos.

de un grupo de obreros que por el camino blanco de la aldea
se alejan

y cuando están dispersos y distantes
se recortan al sol como gigantes
que marchan al asalto de una hoguera.

Esta es la cualidad sobresaliente y característica de los versos de este poeta que ha hilvanado con ellos una sarta de perlas para coronar su ardiente juventud.

Hechos un manojo de flores en "Vendimias Juveniles" recordarán muchos años una adolescencia hermosa de artista, que ha florecido en sus versos como un rosal de rosas y un corazón que se ha vaciado como una fuente eterna. Así pedía el ingenuo, fresco y sereno Francis Jammes.

"Vendimias juveniles" representa la adolescencia de un espíritu que se formaba: allí están todos los versos que brotan del espíritu con la bella inconsciencia sentimental de los veinte años. Valen lo que una rosa silvestre fresca en la mañana, seca a la tarde; son el aroma de una bella juventud apolínea, un aroma que se diluye a través de su labor literaria total perfumándola suavemente.

Paje y trovador en un Versalles doliente, el poeta abandona un buen día a las marquesas de sus ensueños, olvida las galanterías de sus madrigales y se confunde en la urbe civil con todos los que tienen hambre y sed de justicia en los rincones oscuros de su América nativa.

ARMANDO DONOSO.

Santiago de Chile, Julio de 1914.



Manuel Ugarte

LA MUERTE EN PRIMAVERA

Moriremos, divina, en esta primavera,
Que tantos corazones hinche ya de ventura,
Moriremos en medio de inefable dulzura,
Mientras en rayos de oro se deshace la esfera.

Nuestro espíritu triste, al cabo, ya ¿qué espera?
¿No ha llegado al extremo nuestra cruel desventura?
¿La muerte no es mejor, que esta horrible pavora,
Aunque aquélla no lleve su plena primavera?

Nuestro amor es purísimo, nuestro amor es profundo,
Divina, nuestro amor, no es amor de este mundo,
Por él vivimos hoy en continuo delirio.

La muerte en primavera, sin ningún desconsuelo,
Nos librá, por fin, del terrenal martirio,
Y nuestro amor, divina, florecerá en el cielo.

LUIS MARÍA DÍAZ.

ENSAYO SOBRE LA OBRA DE ROMAIN ROLLAND

Hace mucho tiempo que tenía la idea de escribir para los lectores de NOSOTROS un estudio sobre la obra literaria del ilustre escritor francés Romain Rolland, cuando de repente me cayó en las manos el texto de esta conferencia que su autor había leído en el aula de la Universidad de Ginebra, el 16 de Enero de 1914, y que publicó más tarde en "Wissen und Leben" y en la "Revista de la Sociedad de Estudiantes "Stella".

Sin tiempo para dedicarme a escribir el cuidadoso trabajo que la simpática figura de Romain Rolland se merece, me puse en seguida a traducir las páginas de Max Hochstaetter. Me parece que es un deber tender a popularizar obras como las de Romain Rolland. Alienta en ellas un calor de humanidad tan real que a su contacto sentimos que nuestra propia vida interior se acrecienta y se intensifica. Es el fin verdadero de todas las artes y Romain Rolland lo ha alcanzado plenamente con su "Juan Cristóbal", que es una serie de "puras maravillas".

Romain Rolland es un erudito, un historiador, un crítico, un novelista; pero es sobre todo un admirable creador de figuras humanas, a las que infunde con gran vigor la vida tumultuosa de su alma superior, bondadosa y rica. Su "Juan Cristóbal" es una pequeña enciclopedia de la vida contemporánea, y la ha compuesto con tanta sinceridad, con un sentido tan real y humano, que a su lectura caen todas las prevenciones críticas y todas las actitudes intelectuales. Sinceramente, no acertaría a decir al lector sobre los diez volúmenes que constituyen esta obra, más que esto: leedlos, y leedlos cuanto antes si amáis verdaderamente los grandes goces del espíritu, si queréis entrar en conocimiento de los mejores libros que han producido las prensas francesas en los últimos treinta años, después de algunas novelas de Anatole France.

En París se recibieron con muchas reservas las bellas manifestaciones de esta vigorosa personalidad. He leído por entero algunas de las críticas que cita Hochstaetter, y sólo contienen repro-

ches "literarios", cuestiones estériles de técnica y de oficio, como luego se verá. En un primer momento no se perdonó a Romain Rolland su marcada simpatía por Alemania y las críticas terribles de "La Feria en la plaza". Hay en este libro demasiadas verdades y verdades demasiado amargas sobre la vida intelectual parisiense, para que su autor conquistara de golpe en las letras francesas el puesto que se merece por las raras y altas cualidades de espíritu y de corazón que le adornan. "Nemo propheta in patria"; es cierto, hoy como siempre esta verdad tiene una confirmación repetida; pero el pueblo francés, que es el más justo porque es el pueblo más inteligente de la tierra, no tardó en reconocer la injusticia de sus reservas respecto de esta figura que honra por igual a la gloriosa literatura y al pensamiento franceses.

Romain Rolland posee un brillante genio literario, y, lo que vale más, tiene el alma de un apóstol. Es un maestro que al pasar ante nosotros las hojas del libro magnífico de una existencia fecunda, va glosando sus hechos con palabras dulces, hermosas y convincentes, en las que se deslizan las eternas verdades sobre las que reposa la vida verdadera de nuestro espíritu y de nuestro corazón. ¡Qué glosa profunda, luminosa y sencilla! Hay en ella frases que valen muchos buenos libros. La riqueza de sus obras está constituida por valores humanos y no de valores literarios, y por eso Romain Rolland es una de esas figuras de creador intelectual que se aman o no se aman, pero que no se discuten. ¿Que se ama o que no se ama? Me parece que he dicho una tontería, porque ¿cómo no amar, y de todo corazón, a un artista que ha volcado en sus escritos, con toda sinceridad, la vida plena de su alma sedienta de justicia y de belleza, que la ha volcado sin reserva alguna, sin pudor y sin temor? Ha cumplido al pie de la letra con su hermosísimo precepto moral, más que literario: "Lo esencial es decir lo que se siente y lo que se cree", precepto que por sí solo constituye ya toda una religión, la única religión de las almas grandes, altivas y libres. Por eso propagar el conocimiento de obras nacidas e inspiradas como las de Romain Rolland, es propagar en cierta medida la libertad de espíritu en el mundo, porque el germen que contienen es un germen de luz, de verdad moral y de independencia intelectual. Todo consiste en que la buena simiente caiga en tierra fecunda, y esto es ya cosa del destino.

“Un alma grande jamás se encuentra sola — dice Romain Rolland en la *Feria en la plaza* — por desprovista de amistades que se encuentre, acaba siempre por creárselas. Expande a su alrededor el amor que la inunda”... Este hermoso pensamiento se puede aplicar admirablemente a quien lo ha formulado; no sé si Romain Rolland se encuentra “desprovisto de amistades”; en todo caso, su alma grande y rebosante de amor, de entusiasmo y de fe, se ha creado una legión, no de discípulos, sino de amigos fervientes.

Los que gozan del privilegio de conocerle, los que le han visto en Suiza, en París en el pequeño departamento, de una simplicidad casi monacal, del bulevar Montparnasse, no olvidarán nunca la intensidad de su mirada azul, el encanto de su voz grave, un poco velada, sus gestos extraños. Es delgado y alto, un poco abovedado de espaldas. Su acogida es fría, la conversación difícil; pero en seguida se anima y bien pronto se presenta el autor de *Juan Cristóbal*, tal como uno se lo imagina por sus libros, apasionado, comprensivo y benévolo.

Romain Rolland como historiador, crítico de arte, dramaturgo y novelista, ha escrito obras numerosas y diversas, todas originales y de absoluta sinceridad. Es de los que han hablado porque tenía algo que decir. No ha hecho ninguna concesión. No ha buscado la gloria, y quizás por ello la ha merecido más pronto. Su amor de la soledad — que no le impide asomarse sobre el mundo — su desdén hacia el éxito fácil, la dignidad de su vida de escritor, le han valido la admiración de muchos intelectuales que no aman, absolutamente, su estilo ni sus ideas.

Se ha dicho que sus lectores apasionados le admiran ciegamente, se resisten a oír a su respecto toda especie de crítica y le colocan arbitrariamente en el pináculo. Todo es cuestión de entenderse: muchas personas buscan en la lectura no una distracción, ni un placer de orden estético, sino una confortación moral: para ellas el novelista ha reemplazado al pastor de almas. Poco les importa que la obra sea desigual; la aman sin juzgarla porque en ella han hallado consuelos, y sobre todo estímulos. No la colocan por encima, sino aparte de las demás obras. Están en su derecho, así como el derecho, — diría más bien el deber — del crítico es señalar los defectos de la obra y protestar contra “lo incompleto del estilo”.

Después que haya indicado los hechos salientes de la vida de

Romain Rolland y analizado sus principales obras — en particular “Juan Cristóbal” — contaré cómo estas obras fueron acogidas. Citaré los artículos laudativos y los que contienen reservas; no omitiré las críticas, algunas de las cuales son merecidas, porque no se puede alabar al autor de la “Feria en la plaza” y su carácter, sin imitar su intransigente probidad intelectual. Hallaremos en la obra que nos ocupa dos pasiones dominantes: el amor del arte, el culto de la bondad y de la vida, de “la humilde vida heroica”.

Los *Cahiers de la Quinzaine* publicaron en 1902 una carta de Tolstoï; al principio de una introducción, más interesante y más luminosa que la misma carta, Romain Rolland expresaba su admiración por el gran pensador ruso y lamentaba verle manifestar una violenta antipatía por el arte. En esa introducción Romain Rolland decía:

“...Yo amaba el arte con pasión; desde mi infancia me alimentaba de arte, sobre todo de música; no habría podido pasar sin ella; puedo decir que la música me parecía un alimento tan indispensable a mi vida como el pan. Así que me sentí profundamente turbado al leer en Tolstoï, a quien yo respetaba y creía, tan violentas invectivas contra la inmortalidad del arte! No obstante, bien sentía yo que ninguna impresión es más pura que la que nos produce la obra de un gran artista. En una sinfonía de Beethoven o en un cuadro de Rembrandt, hallamos no tan sólo el olvido del egoísmo, sino la fuerza de inteligencia y de bondad que brota de aquellos grandes corazones. Tolstoï hablaba de la corrupción del arte que deprava y aísla a los hombres. ¿Dónde me he retemplado mejor, dónde he fraternizado más con los hombres que en las emociones comunes de un *Edipo Rey* o de la sinfonía con coros?”

Al final de la *Adolescencia* se leen estas palabras:

“Sé piadoso ante el día que nace. No pienses en lo que serás dentro de uno o de diez años. Piensa en hoy. Abandona las teorías. Todas las teorías, créeme, hasta las de la virtud, son malas, tontas, perjudiciales. No violentes la vida. Vive hoy... Si tú eres bueno, todo marchará bien. Si no lo eres, si te muestras débil, si no sales adelante con tu empresa, no por eso hay que apesadumbrarse. Seguramente eso obedece a que tus fuerzas no llegan a tanto. Entonces, ¿a qué querer más? ¿a qué apesadumbrarte por lo que no puedes hacer? Hay que hacer lo que se puede.”

Así hablaba a Cristóbal niño su tío Gottfried.

Y en el prefacio de su *Vida de Miguel Angel*:

“Odio el idealismo cobarde, que desvía los ojos de las miserias de la vida y de las debilidades del alma. Hay un solo heroísmo en el mundo: es ver el mundo tal cual es y amarlo.”

*

Romain Rolland nació en Clamecy, departamento de la Nièvre (Francia) en 1866. Hizo sus estudios hasta la clase de retórica en su ciudad natal; los continuó en París en el Lycée Louis-le-Grand; sus padres veían en él un futuro politécnico; y a pesar de su pasión por la música se preparó en la Escuela Normal Superior de París, en la que se recibió en 1886.

“Escogió la sección de historia y de geografía, dice uno de sus biógrafos (1), en la que se creó una disciplina, un método, una personalidad; la erudición severa y prudente le enseñó el arte de analizar los hechos, de descifrar las vidas como textos inéditos, el arte de analizar los hechos, coordinarlos y hacer surgir de ellos, como un vivo relámpago del frote de un pedernal, una obra humana; y Romain Rolland es siempre historiador, ya nos cuente la vida de Beethoven o escriba la novela de *Juan Cristóbal*.

En la Escuela Normal tuvo maestros como Gabriel Monod, amigos como Claudel y Suarés; admiraba grandemente a Shakespeare, Beethoven y Tolstói; la lectura de los filósofos griegos y de Spinoza le ayudó a asentar sus convicciones personales.

En 1889 fué a Roma para completar sus estudios en la Escuela francesa de Arqueología y de Historia, que no hay que confundir con la Villa Medicis. Se enamoró con la ingenuidad y el fervor de un neófito de la vieja ciudad histórica que hace “un hombre nuevo”, como dice Goethe, de todo el que penetra en sus muros. Su estancia en Roma le fué de gran provecho, porque Roma enseña la eterna vida de la humanidad y se la abandona con el espíritu de un historiador. Roma le dió una comprensión más amplia del genio latino, de la historia, de las artes plásticas; y en aquella ciudad conoció una mujer de gran corazón que ejerció sobre su desenvolvimiento una influencia bienhechora.

Malwida de Meysenbug, “la Idealista” — como a sí misma se

(1) Jean Bonnerot. *Cahiers nivernais*: Octubre 1909.

llamaba — tenía entonces más de setenta años; después de haber combatido durante toda su vida por la emancipación de la mujer y por la libertad, vivía en medio del resplandor de serenidad que expanden a su alrededor las almas generosas. Hemos dicho ya qué amor sentía Romain Rolland por la música, “alimento tan indispensable como el pan”; Malwida de Meysenbug era también de una profunda sensibilidad musical. Esta pasión común hacia la más sutil y penetrante de las artes fué la razón primera de su amistad, que reforzaron pronto ideas parecidas y una igual elevación de espíritu. Malwida de Meysenbug se entusiasmó con los dramas de su joven amigo y cuando éste abandonó Roma, la escritora continuó interesándose vivamente por sus trabajos; poco tiempo antes de su edificante muerte — sobrevenida en 1903 — leía con pasión la biografía de Beethoven de Romain Rolland.

De vuelta a París, Romain Rolland publicó sus tesis del doctorado, una en latín: “La decadencia de la pintura italiana en el siglo XVI”, y otra en francés, “Historia de la Opera en Europa antes de Lulli y Scarlatti”. Fué encargado en seguida de un curso de historia del arte — en la Escuela Normal y luego en la Sorbona — que consagró a la historia de la música.

En 1897 aparecieron en la Revista de París los cinco actos de *San Luis*; en 1903 y 1904 los abonados de los *Cuadernos de la Quincena* recibieron *Beethoven* y el primer volumen de *Juan Cristóbal*.

Agreguemos para terminar con esta corta biografía, que en 1912 Romain Rolland renunció al profesorado para dedicarse por entero y en el silencio a la elaboración de obras nuevas.

*

Después de haber hablado del hombre con la discreción que se merece un vivo, examinemos su obra. Es vasta: teatro, ensayos sobre la música, biografías de grandes hombres, novelas, la admirable serie de *Juan Cristóbal*.

Para comprender sus dramas, tan diferentes de las demás producciones del teatro contemporáneo, y el objeto que ha perseguido escribiéndolos, veamos primeramente su *Teatro del pueblo*, ensayo de estética aparecido en 1903.

“En diez años se ha producido un hecho notable. La más aristocrática de todas las artes, el arte francés, ha visto de golpe que

el pueblo existe. Lo conocía muy bien como tema de discursos, novelas, dramas o cuadros. . . Pero no contaba con él como con un ser vivo, un público y un juez.”

Para Romain Rolland el teatro popular debe ser *un descanso, una fuente de energía, una luz para la inteligencia*. No debe tratar de dar soluciones netas a los problemas actuales, ni de la moral, ni del placer, sino a los de la *salud*. . . “La moral no es más que una higiene del espíritu y del corazón. Hagamos un teatro que desborde de salud y de alegría”.

El autor examina las tentativas realizadas para dar al pueblo “el teatro tal cual es”, analiza las obras mejores del teatro francés y algunas obras extranjeras y concluye, no sin exageración, que ni la tragedia clásica, ni el drama romántico, ni el teatro burgués, ni la comedia moderna, ni siquiera las obras de Molière, constituyen elementos de un teatro del pueblo. No es el lugar éste de discutir lo que tiene de paradójal semejante opinión; creo, por lo demás, que la manera como se ha procedido en Francia para dar al pueblo las obras maestras del teatro, explica en parte las ideas de Romain Rolland y sus conclusiones negativas.

Las preferencias de Romain Rolland se inclinan hacia el *drama rural*, “poema de la Tierra impregnado del olor de los campos y del espíritu de las provincias de pintoresco lenguaje”. Pouvillon, en algunas de sus tragedias pastorales, Pottecher, en sus comedias poéticas y rústicas, el suizo René Morax, en sus dramas de vigoroso y tranquilo sentimiento popular, han dado el ejemplo”;

al *drama social*, “nacido espontáneamente de los sufrimientos, dudas y aspiraciones actuales. Algunos han reprochado a este drama alejarse del ideal desinteresado del arte; yo en cambio lo aplaudo. ¡Felices las épocas y las obras serenas! Pero cuando la época se agita y la nación combate, el deber del arte es combatir a su lado. . . El arte no tiene por finalidad suprimir la lucha, sino centuplicar la vida, hacerla más fuerte, más grande y mejor”;

pero sobre todo a la *epopeya histórica*. “La Epopeya nacional es nueva para nosotros. Nuestros dramaturgos han olvidado el drama del pueblo de Francia. Hay en él un tesoro de ideas y de pasiones, hacia el cual hay que abrir un acceso a los artistas y a la muchedumbre que no lo conocen o lo conocen mal. Nuestro pueblo es, después de Roma, el que tiene quizás la historia más heroica del mundo. . . El corazón de Europa ha estado en sus reyes, sus pensadores, sus revolucionarios. Y por grande que haya

sido este pueblo en todos los dominios del espíritu, lo fué sobre todo en la acción. La acción fué su creación más sublime, su poesía, su teatro, su epopeya. Realizó lo que otros soñaron... Sus héroes han creado lo sublime más aun que sus poetas. Ningún Shakespeare ha cantado sus acciones; pero el Bearnés, a la cabeza de sus bonetes blancos, o Dantón sobre el cadalso, han hablado, han obrado, han vivido a lo Shakespeare”.

Rolland pone palabras semejantes en boca de Olivier para defender a Francia ante su amigo Cristóbal, al comienzo de *Los Vecinos*. Ha pedido a la historia los asuntos de sus *Tragedias de la fe*, del *Teatro de la Revolución* y del drama *El tiempo llegará*, inspirado por la guerra anglo-boer.

En un reciente artículo sobre *Stendhal y la música* ⁽¹⁾, Romain Rolland decía: “Los primeros libros de un gran escritor tienen un interés especialísimo para los que simpatizan con su pensamiento. Su misma inexperiencia nos revela frecuentemente más de su ser íntimo que sus obras maduras en las que la razón del autor se cuida más”.

Detengámonos, pues, un momento en sus obras de juventud, *San Luis*, *Aërt*, *El triunfo de la razón*, reimpresas en 1913 bajo el título de *Tragedias de la fe*. “En estas obras, dice Romain Rolland en su prefacio, se anuncian corrientes y surgen pasiones que reinan hoy en la juventud francesa: en *San Luis* la exaltación religiosa; en *Aërt*, la exaltación nacionalista; en el *Triunfo* la ebriedad de la razón que es, también, una fe”. Alrededor del rey San Luis, hombre divino, “que sueña con reinar sobre el mundo entero sólo por su bondad”, el autor ha reunido curiosas figuras de caballeros, damas y hombres del pueblo. Parten todos para las cruzadas. Anima a unos, como al jefe, fe inquebrantable — “es hermoso luchar por lo imposible cuando lo imposible es Dios”; otros, por el contrario, sufren de no creer. Rosalía de Brèves, la mujer eterna, es atraída hacia la ruda empresa “por la esperanza de un cambio”. Gaultier de Salisbury busca en el amor prohibido el olvido de sus viejos pecados...

“La vida es un malentendido incesante y cruel, dice uno de los personajes de *San Luis*. Cada uno vive cerca de los otros sin comprenderlos jamás. Nos odiamos, nos torturamos, nos esforzamos en destruirnos unos a otros. Llega el día en que compren-

(1) *La Revue*, 15 Diciembre 1913.

demos al fin que hemos sido hechos para amarnos: es demasiado tarde. Es irreparable el mal que se ha hecho. Y continuamos destruyéndonos...”

En *Juan Cristóbal* encontramos reflexiones igualmente melancólicas sobre la impotencia de los hombres para comprenderse y sobre esta cadena de malentendidos que forman la vida sentimental.

La escena de *Aërt* pasa en el siglo XVII, en una Holanda imaginada.

“Un pueblo deshecho por la derrota y lo que es peor por ella envilecido... Un joven príncipe, un niño que representa la dinastía vencida, el pasado de la patria, su antigua energía... y que sueña con resucitar su patria, librarla del yugo extranjero”. *Aërt* fracasa en su noble empeño, por haber confiado sus secretos a la hija de su perseguidor; comprende entonces que para realizar algo grande en el mundo, debemos arrojar de nuestra vida a la mujer y nada amar.

“¡Oh, desierto en que es menester vivir para ser fuerte, para guardar sus ideas al abrigo de este mundo falaz y asesino!... Basta de amar: el amor pudre al alma... Basta de confianza, de piedad, de ternura! Basta de todo lo que es cobarde y humano! Valga sólo mi voluntad!”

Y para ser libre el joven príncipe se refugia en la muerte...

Aërt y *San Luis* son, el mismo autor lo dice, “hermanos mayores, menos robustos pero no menos creyentes, de Juan Cristóbal y de Olivier”.

Como *Dingley, ilustre escritor*, de los hermanos Tharand, *El tiempo llegará* pone en escena episodios de la guerra sudafricana. Pinta en este drama Romain Rolland las iniquidades de una guerra de conquista y las angustias de un jefe que siente evaporarse sus convicciones... “Este drama pone en acción, no a un pueblo europeo, sino a la misma Europa; lo dedico a la civilización”.

El triunfo de la razón, *El 14 de Julio*, *Dantón*, y *Los lobos* evocan diferentes aspectos de la revolución francesa. Los tres actos de *Los lobos* ponen en escena los ejércitos de la Revolución en las fronteras: la escena pasa en 1793 durante el sitio de Maguncia.

En el *Teatro de la Revolución* la muchedumbre representa un gran papel; en *El 14 de Julio* el público mismo participa de la acción; una fiesta popular termina la obra:

“El drama se dirige de golpe directamente al pueblo... Es necesario, para coronar con lógica la obra y dar al hecho histórico su alcance universal, la entrada en escena de una fuerza nueva: la música, el poder tiránico de los sonidos que remueve a las pesadas muchedumbres pasivas... Si el público se compone, solamente en parte, de hombres del pueblo y de jóvenes que sientan por su cuenta las pasiones de la Revolución, respondo que cantará”... (Nota sobre la última escena).

En general es vano buscar en una obra lo que el autor no dice explícitamente; puede asegurarse, sin embargo, que muchas obras de Romain Rolland — como también muchos episodios de *Juan Cristóbal* — han sido inspirados por acontecimientos contemporáneos: y no sería difícil relacionar nombres propios y situaciones.

*

Los *Ensayos* de Romain Rolland sobre el arte y los artistas son numerosos y diferentes por su amplitud; unos son artículos publicados en la Revista de París, en la Revista de Arte Dramático, etc.; y otros son verdaderas obras extensas. Sus principales artículos han sido reunidos en volumen bajo los títulos de *Músicos de otros tiempos* y *Músicos de hoy*. Las *Vidas de Hombres ilustres* son algo más completo que simples estudios sobre el arte; el autor se inspira en un pensamiento más elevado, más generoso y más fraternal, que aquel que mueve la pluma de un erudito o de un simple crítico. El prefacio de su *Beethoven* revela, lo mismo que el *Teatro del pueblo*, o *Juan Cristóbal*, preocupaciones superiores a las del historiador y del artista, preocupaciones de apóstol.

“El aire que respiramos está viciado. La vieja Europa se embota en una atmósfera densa y malsana. Sobre el pensamiento impera un materialismo sin grandeza alguna, que entorpece la acción de los gobiernos y de los individuos. El mundo muere de asfixia en su egoísmo prudente y vil. El mundo se ahoga. Abramos las ventanas para que entre aire libre. Respiremos el aliento de los héroes... Estas vidas de hombres ilustres no se dirigen al orgullo de los ambiciosos; están dedicadas a los desgraciados. ¿Y en el fondo quién no lo es? Ofrecemos a los que sufren el bálsamo del sufrimiento sagrado. No estamos solos en la batalla. La

noche del mundo es iluminada por resplandores divinos... No llamo héroes a los que han triunfado por la idea o por la fuerza; héroes son los que fueron grandes por su corazón... A la cabeza de esta legión heroica colocamos en primer lugar al poderoso y puro Beethoven... Habiendo dominado su dolor, después de largos años de lucha y de esfuerzos superhumanos, y cumplido su tarea que, como él decía, consistía en infundir valor a la pobre humanidad, este Prometeo vencedor respondía a un amigo que invocaba a Dios: "¡Hombre, ayúdate!" Inspirémonos en sus valientes palabras. Reanimemos, según su ejemplo, la fe del hombre en el hombre y en la vida".

Si al pie de casi todas las páginas de la biografía exacta, viva y apasionada de Beethoven — una de las obras más conocidas de Romain Rolland — se encuentran notas explicativas del historiador, el texto es debido a un artista enamorado de su héroe y capaz de hacerle revivir.

"Beethoven: un desgraciado, pobre, enfermo, solitario, el dolor hecho hombre, a quien el mundo le niega la alegría, crea por sí solo la alegría para legarla al mundo; ¿qué conquista es comparable a ésta, qué batalla de Bonaparte, qué sol de Austerlitz alcanzan la gloria de este esfuerzo superhumano, de esta victoria que es la más brillante de todas las obtenidas por el espíritu?"

¡Con qué vigor Romain Rolland cuenta la vida de Miguel Angel, el orgulloso florentino presa del genio, de la indecisión, del pesimismo y del dolor! ¡Con qué piedad filial habla de Tolstoï "el tipo más elevado del cristiano libre, que ha aspirado toda su vida hacia un ideal cada vez más distante!"

"La luz que acaba de extinguirse ha sido para los hombres de mi generación la más pura que haya iluminado nuestra juventud. Entre las pesadas sombras del crepúsculo del siglo XIX fué la consoladora estrella cuya mirada tranquilizaba nuestras miradas de adolescentes.

"Quisiera yo rendir a esta memoria sagrada mi tributo de reconocimiento y de amor, yo entre todos aquellos — y son muchos en Francia, — para quienes Tolstoï fué más que un artista amado, un amigo, el mejor y, para muchos, el solo amigo verdadero de todo el arte europeo. Los días en que aprendí a conocerle no se borrarán nunca de mi mente. Fué alrededor de 1886... Acababa yo de ingresar en la Escuela Normal. En nuestro pequeño núcleo, formado de espíritus realistas e irónicos como el filósofo Georges

Dumas, poetas ardientes de amor hacia el Renacimiento italiano como Suarés, fieles a la tradición clásica, stendhalianos y wagnerianos, ateos y místicos, se elevaban frecuentemente grandes discusiones, pero, durante algunos meses, a todos nos reconcilió el común amor a Tolstoï”.

Y más adelante:

“No decíamos, como los críticos actuales: “Hay dos Tolstoï, el anterior a la crisis, y el que siguió a la crisis; uno es bueno y el otro no lo es”. Para nosotros no había más que uno y le amábamos por entero. Porque sentíamos, por instinto, que tales almas son de una sola pieza”.

Y al final del libro:

“Tolstoï no habla a los privilegiados del pensamiento, habla a los hombres ordinarios, a los hombres de buena voluntad. Es nuestra conciencia. Dice lo que pensamos todos, almas medias, y lo que tememos leer en nosotros. Y no es un maestro rebosante de orgullo, uno de esos genios altivos que viven en su arte y en su inteligencia por encima de la humanidad: Es “nuestro hermano”, como le gustaba llamarse a sí mismo”.

Si debiérase justificar esta larga cita de otra manera que por su propio interés, diría que Romain Rolland no ha hablado nunca con tanto amor de ningún otro de los pensadores cuya influencia ha sufrido.

En sus tres *Vidas* no ha tratado de reunir anécdotas ni de analizar obras, sino de hacer comprender un ser vivo y sus caracteres, de resucitar no un ingenio sino un héroe...

La crítica comprendida de ese modo es arte; la psicología de una obra o de un artista vale lo que la psicología de un personaje de drama o de novela.

“No debe exigirse a un genio creador la imparcialidad crítica, dice Romain Rolland. Cuando un Wágner, cuando un Tolstoï hablan de Beethoven o de Shakespeare, no hablan de Beethoven o de Shakespeare sino de sí mismos: exponen su ideal”:

No busquemos en la obra de Romain Rolland críticas rigurosamente imparciales... Su *Feria en la plaza*, vigoroso panfleto, contiene muchas exageraciones... el autor lo ha querido, y aun a riesgo de ser acusado de contradicción, publicaba, hacia la misma época, un estudio mucho menos pesimista sobre la Renovación musical después de 1870 (contenido en *Músicos de hoy*).

No hace reportajes críticos, ni disecciones técnicas, estudia el

hombre y la obra... Al principio de su artículo sobre Vincent d'Indy, dice: "Cuando un artista representa un valor, este valor no está contenido sólo en su obra, reside en su ser. Se debe, pues, penetrar en su personalidad".

Y termina así:

"Lo esencial es decir lo que se siente y lo que se cree. Que el señor D'Indy me excuse si me he engañado. Que no vea en estas páginas más que un esfuerzo sincero por comprenderle, y una gran simpatía hacia su persona, y hasta por sus ideas, que, desde luego, no hago más. Pero he creído siempre que las opiniones tienen poco precio en la vida, y que lo único importante es el hombre. La libertad de espíritu es la más grande de las felicidades, y hay que ser piadosos con los que no la conocen. Se experimenta una gran dulzura secreta al rendir homenaje a hermosas creencias que no son las nuestras".

"No conozco crítico musical más penetrante ni más noble, dice Max Hautier. Sus libros son el resultado curioso de la unión rara en un mismo individuo de un temperamento profundamente musical, de un espíritu muy culto y de un alma excepcionalmente bella. Hay en él, en efecto, a más de una ciencia profunda de los hombres y de las obras estudiadas, una elevación de pensamiento, una nobleza de sentimientos que nos alejan felizmente de las críticas inconsistentes y mezquinas a que nos tiene acostumbrados la prensa contemporánea".

La música es la más directa de todas las artes, es el arte incitante y excitante por excelencia; Romain Rolland lo ama por encima de todos; conoce su fuerza, su poder mágico, divino: calma y consuela, engendra el heroísmo, exaspera las pasiones.

Observad a Antonietta en el concierto, con su hermano: "Olivier le apretaba la mano. Nadie se preocupaba de ellos, en la sombra de la sala monstruosa, en la que no eran las únicas almas que se refugiaban bajo el ala maternal de la música. En *La zarza ardiente* la música provoca una crisis de pasión sexual, el despertar brusco, patético, *milagroso*, de un ser que se ignora...

*

Romain Rolland no se ha contentado con ser un historiador y un crítico, con evocar grandes muertos, con hacernos, según su poética expresión, *respirar el aliento de los héroes*. Escribió su

novela *Juan Cristóbal* para reaccionar contra una civilización malsana, contra el pensamiento corrompido por una falsa aristocracia"; para estigmatizar las ignominias y manipuleos del París moderno, la cobardía de unos y el mal gusto de otros; sobre todo para conmover la apatía de las gentes honradas. Es una obra de acción a la vez que una obra de arte: atrae a todos los que preparan el gran combate para salvar nuestra civilización de Occidente. Es principalmente una obra de fe. *La Feria en la plaza* está dedicada "Al gran pueblo que fué y que resucitará".

El autor ha volcado en esta serie de novelas lo mejor de sí mismo... A un adolescente que le escribiera, respondió: "Me siento feliz por las impresiones que os causa Cristóbal. A mí me ha ayudado a vivir, pues si no lo hubiera escrito habría muerto..."

Inspirándose en biografías de grandes compositores — Beethoven, Wágner, Wolff, Haendel, Glück — el autor ha creado un personaje central, músico genial, y una muchedumbre, quizá demasiado numerosa, de parientes, amigos, amantes y alumnos. Al presentar *La Aurora* a los lectores de los *Cuadernos de la Quincena*, Carlos Péguy escribía en 1904: "Esta novela, sin que quiera yo limitarla ni definirla con una sola palabra, es esencialmente la novela de un músico". El héroe, Juan Cristóbal Krafft, hijo de Melchor y de Luisa, nieto de Juan Miguel, nace en una pequeña ciudad renana. El primer volumen, *La Aurora*, nos cuenta sus primeros años desde la cuna. En principio la vida vegetativa, poco a poco consciente, del niño; sus primeros dolores, sus primeros encuentros con el mal y la injusticia, sus terrores instintivos. Brutalizado por su padre (artista mediocre y más mediocre aun como hombre) Cristóbal es desgraciado; "fué entonces que empezó a brillar como una estrella perdida en los sombríos espacios, la luz que debía iluminar su vida: la divina música".

Contiene este libro páginas admirables, en las que el autor transcribe, evocando quizás sus recuerdos de infancia, las imágenes y los sueños que hacen nacer en el alma de un niño la música y la armonía. El viejo Juan Miguel lleva su nieto al teatro; oír la orquesta es para éste una revelación nueva; sueña llegar a ser un gran artista y un gran compositor. Su padre quiere convertirlo en un niño prodigio.

El niño tararea aires oídos, improvisa otros; todo es música para su corazón músico; la naturaleza, los sentimientos, las sensaciones, la vida, se traducen en música para su espíritu. El abuelo

nota esos aires infantiles, los transcribe y ya tenemos al niño convertido en compositor. Se le dicta una carta al gran duque (el autor se ha inspirado en la carta de Beethoven al elector de Bonn); se organiza un concierto en que el niño ejecuta sus propias obras. Obtiene buen suceso, pero se comporta mal y todo termina en escenas de enojo y violencia. El niño se duerme sobreexcitado. La *overtura de Coriolano*, que ha oído el mismo día, le trabaja el espíritu durante el sueño; Beethoven le penetra.

“Entraba en la suya esta alma gigantesca; distendía sus miembros, ensanchaba su espíritu, parecía darle proporciones colosales. Marchaba sobre el mundo. Era como una montaña y sobre él soplaban tempestades.”

La Mañana comprende tres partes: la muerte de Juan Miguel, la amistad de Otto y el amor de Mina. La muerte de su abuelo inspira a Cristóbal, con un gran terror de la muerte, un sentimiento de rebeldía apasionada y de horror contra la cosa abominable y el Ser monstruoso que la ha podido crear. Como Melchor, se conduce peor después de la muerte del abuelo, bebe, pega a sus hijos, dilapida el dinero del hogar, la miseria se instala en la casa de manera definitiva y Cristóbal, a los catorce años, se ve convertido en padre de familia. A pesar de la miseria, del miedo de la enfermedad y de la muerte, Cristóbal espera; vive en el futuro, sintiendo que toda su vida se concentraba en el misterioso porvenir. La música le consuela y le embriaga... vive. Existen en la literatura pocas páginas de una psicología tan real sobre las amistades de juventud como las consagradas a las relaciones de Cristóbal y Otto Diener; se trata de una ternura de muchachuelos sentimentales y exaltados; no tiene la fuerza viril de las amistades entre estudiantes, sino más bien los caracteres del amor, empezando por los celos. Por razones múltiples este afecto disminuye. “Verdad es que se iba apoderando del corazón de Cristóbal, y eclipsando toda otra luz, un nuevo amor del que había sido simple precursor su amistad con Otto”.

Aquí comienza la vida amorosa del héroe. Una después de otra pasan en su vida mujeres diversas: Mina, Sabina, una obrera: Ada, una actriz: Corina, la pura y delicada francesa: Antonieta, Francisca Oudon, Ana Braun, Grazia. La primera, Mina de Kalrich, sentimental y burguesa al mismo tiempo, le exaspera con su coquetería, después le rechaza. Desgraciado, creyéndose incomprendido. Cristóbal escribe a la madre de Mina una carta imper-

tinente, que provoca una ruptura definitiva. Es la crisis más terrible de su infancia; le asaltan tristes proyectos, piensa en el suicidio; pero este es saludable, como muchos otros dolores. El derivativo de su pena es otra nueva pena; el sobresalto de energía que le obliga a dominarse, a reaccionar, a luchar, es provocado por la muerte de su padre, quien, completamente ebrio, se ahoga cerca de la rueda del molino. El espectáculo inspira el horror de la deserción, el amor de la lucha sin tregua, y el "respeto del oficio de hombre".

La Adolescencia es el relato de esta lucha, es la pintura fiel y benévola de la vida de los humildes, de la vida del pueblo alemán. Cristóbal continúa dando lecciones y tocando en la orquesta del teatro. Se desenvuelve, se forma. Ama. Sabina, mujer enfermiza, le inspira una pasión dulce y melancólica; pero Sabina muere en su ausencia. Por último encuentra a Ada, joven modista que se hace su amante y le enseña de golpe el encanto y el desencanto de los amores carnales.

La serie de los volúmenes consagrados a Juan Cristóbal en Alemania termina con *La Rebelión*.

Disgustado del amor el héroe dirige todo su pensamiento hacia la música. Vuelve a leer sus viejas composiciones y las halla sin valor; sin embargo había tratado de ser completamente sincero, pero su falta de experiencia no le dejó. Ahora que ha amado y sufrido, ve que sólo había traducido antes sentimientos artificiales. Disgustado de esta "fraseología aprendida de memoria, de esta retórica de escolar, juró renunciar para siempre a la música, si no se le imponía la creación como un relámpago" Y el autor agrega: "Se expresaba así porque sabía muy bien que la tormenta se aproximaba".

Cristóbal se ahoga en su pueblo; el medio en que ha vivido hasta entonces le es insoportable, todo le parece grotesco; ve la mentira alemana, se burla del gusto alemán, del respeto alemán, del *Gemüt* alemán, y su perpetua necesidad de idealizar. En una crisis robusta de disgusto, de rebelión contra los artistas que escriben sin sentir, contra el público que se interesa más por los músicos que por la música, contra los cantantes y los directores de orquesta que interpretan una obra contra todas las intenciones del autor. Con impulso juvenil, acentuado por su naturaleza impetuosa, Cristóbal manifiesta sus antipatías y sus disgustos con gran energía; se singulariza, escandaliza. Destruye todos sus ídolos artísticos,

arrastrado por una reacción ciega que no le deja sentir más que los errores de los maestros y sus accidentales faltas de sinceridad; se convierte en crítico musical y arremete contra todo y contra todos: autores, actores, público y críticos. En una palabra, hace todo lo que puede para hacer intolerable su situación.

En un concierto se ejecutan sus obras de la peor manera posible para desacreditarlo; su amistad hacia los Reinhart — hogar de un joven profesor — provoca entre sus adversarios y los ociosos terribles calumnias; el músico Hassler, uno de los ídolos de su juventud, apenas lo atiende ahora... Cristóbal no puede vivir más en Alemania... se asfixia... sueña abandonar la patria que no le basta...

“¿A dónde iría? No lo sabía. Pero, por instinto sus ojos miraban hacia el mediodía latino y, en primer lugar, hacia Francia, que había sido siempre el eterno recurso de Alemania en los momentos críticos. ¿Qué de veces se había servido de ella el pensamiento alemán, sin dejar de denigrarla! ¿Hasta después de 1870, qué atracción se desprendía de la ciudad que habían mantenido humeante y martirizada los cañones alemanes! Las formas del pensamiento y del arte, más revolucionarias ó más retrógradas, habían hallado allí alternativamente, y a veces al mismo tiempo, ejemplos o inspiraciones. Cristóbal, como tantos grandes músicos alemanes, se volvía también hacia París en su desamparo... ¿Qué conocía de los franceses? Dos rostros femeninos y algunas lecturas sin método. Esto le bastaba para imaginarse un país de luz, de bravura, de alegría, y hasta de algo de jactancia gala, que no sienta mal a la audaz juventud de corazón. Creía en ello porque tenía necesidad de creer, porque, con toda su alma, hubiese querido que fuese como él se la imaginaba”.

Los dos rostros femeninos son los de Corina y Antonieta. Entraron en su vida hacia la misma época, durante las representaciones de *Hamlet* por una compañía francesa. Corina representaba el papel de Ofelia. Aquella noche Cristóbal disponía por casualidad de un palco; como el teatro estaba totalmente lleno, invitó a una joven que se retiraba contristada por no haber encontrado localidad. Es Antonieta, una joven institutriz francesa, cuyo origen e historia se nos cuenta en el volumen siguiente. En muchas ocasiones Cristóbal y Antonieta se verán de lejos; nunca se hablaron y Cristóbal amó a Antonieta y Antonieta a Cristóbal con un amor puro.

Cristóbal renunció a su proyecto de viaje para no entristecer a su madre que cuenta con él solo en el mundo. Pero el destino le obliga a satisfacer su deseo; una riña con soldados, en una taberna de pueblo, le fuerza a pasar la frontera apresuradamente. Llega a Francia.

*

PARÍS... sueño de todos los estudiantes, de todos los artistas jóvenes, ¿qué decepción reservabas al joven compositor antes de revelar le tu belleza y tu poesía! Querías mostrarle antes — como una mujer que se hace cruel y perversa para aquilatar el amor de su amante — las ignominias y maldades de *La Feria en la plaza*; todo en tu seno se vende: el amor, el renombre, la gloria, la conciencia de los críticos y de los políticos.

Viviendo muy mal de lecciones y transcripciones musicales, Cristóbal empieza a entrar en contacto con la gran ciudad; le gusta muy poco la novela parisién, los ecos de los diarios, el teatro en que impera el adulterio; deplora la ignorancia y la cobardía de los críticos. Conoce a diputados y artistas, y cuanto más penetra en este pueblo más desconcierto le produce por haberlo soñado tan hermoso y del cual sólo puede apreciar representantes mediocres. Y Cristóbal busca siempre a la verdadera Francia. Asiste a las luchas de la famosa Separación, ve el antagonismo de los defensores de la Iglesia y los fieles de la Diosa Razón, más fanáticos que los otros — “las dos Francias”, según la feliz expresión de Seippel — y se dice que a fin de cuentas los franceses creen en algo. Después del fracaso lamentable del concierto en que se ejecutaba su *David*, vuelve a templarse en la áspera lucha; acepta la soledad como cosa necesaria.

Su estancia en París le había sido, a pesar suyo, provechosa.

“La atmósfera de París es muy fuerte y modela las almas más rebeldes. Un alma germánica es menos capaz de resistir a ella que cualquier otra: en vano se envuelve en los pliegues de su orgullo nacional; de todas las almas europeas es la que más pronto se desnacionaliza. La de Cristóbal había empezado ya, sin que él lo sospechase, a tomar del arte latino una claridad, una sobriedad, una inteligencia de los sentimientos, y hasta, en cierta medida, una belleza plástica, que jamás hubiera tenido a no ser por eso. Su *David* era prueba de ello”.

Mirando agitarse las marionetas de la feria, Cristóbal se forma la idea más falsa de Francia y de los franceses. Al fin del volumen, sus relaciones con Sidonia, una sirvienta que le cuida durante su enfermedad, y con Olivier Jeannin, hermano de Antonieta, preparan la transición. Ligado a un intelectual joven y probo, vuelve poco a poco sobre su juicio y descubre la verdadera Francia, al entrar *En la Casa*.

Los amigos se instalan juntos. Sus naturalezas opuestas, símbolos de dos razas, se completan y se mezclan, y mientras Olivier adquiere confianza en sí mismo viviendo con el enérgico Cristóbal, éste se afina al contacto del hermano de Antonieta. Los jóvenes traban conocimiento, poco a poco, con sus vecinos: un sacerdote modernista, un ingeniero protestante que ha sacrificado su tranquilidad y su vida al Asunto Dreyfus, un obrero de ideas generosas pero poco claras, un hogar de profesor (el señor Arnaud y señora), y otros más...

Viendo esta humanidad que trabaja, que sufre y que piensa, el músico comprende cuanta razón tenía Olivier al decirle al principio de su amistad:

“Cuando quieras te enseñaré mujeres que no leen nunca novelas, jóvenes parisienses que no han ido nunca al teatro, hombres que jamás se han ocupado en política, — y eso entre los intelectuales. Tú no has visto ni a nuestros sabios, ni a nuestros poetas”...

Y más adelante:

“¿Has entrevistado jamás nuestra acción heroica, desde las Cruzadas hasta la Commune? ¿Has llegado jamás a penetrar lo trágico del espíritu francés? ¿Te has inclinado jamás sobre el abismo de Pascal? ¿Cómo puedes permitirte calumniar a un pueblo que, desde hace más de diez siglos obra y crea, a un pueblo que ha formado al mundo a su imagen y semejanza por medio del arte gótico, del siglo XVII, y de la Revolución — a un pueblo que veinte veces ha pasado por la prueba del fuego adquiriendo nuevo temple, y que, sin morir jamás, ha resucitado veinte veces?”...

El volumen consagrado a la infancia y a la adolescencia de Olivier y de Antonieta Jeannin, el único que puede separarse de la obra y juzgar como una composición completa, es una pura maravilla. Contiene una evocación exacta y conmovedora de la provincia francesa, de su vida tranquila y dulce.

El banquero Jeannin al arruinarse se mata. Su viuda muere

de pena, y la dulce Antonieta, única protección de su hermanito, debe librar, para vivir, duros combates a los cuales no estaba preparada por su educación... Durante su estancia en Alemania como institutriz encuentra a Cristóbal y lo ama en secreto... Se vuelven a ver durante su viaje de retorno:

“Desde sus vagones, que estuvieron parados durante algunos minutos, uno junto a otro, se vieron los dos en medio del silencio de la noche y no se hablaron. ¿Qué hubieran podido decirse sino palabras vulgares? Hubieran profanado el sentimiento indefinible de piedad común y de simpatía misteriosa que en ambos había nacido y que sólo tenía por base la certitud de su visión interior. En aquel último instante en que, desconocidos el uno para el otro, se estuvieron mirando, se vieron ambos como ninguno de los que vivían con ellos los habían visto jamás. Todo pasa: el recuerdo de las palabras, de los besos y de las caricias de los enamorados; pero el contacto de las almas que se han reconocido y tocado una sola vez entre la multitud de formas efímeras, no se borra nunca”.

Este corto amor, este amor único, será para Antonieta la flor maravillosa del jardín secreto... La ayudará en su lucha cotidiana contra la pobreza y la enfermedad; la admirable joven tiene una misión: debe hacer de su hermano un normalista y un hombre. Antonieta triunfa... y muere. En los papeles de su hermana Olivier descubre indicios de la novela soñada... trata de conocer al compositor...

“Al fin se fijó en él Cristóbal en casa de unos amigos, donde se hallaron una noche. Olivier se mantenía lejos de él y no decía una palabra, pero le miraba. Seguramente aquella noche flotaba Antonieta en torno de Olivier, porque Cristóbal la vió en los ojos de su hermano; y aquella imagen, bruscamente evocada, fué la que le hizo llegar, atravesando el salón, hasta aquel mensajero desconocido, que le llevaba, como un Hermes joven, el saludo melancólico de la sombra bienaventurada”.

Las Amigas hace continuación a *En la casa*. La pasión de Olivier por Jacqueline Langlais, su matrimonio, su estancia en provincia, la traición de Jacqueline, son incidentes que constituyen una gran parte del libro. Es el nacimiento de un amor, su plena expansión y su muerte; sobre todo su muerte: la lenta y angustiosa disolución de un puro cristal. Y el pobre Olivier, solo con su hijito, vuelve hacia el amigo abandonado. Este continúa lu-

chando — se ha hecho conocer; los diarios le han dedicado artículos ditirámicos y bajas calumnias; ha tenido días buenos y malos y, a falta de un amor grande, contó, para ayudarse a vivir, con la pasión intermitente de una actriz, Francisca Oudon, criatura sensual y enigmática, el amor melancólico y retenido de la señora Arnaud, la franca amistad de Cecilia Fleury, la ternura activa y protectora de su antigua discípula Grazia, que le había amado sin que él lo sospechara.

La primera parte de *La zarza ardiente* recuerda *La Feria en la plaza* o más quizá *En la casa*. Olivier y Cristóbal se ponen a estudiar el problema social y a los que pretenden resolverlo. Son numerosos y diversos: periodistas, políticos, obreros autodidactas, burgueses que “van hacia el pueblo” por gusto, por esnobismo o por interés. Los dos amigos toman parte en la revolución, sin saber por qué, y mientras Cristóbal, gravemente comprometido, se ve obligado por sus amigos a abandonar Francia, Olivier muere estúpidamente herido en medio del tumulto. Cristóbal al llegar a Suiza conoce el triste fin de Olivier, muerto por una causa que no era la suya, y el músico termina por caer vencido, en casa de un viejo camarada, el doctor Braun, de Basilea.

En el corazón de Cristóbal no hay más que lasitud, desaliento, disgusto de la vida y del arte: es en tales momentos que sufre la crisis peligrosa, fatal a tantos hombres. Sin sospecharlo ella siquiera, Ana Braun esconde un cuerpo de faunesa bajo su mal cortado traje de protestante austera. Su sensualidad, domada por la educación y los ejercicios de piedad, se desencadena bajo la influencia de la música: entre ella y su huésped se anuda una intriga violenta, sin alegrías, fuente de torturas para los dos amantes. Intentan matarse, luego Cristóbal huye... No hay que ver en este episodio una vulgar historia de adulterio, ni una anécdota que muestre el peligro de los amores ilegítimos, sino la lucha del espíritu contra la carne, “las fuerzas ciegas, los demonios, que cada uno lleva aprisionados en sí mismo”.

Cristóbal se refugia en una quinta del Jura; está solo y desamparado. Entre el artista y el Dios desconocido que invoca se establece un diálogo de grandeza bíblica:

— ¿No eres Todo lo que Es?

— No soy Todo lo que Es. Soy la Vida que combate a la Nada. No soy la Nada. Soy el Fuego que arde en la Noche. No soy la Noche. Soy el Combate eterno; y ningún Destino eterno domina

sobre el Combate. Soy la Voluntad libre que lucha eternamente. Lucha y arde conmigo...

— ¿Combatir, siempre combatir?

— Es necesario combatir siempre. Dios también combate; Dios es un conquistador. Es un león que devora. La nada lo aprisiona y El la deshace. Y el ritmo del combate crea la armonía suprema. Esta armonía no está hecha para tus oídos mortales. Basta que sepas que existe. Haz tu deber en paz y deja obrar a los Dioses”.

Se lee en el Exodo que al pie del monte Horeb, Jehovah se apareció a su servidor Moisés en medio de una zarza ardiente: en un valle del Jura, Cristóbal recobró la paz del corazón, la fe en su arte y en la vida: es que se le había aparecido su Dios.

“Cristóbal se encontró en un otero, en el claro de un repliegue de la montaña, un valle cerrado, de óvalo regular, que el sol poniente inundaba con su luz; tierra roja; en medio un pequeño campo dorado, trigos tardíos y juncos amarillentos. En contorno una cintura de bosques que el otoño maduraba.

“Y el alma de Cristóbal era como la alondra. Sabía que volvería a caer y muchas veces más. Pero también sabía que infatigablemente volvería a alzar el vuelo cantando su música que habla a los que están bajo la luz de los cielos”.

“He escrito la tragedia de una generación que va a desaparecer”, dice Rolland en el prefacio de *La Nueva Jornada* y dedica la obra terminada “a las almas libres — de todas las naciones — que sufren, que luchan y que sabrán vencer”.

Cristóbal viaja; va a Italia, a Suiza. Encuentra a su antigua amiga Grazia y la ama otra vez; un amor otoñal aclara estos últimos años, pero Grazia muere. Cristóbal ha casado la hija de Grazia con el hijo de Olivier; ha hecho un último viaje a Alemania y a Basilea; es célebre, pero se encuentra gastado, va a morir...

Las meditaciones y las luchas de la hora nona: repasa en imaginación toda su vida, los que conoció, oye las campanas y el murmurio del Rin...

“—Madre, amantes, amigos... ¿Cómo os llamabais? Amor, ¿dónde estás? ¿Dónde os encontráis, amigos míos? Sé que estáis ahí, pero no puedo tocaros.

— Estamos contigo. Paz, bienamado nuestro!

— No quiero perderos otra vez, ¡os he buscado tanto!

- No te atormentes; ya no te dejaremos.
- ¡Ay de mí! la ola me arrastra.
- La corriente que te lleva nos lleva contigo.
- ¿Dónde vamos?
- Donde nos reuniremos todos.”

El héroe muere; en la última página no se trata ya de Juan Cristóbal Kraft, sino de San Cristóbal. Conocéis la leyenda: San Cristóbal atraviesa un río con un niño a las espaldas. En medio del río siente San Cristóbal que el niño es tan pesado que no puede avanzar; San Cristóbal llevaba el niño Jesús.

Este epílogo precisa el sentido simbólico de la obra: por encima de las aguas que amenazan arrastrarle, *el artista lleva a Dios*.

*

Anotaciones sobre la vida infantil en *La Aurora*, páginas de realismo en *La Adolescencia*, de psicología clarividente en *Los Amigos* — libro conmovedor que en muchos pasajes parece escrito con lágrimas — sátira hiriente en *La Feria en la plaza*, diálogo místico al fin de *La zarza ardiente*, traducción de estados de alma, de crisis en todos los volúmenes ¿qué es lo que no se hallará en esa obra enorme, maciza y compleja como la misma vida?

Encierra crítica de arte, panfletos, notas de historia contemporánea; cuenta las alegrías, los dolores de la creación artística — maravilloso alumbramiento; canta al amor, a la amistad, la saludable energía, el esfuerzo indispensable para vivir, y el dolor fuente de la alegría.

Sin duda que se encuentran joyas cinceladas con más fineza, pero el autor no es el obrero paciente: es un visionario, un apóstol; y sería desconocer sus intenciones considerar sus libros exclusivamente desde el punto de vista del arte literario. Muchas partes de la novela tienen tan sólo interés de actualidad, otros son vigorosos panfletos o estudios de almas femeninas; no por ello *Juan Cristóbal* deja de ser lo que es: una obra única, la más interesante y la más original que ha aparecido durante los primeros catorce años del presente siglo.

*

La crítica francesa ha terminado por hacer justicia a Romain Rolland. Hay que decir también que Romain Rolland nada hacía

de lo que se acostumbra para llamar la atención pública; jamás se vieron sus retratos ni sus autógrafos sobre los estantes que arman para los *snoobs* los vendedores de la feria...

En 1904 aparecieron *La Aurora* y *La Mañana*. En 1905 *La Adolescencia*. Aunque estos tres volúmenes obtuvieron el premio de la *Vie Heureuse*, los artículos fueron rarísimos... El décimo volumen apareció — ocho años después del primero — y entonces casi todos los periódicos dedicaron a la obra estudios de conjunto. Los críticos han comparado ingeniosamente *Juan Cristóbal* a las grandes novelas francesas y extranjeras; han aprovechado la ocasión para emitir algunas ideas generales sobre la importancia que hay que dar a la perfección de la forma; se ha discutido a propósito hasta la definición de la palabra novela...

La revista *Flamberge* (de Mons, Bélgica) dedicó a Romain Rolland un número especial, con artículos entusiastas y el resultado de una encuesta; Retinger le consagró un capítulo entero de su *Historia de la literatura francesa desde el romanticismo hasta nuestros días* (París, Grasset, 1911), y Paul Seippel un volumen entero del cual hablaré en seguida.

Por último en junio de 1913 la Academia Francesa discernió a Romain Rolland — distinción bien merecida — el gran premio de literatura, valor de diez mil francos. Se han citado las palabras de un académico en aquella oportunidad: "Lo que merece Romain Rolland no es un premio, sino un sillón de la Academia".

No puedo, sin franquear los límites impuestos a este trabajo, examinar aquí todos los artículos aparecidos: tan sólo hablaré de cinco.

Paul Souday — cuya competencia y conciencia en cuestiones de crítica literaria nadie discute — ha hablado de *Juan Cristóbal* en el folletín del *Tiempo*, de París. No ha comprendido la belleza ni la nobleza de la obra, y se detiene en detalles de estilo y en pequeñas contradicciones, a todo lo que da una importancia exagerada. Reprocha a Romain Rolland "querer a toda fuerza tener un sistema", y ya veremos cuán injusto es este reproche. Ha descubierto y esto es enorme — que, en el dominio de la ética y de la estética, el autor profesa "un absoluto desprecio del elemento intelectual". Por otra parte, "Romain Rolland, dice, es un maravilloso pintor del amor, y más perfecto pintor de la amistad. Recordad la amistad infantil de Juan Cristóbal y Otto, la dulce silueta del "querido viejo Schulz", y el tío Gottfried, y sobre todo Oli-

vier Jeannin que ha inspirado a Romain Rolland páginas comparables a las de Montaigne sobre la Boëtie”.

Robert de Traz, crítico y novelista — uno de los escritores contemporáneos que honran a Suiza — habla de Romain Rolland como admirador y lector agradecido (*Semaine littéraire*, 5 julio 1913): “Confieso, dice, que muchas páginas de *Juan Cristóbal* me chocaron por lo incompleto del estilo. Hay en sus hermosos libros “alguna cargazón”, y, digamos la palabra, “relleno”. Ganarían mucho si se les redujera a proporciones menores. Su fuerza viva se acrecentaría y se aseguraría más su influencia”.

Para André Beaunier (*Revue de Deux Mondes*, 1.º de diciembre, 1912), la obra no es clara, ni está bien compuesta. “El autor de *Antonietta* (novela deliciosa en que se revela la sensibilidad moderna en el marco del arte clásico) es muy hábil para combinar las peripecias. Además cada página de los diez volúmenes revela una dialéctica segura. Si *Juan Cristóbal* no está bien compuesto es que el autor no ha deseado que lo estuviera. Estamos perdidos si queremos sacar de la obra una conclusión. Es más bien una sinfonía

“Las novelas, los episodios sentimentales de *Juan Cristóbal* son, en cierto modo, los temas; y los grandes trozos ideológicos que los acompañan corresponden a los desenvolvimientos sinfónicos de la idea. Esta idea, después de las peripecias numerosas a que la lleva la libre fantasía de su músico, surge de un inmenso tumulto, la doma y reina con él triunfalmente”.

Beaunier no cree que desde el primer volumen el autor estuviera en posesión de su proyecto. Romain Rolland dice, sin embargo, en uno de sus prefacios que antes de decidirse a escribir una sola línea de la obra, la había llevado dentro de sí durante largos años; “Cristóbal no se puso en marcha antes de haber reconocido yo todo el camino que debía recorrer”.

En la *Nouvelle Revue française* en que, con seguro criterio y buen gusto, hace la crítica de las novelas nuevas, Alberto Thibaudet ha escrito:

“Al cerrar *Juan Cristóbal* sobre la *Nueva Jornada*, este libro que, al decir del autor, es una *suma* del mundo, una moral, una estética, una fe, una humanidad nueva”, pensaba en otras dos *sumas*, en una por singular contraste, en otra por semejanza y simpatía profundas. La primera es la *Historia contemporánea* de Anatole France, que no fué, a decir verdad, la tragedia, sino la

comedia, de una generación, y que, como Juan Cristóbal, se desarrollaba bajo nuestra vista, vivía día a día con nosotros

“Y pensaba también en otra *suma* que no comparo a *Juan Cristóbal* por su superficie, sino por sus fuerzas profundas y por sus voces interiores. Hablo, no os sorprendáis, de *Los Miserables*. Dejemos de lado todas sus partes vulgares, todo lo que se confunde con el método de Eugenio Sué, y consideremos tan sólo al héroe, uno de los más puros de la novela de todos los tiempos, Juan Valjean. Sé muy bien que Juan Valjean es todo de una pieza como un corneliano, mientras que Juan Cristóbal pasa por todos los matices de la vibrante música. Pero observad cómo están contruidos ambos en lo interior por la misma progresión, por la misma probidad augusta del autor que se confunde con ellos. . .

“No es por azar si, contra la voluntad misma de Romain Rolland, la *Nueva Jornada* está construída como *Los Miserables*, y si la música nueva repasa por los canales abiertos por la antigua. Valjean, Cristóbal, van a morir. Han tenido su parte de injusticia; han sido hombres; se aproximan temerosamente a la paz, y la paz avanza tranquila hacia ellos. Para que cada uno se sienta partir, es necesario la proximidad de la juventud, la juventud que los lleva fuera de la vida. . . Marius y Cosette, Jorge y Aurora. ¡Qué bellos son; qué alegría! Un poco de amargura para el que se va, pero de la amargura que da a un alma bien nacida el apetito mismo de la muerte”.

En la *Revue*, Ellen Key publicó un hermoso estudio vibrante de entusiasmo, que termina así:

“La gloria es algo bien curioso. A veces se la alcanza enseguida, empujado por amigos que os exaltan: este camino tiene sus peligros. Otras veces viene hacia uno por los ataques de sus enemigos; otras viene de repente atraída por una obra magnífica; otras se prepara en silencio y de golpe hace irrupción con el rumor de las grandes corrientes formadas por las afluencias de pequeños arroyos. Este es el caso de Romain Rolland

“Ha creado una humanidad en que todos los grados de evolución de la vida, femenina o masculina, están llenos de realidad: libro desbordante de ideas, de saber, de bondad, de consejos. La conciencia de haberlo escrito será bien dulce al autor. Pero no

se le podrá inspirar algún orgullo sino dirigiéndole estas palabras a las que aspira su corazón francés: El pueblo que ha producido tal obra no marcha, como lo pretenden sus enemigos, hacia la decadencia; por el contrario está lleno de fuerza vital. El gran libro de Rolland no es solamente una obra luminosa porque por él se ve que las grandes ideas dadas por la Francia al mundo viven siempre en el seno de su pueblo; prueba algo más: que para realizar esas ideas el mundo tiene siempre necesidad del espíritu francés”.

Al leer *Juan Cristóbal*, Thibaudet piensa en *Los Miserables* y en *La Historia Contemporánea*, René Morax en las novelas de Tolstoï, *La guerra y la paz*, sobre todo; André Beaunier evoca a Montaigne y Paul Seippel a Pascal. Estas comparaciones, algunas de las cuales parecen paradojas, prueban la originalidad de la obra y su vida. Romain Rolland lo ha dicho: “Toda obra que puede reducirse a una sola definición es una obra muerta”.

*

El primer estudio completo, si no definitivo, sobre el autor de *Juan Cristóbal* ha sido escrito por un ginebrino ⁽¹⁾. Paul Seippel admira a Romain Rolland, y para explicar esta admiración sería necesario formular una ley análoga a una ley física: “las electricidades de los nombres contrarios se atraen”.

El libro de Paul Seippel revela una loable amplitud de espíritu; interesará a todos los que, habiendo leído *Juan Cristóbal*, deseen informarse detalladamente sobre la vida del autor. Encontrarán primero una biografía circunstanciada, un penetrante estudio sobre el *escritor* (su carácter, la formación de su espíritu) y sobre la *obra* (su génesis, sus conclusiones). El autor habla de la formación filosófica de Romain Rolland y de la crisis que sufrió alrededor de sus veinte años.

“La lectura asidua de los filósofos presocráticos, de Empédocles en particular, después de Spinoza, que fué su guía intelectual por mucho tiempo, fué para él una gran ayuda. Después de haber pasado, durante su primer año de Escuela normal, por un estado de misticismo casi búdico, a la vez muy intenso y muy lúcido, escribió en 1888, una especie de confesión filosófica titulada *Credo*

(1) Paul Seippel — *Romain Rolland. L'homme et l'oeuvre...* París, Ollendorf, 1913.

quia verum. Si alguna vez se publica este pequeño escrito, dará la clave de las ideas fundamentales de Romain Rolland, las cuales son, para nosotros al menos, todavía algo enigmáticas. . .

“Romain Rolland no ha abandonado su fe de juventud fundada en particular sobre la antigua filosofía griega. Y tal vez, dentro de cincuenta años, algún candidato al doctorado en letras, tome por tema de su tesis el siguiente: “De la influencia de Empédocles sobre *Juan Cristóbal*”. La obra, en todo caso, está animada del espíritu del panteísmo. Y, en su ritmo general, se puede distinguir la alternancia de los dos principios eternos del Amor y del Odio que ya se separan, y por sus luchas engendran la vida, o ya se reúnen en la armonía suprema. . .”

Habiendo solicitado Ellen Key al autor de *Juan Cristóbal* que formulara sus opiniones filosóficas, Romain Rolland respondió con las líneas siguientes que confirman lo aseverado por Paul Seippel:

“No puedo ni quiero dar un *Credo* metafísico. No me engañaré nunca a mí mismo diciendo que sé o no sé. Puedo imaginar o esperar, pero no me limitaré nunca a las fronteras de una creencia, porque espero evolucionar hasta mi último día. Me reservo una libertad absoluta de renovación intelectual. Existen muchos dioses en mi Panteón, pero mi primera Diosa es la libertad.

“Por el momento no separo al alma humana del espíritu divino, pero no creo que este espíritu divino llene el universo. Trata de animarlo, pero no se puede saber si lo conseguirá. Pero aun sobre esto, reservo espacio para la libertad. El monismo puro no me satisface; me inclino más hacia un dualismo semejante al del viejo Empédocles.

“Siento una admiración ilimitada hacia los filósofos presocráticos, hacia los sabios de Jonia y de la Gran Grecia. Mi primera obra, escrita en Roma, hace veinte años, era un drama titulado *Empédocles*.

“La lucha entre dos principios es para mí cosa evidente a través de la historia. Se trata de saber si hay un tercer principio en el que puedan ser incluídos o armonizados los otros dos. ¡Una trinidad: es curioso ver cómo esta forma se impone al espíritu humano! Pero es una trinidad muy diferente de la de los cristianos, porque comporta un padre y dos hijos en lucha. Una tríada que se asemeja a la de la antigua cosmogonía, de la que hallamos un reflejo en Hesiodo con su Caos, Gaia y Eros.

“Si la vida me lo permite trataré de profundizar mi conocimiento del pensamiento antiguo. Aquellos viejos filósofos vivieron en contacto más íntimo con la naturaleza que ninguno de sus sucesores, y a más habían recogido la sabiduría milenaria de todo el Oriente.”

Observemos que Juan Cristóbal está lejos de ser un *superhombre*, es un *hombre* en la más completa y elevada acepción de la palabra. Si algunas ideas parecen comunes al autor de *Zaratustra* y a Romain Rolland, éste no siente ninguna simpatía hacia el pensamiento de Nietzsche a quien llama un *Goethe enfermo*, reconociendo a la vez que es, después de Goethe, el más grande poeta alemán. (1)

(1) Podrá Romain Rolland no sentir simpatía alguna por las ideas de Federico Nietzsche; pero sería verdaderamente interesante, y quizá lo intente alguna vez, señalar los puntos de contacto de estos dos vigorosos espíritus, puntos que me parecen ser más que las diferencias que los separan.

Romain Rolland me resulta — y sea dicho con todo el respeto que se merece la originalidad de su espíritu — como un discípulo libre de Federico Nietzsche, ya que Nietzsche reveló al mundo su alma embriagada de su propia exuberancia y de libertad interior mucho antes que el escritor francés. Este parece haber plasmado en obras de belleza, la libre filosofía de *La Gaya Ciencia* y de *Zaratustra*.

Sin entrar en el fondo de la cuestión, es curioso notar ciertas fundamentales coincidencias: tanto en Nietzsche como en Rolland la misma admiración hacia los grandes filósofos presocráticos; la misma ansia de libertad que los lleva a huir de todos los “sistemas” y de todas las “creencias”, prisiones del espíritu y del alma; idéntica exaltación del sentimiento de la vida, idéntica fe en su fecundidad, y el mismo respeto religioso de sus misterios. “Miré en tus ojos, oh, vida, y creí caer en lo insondable”, dice Zaratustra. Y para que las coincidencias sean más acabadas, Nietzsche también escribió, en los primeros años de labor intelectual, un drama titulado *Empédocles*.

Tanto para Nietzsche, como para Romain Rolland, la verdad sólo tiene un sentido personal. “Jamás la verdad se ha colgado del brazo de un espíritu absoluto”, dice Nietzsche. Y declara que son sus discípulos aquellos que empiezan por abandonarlo, para buscarse a sí mismos.

Bien se podría creer, por lo tanto, que este *Goethe enfermo* hubiera sido el padre intelectual del vigoroso Juan Cristóbal. Pero no llego a tanto. Las ideas viven en el ambiente, en la atmósfera, y se asimilan con el aire que se respira. También Gourmont, que aprendió la filosofía como él declara, con Schopenhauer, llega a muchas conclusiones de las que llegan Nietzsche y Romain Rolland. Estas coincidencias de pensamiento, mejor sería decir “de tendencias”, sólo prueban que los grandes espíritus llegan por diversos caminos al mismo punto de observación, desde el cual contemplan casi de modo uniforme las peripecias del eterno combate de la vida, y al cual tienden a dar también la misma orientación heroica, que ha de seguir el oscuro ejército humano que es-

Ni en el orden filosófico, ni en el orden moral o estético, el autor de *Juan Cristóbal* nos propone una doctrina completa, un sistema definido. Denuncia el error, pero no dice "He aquí mi verdad", sino: "Buscad la verdad!". Por lo demás, Romain Rolland no es, en el sentido propio de las palabras, ni un moralista ni un filósofo: es un novelista y un poeta. Como novelista ha creado seres y esbozado siluetas vivas; como poeta ha cantado a la música, al heroísmo desconocido, al dolor fecundo... Su influencia — considerable y merecida — se debe por igual al valor de sus ideas como a la nobleza de su actitud ante la vida y el arte.

*

Hemos dicho ya que no hay que buscar en la obra de Romain Rolland un sistema filosófico. Sin embargo, abunda en preceptos dignos de ser grabados en los frontones de nuestros templos: *La primera de todas las leyes morales es no ser neurasténico*. O este otro: *Es necesario ser uno mismo con tranquilidad*.

Hay en la vida de la juventud una hora peligrosa en la que nacen las pasiones, en la que las ideas afluyen sin orden ni control, en la que las primeras decepciones se resuelven en mortal desencanto. Esta crisis de nihilismo interior, pocos adolescentes la evitan, y los que más la sufren son los mejores, los más sensibles, los más inteligentes. Es forzoso, sin embargo, para vivir, dominarla... Pero, ¿cómo? Renunciando primero a analizar y a amar su mal, buscando luego en los libros algún apoyo necesario... Se escoge sus directores espirituales y así — en cierto modo — uno es árbitro de su propio destino. Pero no hay que buscar estos maestros entre los espíritus negativos.

El entusiasmo guía al mundo: amar vale más que permanecer insensible. Hace veinticinco o treinta años que el pesimismo reinaba en el mundo, y la literatura lo reflejó, hasta lo amplificó. Hace ocho o diez años que se ha operado un cambio profundo en

pera en la sombra sus inspiraciones. Y estas coincidencias, y muchas otras, ¿qué son si no signos anunciadores de una sensibilidad nueva: pruebas de que los viejos fundamentos en que descansaba la vida del espíritu están ya gastados y desacreditados, y que una nueva humanidad busca nuevos puntos de apoyo para elevarse hacia la vida floreciente, libre y bella a que aspira? (a)

M. A. Barrenechea.

(a) Ver mi *Ensayo sobre Federico Nietzsche*, en curso de publicación en la *Revista de Derecho, Historia y Letras*.

la vida espiritual: los que conocen la juventud que estudia y trabaja pueden afirmarlo con alegría. *Juan Cristóbal* es, a este respecto, significativo: expresa las aspiraciones de nuestra generación, y servirá de guía a la que viene tras de nosotros.

La vida es una ruda batalla: es necesario luchar reciamente para existir, para conservar sus creencias o crearse una nueva fe, para defender su personalidad... Romain Rolland ha comprendido nuestros dolores y nuestras esperanzas... ha sabido revelarlos... Nos ha dado, no como modelos, sino como compañeros, a *Cristóbal*, artista probo y vigoroso luchador, *Olivier*, intelectual demasiado delicado para vencer, *Antonietta*, amante ideal... Nos dará aún otros amigos. Romain Rolland es un hermano mayor nuestro que nos compadece porque ha sufrido, que nos anima porque es fuerte.

Y si, en nombre del arte perfecto, algún escritor me acusara de exagerar sus méritos, le respondería que en este mundo — en el que la razón no es la única soberana — es justo a veces dejar hablar al corazón.

MAX HOCHSTÆTTER.

(Por la traducción: M. A. B.).

OBRAS DE ROMAIN ROLLAND — Teatro: *Saint-Louis*, poema dramático en cinco actos; *Aért*, tres actos; *Le triomphe de la raison*, tres actos; publicados en un volumen bajo el título de *Tragédies de la foi*; Hachette, 1913.

Les loups, tres actos; *Danton*, tres actos; *Le 14 Juillet*, tres actos; publicados en un volumen bajo el título de *Théâtre de la Révolution*; Hachette, 1913.

Le temps viendra, tres actos; *Cahiers de la Quinzaine*, 1903.

Novelas — *Jean Christophe: L'aube*, 1904; *Le Matin*, 1904; *L'adolescent*, 1905; *La révolte*, 1906;

Jean Christophe à Paris: La foire sur la place, 1908; *Antoinette*, 1908; *Dans la maison*, 1909;

La Fin du voyage: Les amics, 1910; *Le buisson ardent*, 1911; *La nouvelle journée*, 1912.

(Diez volúmenes, Ollendorf)

Estudios críticos: *Vies de Beethoven, de Michel-Ange, de Tolstoï*, con retratos y reproducciones. (Hay dos ediciones con el título *Michel-Ange*, con texto diferente, una es la biografía y la otra el análisis de la obra).

Le théâtre du peuple, essai d'esthétique d'un théâtre nouveau. Fischbacher-Hachette.

Musiciens d'autrefois, Hachette, 1908.

Musiciens d'aujourd'hui, Hachette, 1908.

Haendel, Alcan, 1910.

Muchas de estas obras han sido traducidas al alemán, inglés, español, ruso y polonés.

Romain Rolland es colaborador de las siguientes publicaciones: *Revue de Paris*, *Revue d'art dramatique*, *Revue musicale*, *Bulletin de la Société Internationale de Musique*, *Bibliothèque Universelle*, y otras de París.

PECTORE AB IMO

“Or poserai per sempre
“stanco mio cor....”

LEOPARDI.

Descansarás ¡oh corazón! Lejana
languidece en el tiempo la tranquila
fulguración de mi natal estrella,
como el fuego sonoro de unos labios
en la infinita inmensidad del aire.
La juventud se aleja ;
se aleja como el cirro que en oriente
pasó a las puertas de la fresca aurora
tiñéndose en los pálidos destellos
de la naciente luz de la mañana.
Siento en mis venas frigidez de nieve,
siento en mi cuerpo consunción extraña
que hace pensar en el temblar postrero
de las hojas que penden
sobre la tierra que el otoño yerma ;
ni en la noche me alienta
la voz que otrora al vigilante oído
con encantos de gárrula sirena
murmuró la canción de la esperanza
desde el hondo misterio del espíritu.

¡ Oh corazón! ¿ Recuerdas
las dulces penas de tu amor primero?
Fué una sombra y pasó ; era un suspiro
y se perdió en la inmensidad del aire
derramando al morir finos raudales
de plácida armonía.

¡ Oh tus amores! Florecieron tantos
cuantas pasaron primaveras tibias
tejiendo nidos y volcando flores
por selvas y praderas;
y al estridor de la hojarasca suelta
que rueda sacudida
por la mano invisible del otoño,
un nuevo amor se deshojó marchito
por cada invierno que empañó los cielos:
sus pétalos vagaron
bajo tus ojos un instante apenas,
y al volver incesante de las horas
como formas falaces
por siempre en el olvido se perdieron . . .

Descansarás ¡ oh corazón! La noche
donde el todo y la nada se confunden
rodeará de tiniebla y de misterio
la quietud en que duermas.
Se extenderá la hierba compasiva
sobre la tierra que tu polvo guarde,
y velará tu soledad y olvido
con los vagos rumores de la sombra
bajo el alto mirar de las estrellas.

LUIS MATHARÁN.

CUESTIONES EDUCACIONALES

*A mi maestro Don Máximo Alvarez,
del Colegio del Uruguay.*

No sé a donde va ni como va la instrucción pública nuestra. Es difícil poderlo saber. Lo único que alcanzo, — o que me alcanza — es la duda de que vaya.

Después de los innumerables cambios de decoración, que asemejan el asunto a cualquiera de las Revistas teatrales que estipidizan el criterio artístico del pueblo y permiten hablar a algunos de nuestro teatro nacional, sin que la policía pueda decirles nada ni menos proceder contra ellos, — que sería lo deseable y conveniente; — después de traer y llevar las cosas de un lado para otro, — como si fueran maletas de loco; — un día por lo de instrucción integral; otro por lo de instrucción cíclica, con ciclos abiertos o cerrados, fundamentales o complementarios, según el gusto; quienes abogando por la cátedra libre y otros quienes por la cátedra oficial; los de un lado sosteniendo que el fundamento del progreso y bienestar del pueblo radica, principalmente, en la prevalente actuación de los “universitarios”; y los de otro lado que pretenden *socializar* la humanidad a base del *montón ignorante* que trabaja y que suda, etc. etc., etc; después de todo eso, hablado, escrito, discutido y lo que es más, soportado, — nos resulta que lo único factible es un ensayo para ver lo que sale, y si sale bueno generalizarlo; y si sale malo volver a ensayar. Puede que no falte quien argumente que éste del ensayo es el mejor método, porque es el método experimental. Así fué como se le murió el burro a aquel otro *experimentalista* que quería mantenerlo con antiparras verdes. Y así procedió, hace tiempo, un pariente mío. Logró hacerse de una media libra de pólvora, no sé de que marca; pero sí recuerdo que venía en unos envases de lata, en forma de botella, con la inscripción “Gunpowder, ½ pound” que me hizo aprender a decir

pólvora en inglés, y media libra, — método Berlitz perfecto para cualquier almacenero, o no almacenero; y mi pariente transvasó la pólvora a una botella de vidrio, y después hizo un pozo en la tierra y enterró la botella, tapándola bien y dejando una mecha saliente; le arrimó un *foforito*, de aquellos *foforitos* Roche que se vendían a tres cajas por *un medio*, — puesto que en aquel entonces no teníamos industria nacional que nos hace pagar un medio por caja en los días que corremos; — como iba diciendo, mi pariente le arrimó el *foforito*... y perdió un ojo. Método experimental.

De todos los colegios que tiene el país, que son muchos sin que por eso dejen de ser malos, — no se puede sacar una conclusión con respecto al plan de estudios que necesitamos. Cada uno que ha podido, (poder es querer), ha querido experimentar; y en cada experimento hemos perdido un ojo. No es de extrañar, entonces, si a la fecha estamos ciegos, o casi ciegos. Es decir, no es de extrañar que nada sepamos al respecto, y que empecemos de nuevo, anexando un colegio a la Universidad y dejando que a los demás colegios se los lleve el diablo. Y es singular que estos condenados sean, precisamente, los que tendrá a su cargo el Ministerio de Instrucción Pública. Las cosas han de haber cambiado mucho desde Avellaneda, Sarmiento, y los demás ministros que tuvimos. Han de haber cambiado mucho para que no sea el Ministerio de Instrucción Pública el que se ocupe de la instrucción pública, que parecería tarea exclusivamente suya, como lo ha pretendido el actual Ministro; y no tarea de una corporación que no es el ministerio ni ha sido constituida para hacer ensayos de colegios.

II

Los tanteos y los errores se han sucedido sin solución de continuidad, desde el día en que algún pseudoeducacionista metió la mano en los Planes de Sarmiento. Se empezó por decir y hacer creer que el latín no servía para nada, que la trigonometría era útil solamente a los agrimensores, que la cosmografía nada tenía que hacer en los colegios, etc. Los abogados y los médicos no veían para que se les obligaba a estudiar matemáticas; y los ingenieros se preguntaban que harían con la literatura y la filosofía.

Es perjudicial la separación que se hace entre los estudios llamados “de letras” y los llamados “de ciencias”, inculcando desde los principios el error de que existe una diferencia fundamental entre unos y otros. Tan matemática es una fórmula algebraica como una ley de derecho natural o una ley de química o un principio lógico de filosofía. No puede concebirse un *letrado*, un *literato*, que abra la boca cuando oye hablar de los logaritmos; ni tampoco un ingeniero ignorante de quién fué Alfonso el Sabio, y cual es la obra jurídica de Vélez Sársfield o la obra gigantesca del *literato* Avellaneda. La separación de las Facultades no puede admitirse sino por la simple razón de la subdivisión del trabajo, necesaria lo mismo en una fábrica de muebles como en una fábrica de hombres. Pero los colegios no son para formar especialistas sino profesionales generalizados, cuya especialización queda a su cargo, para después.

No habrá, — como no hay — verdaderos estudiantes en nuestras Facultades, mientras no hayan recibido en las escuelas elementales, primero, y en los colegios después, la educación y la instrucción que deben recibir íntegramente. Creer, admitir y establecer que los estudios preparatorios o secundarios han de ser distintos para aquellos que se dirijan a una u otra Facultad, o que no se dirijan a ninguna, es la causa fundamental del fracaso de la instrucción pública, y del descrédito que ya empieza a sentirse, de los *universitarios*. Porque no son tales, sino cuasi-tales; y al producir su acción pública aparecen incapaces de obrar con la amplitud necesaria, desde que no pueden hacerlo sino dentro del círculo estrecho de su *pergamino*, es decir, aisladamente, — que es la condición bastante para el mal éxito. Plagiando al crítico, yo diría que las *innovaciones-pedagógicas*, — ni son nuevas ni son pedagógicas, — producen los cuasi-universitarios, que cuasi saben algo, cuasi algo han aprendido y cuasi aciertan en las cuasi funciones que cuasi desempeñan al actuar en la cuasi organización en que cuasi vivimos.

III

Como el resultado de los colegios es malo, y no pueden las Facultades cumplir su tarea por la falta de preparación previa en sus alumnos, se cree salvar la dificultad exigiendo un examen de ingreso, o el primer año como complementario de los del

colegio. Quiere decir que, reconocidamente, desaparece la vinculación entre los colegios y las Facultades, como ha desaparecido la vinculación entre las escuelas y los colegios, exigiéndose también el examen de ingreso en éstos. Así se ha consumado la completa desorganización educacional, y así se ha llegado al desastre, haciendo bachilleres que no tienen suficiente bagaje para lanzarse a la vida ni tampoco para seguir estudiando en las Facultades.

No podemos entender estas autonomías sino calificándolas con una palabra que todos sabemos lo que quiere decir: es el *caudillaje* educacional. Estamos en el año 20. ¡Y qué patentes, qué tangibles las correlaciones y las concordancias! Las turbamultas del caudillaje militar y gaucho, no tenían otro esparcimiento ni otras fiestas que las carreras en *andarivel*, con parejeros de cancha abierta, y las jugadas al truco, en las pulperías de campaña, hasta dejar la última pilcha empeñada, cuando no hasta concluir la partida a punta de cuchillo. Y las generaciones del caudillaje educacional, lo único que hacen es preocuparse del "elevage" en los hipódromos, y en vez de la pulpería tienen el Club, no para el truco sino para el pocker...

..... 2
Y Jack Johnson, celebridad mundial que nos ha honrado con su visita y para quien se han derogado ordenanzas vigentes en salvaguarda del decoro público, *de la educación pública?*

Y tardarán mucho tiempo las plazas de toros? Que no tarden, porque el espectáculo ennoblece y dignifica a los pueblos, casi tanto como un *boxing* en que un hombre desmaya a otro de una trompada, cronométricamente...

¿A qué latín ni griego? ¿No tenemos ley electoral? ¿Que no tenemos partidos políticos ni política? ¡Paciencia, pues! No se puede tener todo de un golpe...

IV

Todavía hoy, los Planes de Sarmiento, susceptibles de complementación y de arreglos, pero no de suplantación, son los mejores. En ellos está todo lo fundamental en ciencias, en literatura, en historia y en filosofía. Y lo fundamental de hoy, fué ayer lo fundamental y lo será mañana. Los pirueteos modernistas, los pedagogismos de relumbrón, el sport educacional en que nos

han metido algunos observadores superficiales, — que se figuran imitar la educación inglesa porque implantan el juego del football a tontas y a locas, haciendo cosa principal de lo que debe ser accesorio y muy secundario; y creen enseñar el *trabajo manual* a los niños dando una hora de clase, por semana, de taraceo y no sé que otras pavadas; todo eso debe ser revisado, corregido y substituído. Como en lo demás, todos decimos respecto de la educación pública, que es necesario “ritornare a l’antico”. Antiguo no por viejo, caduco o inservible, sino porque es de antes. De otro modo, seguirán los *ensayos*, y las demoliciones. Si un tabique impide el ensanche de un local en una casa, no hay por qué echar abajo la casa, bastando con suprimir el tabique, o construyéndolo si el caso es contrario. Pocos serían los tabiques exigidos por el Plan de Sarmiento y de muy fácil construcción. No se enseñará con esos Planes “todo lo que se sabe” — o se cree saber; pero sí todo lo que se puede y se debe enseñar. El gran *inconveniente* de esos Planes con sus seis años, con sus Programas ordenados, graduales, completos, — el gran *inconveniente* es el de exigir para su desarrollo que los profesores sean profesores y que los alumnos sean alumnos; *inconveniente* que no presentan los remedos actuales que se llaman Planes y con los que cualquiera puede ser profesor y cualquiera puede ser alumno.

Eso es todo lo que ha pasado. Los Planes exigían trabajo a profesores y alumnos, eran molestos, y por eso fueron substituídos. Pero hay que tener cuidado. No hay nación posible sin educación nacional y sin instrucción nacional. El pueblo inglés debe su prosperidad y su bienestar a la calma, la serenidad, la tranquilidad, el orden y la paciencia con que trabaja y estudia. Nada de impresionismos ni de modernismos. Sus leyes no salen de los Códigos, sino de las costumbres, de las buenas costumbres. Antes de escribirlas son *unwritten laws*. Los ingleses son como el dios bíblico: no dicen que una cosa es buena sino después de los *siete días*, cuando ven que es buena; y hasta entonces, se quedan con lo que tienen, aunque no sea lo mejor. Verdad que también se quedan con todo lo que pueden, aunque no sea de ellos; pero ésta es otra cuestión.

Nosotros, entretanto y para nuestro bien, quedémonos con Sarmiento. Ni los ingleses, ni nadie, pueden ofrecernos un genio más alto ni un corazón más altruista.

A. BABUGLIA.

LA ENSEÑANZA SECUNDARIA

SU DURACION

Era de prever que la reforma de los planes de enseñanza secundaria, que elevó a seis años la duración de la misma, tuviese el dulce y triste fin de las rosas, las cuales viven, como es cosa sabida y dice el verso clásico, "l'espace d'un matin". Ni eso siquiera, porque tal reforma no llegará a actuarse. Lo sospecho por ciertos signos anunciadores. Como la hora se acerca en que han de entrar en vigencia todos los cursos del nuevo plan, comienzan a llegar hasta el ministro las voces ansiosas de los padres que temiendo para sus hijos la amenaza de los seis años, piden la inmediata supresión de uno. Ya el ministro ha dicho, o los diarios le han hecho decir, que piensa resumir en un curso solo, el quinto y el sexto de los nuevos planes, de lo cual se infiere un dilema: o estos planes abundan en superfluidades, lo cual no habla muy en favor de quienes los hicieron y del periodismo que no levantó la voz para analizarlos y combatirlos en la hora oportuna, o la modificación anunciada suprimiría en ellos cosas necesarias, lo cual tampoco habla en favor de quienes la propalan y alientan. Me inclino a creer lo segundo, pues no me parece ni inteligente ni cuerdo, ese cortar el plan por el rabo. O se lo modifica en todas sus partes, mediante una más sabia y discreta distribución de las asignaturas en los varios cursos, si no satisface, o se lo deja tal cual está. Eso salta a la vista.

Pero el ministro ha prometido recientemente en la Cámara una reforma aun más trascendental: la presentación en el próximo período parlamentario, de la tan traída y llevada ley orgánica de enseñanza secundaria; y yo confío en que su prudencia de hombre de gobierno le hará dejar para entonces la reducción que le reclaman, si piensa efectuarla, tanto más que ahora sería prematura. No es ésta, sin embargo, la opinión del diario más re-

presentativo de la cultura nacional. En un artículo de redacción, aparecido en sus columnas el 14 del corriente, *La Nación* le exige al ministro con impaciente premura, la inmediata reducción de los estudios a cinco años.

Yo soy un convencido partidario de los seis años, y, si me apuran, hasta de siete; pero estoy dispuesto a dejarme convencer por un plan de cinco, cuando viese que en él pueden desarrollarse armónicamente todas las facultades del alumno. Si han de triunfar en la prometida ley orgánica los cinco o los seis años, es cosa que se verá a su tiempo, y habrá llegado entonces la ocasión de aquilatar los argumentos en favor de una y otra tesis; mas lo que no es de ningún modo admisible es la dialéctica de que se vale *La Nación* para sostener su exigencia.

El redactor y padre de familia que ha escrito el artículo en cuestión (supongo que es un padre de familia ansioso de saludar *doctores* a todos sus cachorros), comienza manifestándole al ministro su malhumor, por haber demorado la reducción que él anhela tan ardientemente. Luego dice:

“En el campo de la instrucción pública es mucho más lo que reclama ser reformado que lo merecedor a que se conserve, y forma entre aquéllo, *por consenso universal*, el largo lapso impuesto para los estudiantes de segunda enseñanza por uno de los planes vigentes, porque son varios.”

¿Por consenso universal?... No ha de ser en el mundo. Ni Alemania, ni Francia, ni Italia, ni Inglaterra, ninguna de las naciones que marchan a la cabeza de la civilización, tienen planes de enseñanza media de cinco años, y sí llegan algunas de ellas a ocho. ¿Por consenso universal entre nosotros? ¿Qué pruebas tiene de él el articulista? Yo sé que en estos últimos tiempos tres ministros han elaborado planes de mayor duración: de siete años los doctores Magnasco y Fernández, de seis el doctor Garro. Tres ministros, tres personalidades distinguidísimas, se apartaron de ese presunto consenso. Respecto a la opinión del profesorado nacional, tengo a la vista el cómputo de los votos emitidos sobre la base H. de la Encuesta Naón, ⁽¹⁾ que da las siguientes cifras, sobre 682 respuestas:

(1) *Investigación sobre el estado de la enseñanza secundaria*. Ministerio Naón. Informe oficial, por Enrique de Vedia. 1910. Tomo I, pág. 433 y siguientes.

Por 4 años.....	26
Por 5 años (en uno o dos ciclos).....	221
Por 6 años (en uno o dos ciclos).....	257
Por 7 años (en uno o dos ciclos).....	19
Propusieron diversas formas especiales, incli- nándose en su casi totalidad a 6, 7, 8 y aún 9 años.....	26
No contestaron a la base H.....	27
No computados por diversas razones.....	106

¿Dónde está la universalidad del consenso? ¿Será éste el de los estudiantes? Lo creo, pero no tienen voz en capítulo. Y en cuanto al de los ignorantes, lo rechazo.

El articulista continúa clamando contra *tal exceso*, para llorar en seguida sobre la suerte de los pobres alumnos, “*retenidos en la escuela media durante seis años, porque a tal exigencia los condenó la voluntad de quien lo impuso en tiempos recientes*”.

Ha descubierto su juego el buen señor al que *La Nación* confiara la tarea de forjar las armas de la dialéctica, para propugnar su doctrina. A él se le importa un higo la cultura de las generaciones argentinas. En su concepto los estudios son una injusta y dura exigencia que el estado impone a la juventud para entregarle un diploma de doctor; en su concepto los alumnos son *retenidos* en la escuela y *condenados* a ella, ni más ni menos que presidiarios. Naturalmente con este criterio sobre la escuela, cuanto más pronto mejor. El lo confiesa con franqueza, cuando habla del *grave perjuicio* que esto reporta a *los directamente interesados*. Los interesados son él y sus hijos, sus amigos y sus hijos, el vecino de enfrente y sus hijos. La cultura general, la paulatina elevación moral e intelectual de nuestro pueblo, la formación de clases dirigentes que tengan la conciencia superior de los destinos de la patria, ¿qué le importan? Lo que interesa es llegar a la universidad y obtener un título, y para eso las más útiles instituciones son aquellas turbias academias que prometen a los estudiantes hacerles pasar el colegio nacional en dos o tres años.

Y aquí llega el argumento príncipe, el estribillo de siempre:

“... La premura con que hoy se vive reclama la máxima rapidez en los procedimientos preparatorios para actuar en la sociedad, que cada día acelera el ritmo de su marcha”.

¿Es claro el juego? Ni una palabra sobra: todas denuncian la

intención del articulista. La cultura, un cuento. Queden para los antiguos, a los que alude el suelto, esas lentitudes: para nosotros, hombres modernos, la escuela es un procedimiento preparatorio para establecer un bufete de abogado o un consultorio médico, que nos permita ganar mucha plata y comprar propiedades y revenderlas a doble precio. Eso es, en otras palabras, el ritmo acelerado de la marcha de la sociedad. ¡Cómo si para ser bien modernos fuese condición necesaria haber carecido de educación intelectual y moral!

Lo restante del artículo tampoco tiene desperdicio. El autor vuelve a reclamarle al ministro la reforma inmediata de los planes, en nombre del *buen sentido* (¡el buen sentido del almacenero!); le habla de nuevo de los estudiantes “condenados a perder tiempo y nada más”, y concluye con un ambiguo período en el cual manifiesta *constarle* “que la situación de los elementos estudiantiles de la república, aconseja afrontar la cuestión y resolverla”, período que, si no lo interpreto mal, es una velada amenaza de posibles resistencias estudiantiles al nuevo plan, y en tal caso dejo al lector la tarea de juzgar esta conducta de azuzar a los muchachos a resolver por sí y ante sí, contra la autoridad, semejantes cuestiones doctrinarias.

Repito: sea o no sea conveniente volver al plan de cinco años, la argumentación expuesta no es digna de un diario serio y representativo de la cultura de un país que presume de culto. El problema de la duración de los estudios no admite ser planteado sobre la base de si el alumno retarda o no de un año la obtención de su diploma; otras son las premisas necesarias: ¿qué fines ha de tener la enseñanza media? ¿es simplemente preparatoria o tiene un objeto en sí misma? ¿cuál ha de ser la fórmula de este objeto? ¿en qué sentido la correlacionaremos con el progreso cultural de la nación y con sus destinos? ¿qué intensidad y qué extensión hay que darles a las diversas asignaturas? ¿Su fundamento ha de ser literario o científico?

Estas y otras muchas son las preguntas previas a contestar. Hasta que se siga encarando la educación secundaria con el criterio simplista de distribuir entre un determinado número de cursos una determinada ración de ciencia, pasando hoy al quinto año lo que ayer estuvo en el primero, y viceversa, ciertamente lo mismo dará impartirla en cinco, en diez o en tres años. ¿Se disminuyen éstos? Se reducen o se acoplan las asignaturas, y riase

usted de la dificultad. Así la madre económica, (el símil ha de gustarle al articulista de *La Nación*) reparte magistralmente a la hora del almuerzo la misma cantidad de fideos entre seis o diez bocas, aumentando o disminuyendo con habilidad las diversas porciones. La comparación es deplorablemente vulgar, pero no puede el espíritu levantarse a mayor altura, cuando ve naufragar en el agua cenagosa de ciertas argumentaciones, cuestiones tan trascendentales como la de la enseñanza media, sobre la cual algunos estados, Alemania por ejemplo, hacen gravitar la mayor parte de la misión colectiva de crear una más grande patria.

A mi juicio el problema es de los más importantes entre los que nos toca resolver a los argentinos, y como tal hay que ponerlo en la luz que le es debida.

Es lo que intentaré hacer en los números siguientes.

ROBERTO F. GIUSTI.

LAS ALMAS

CONFESIONES DEL BARÓN DE NOORMY

Por EULOGIO R. DE LA FUENTE

(Continuación) *

Siempre es difícil ahorcar a una mujer

Era necesario ascender o descender a otras cosas, remover los daños en sus causas indirectas, desatar en vez de estrangular... Los dogmas del colectivismo tejen cadenas en torno de cada cabeza: cada suceso las carga con el moho y con las liañas del arrastre. Había la necesidad de ver el humano fenómeno en su mecanismo natural y oculto: sólo así sería posible desanudar la conflagración de las restricciones y equilibrar la función de cada temperamento. Y esa obra no había aun tenido principio. Si mi poco ingenio no consiguiese librar al caballero del odio de su esposa ¿de qué le libraría con mis recetas?... La tormenta era demasiado formidable para él. Lea y Aladar se habían echado sobre el obstáculo como dos neofrontes sobre un palomino... ¿por qué? ¡Colisión de los deseos! Lea era la avidez... ¡y no hay repecho más recio que el de unos senos que no se hartan! El marido que ronca en la cama y ríe soñando que su red se ha llenado de perdicés ¿puede presentir que crecen a su lado plantas carniceras y se crían folados que perforarán los huesos? ¡Ah! y entre el que duerme y el que vela ¿cómo tender la paz? ¿cómo fundar un fallo? ¿quién perecería?... Escuché:

— El cajón es forrado... y el carpintero ha venido a cobrar... Se regocija con su mujer... Y Lea viene y me arroja todas las

* Ver el número anterior de NOSOTROS.

nueces a la cabeza... ¿Oyes correr a Lea, mamá? Hacia el valle... ¡Sé a dónde corre!... El obscurecer engaña a muchos... quien hace ese estrépito es el sacristán... pregunta si hay que tocar las campanas... ¡Lechuza! ¡dobla! ¡dobla!... quiere cobrar... Sí, ya me duermo. Tu mano... ¡Soy grande!... Buena cosa es el cielo... ¡Están ahí! ¡asaltan la casa! ¡Van a quemarme vivo! ¡Ehh!...

Salté hasta la cabecera. El caballero se había sentado bruscamente, despavorido, abriendo los ojos y la boca como un perseguido que escapa al horror. Le contuve con toda mi fuerza y dije con voz que salió metalizada:

— ¡Vamos, fantasmas, disolveos!... ¡Noormy defiende a Pecs!

— ¡Mis piernas! ¡se han llevado mis piernas!... ¡Corre, corre!... ¡Corre, Ricardo! ¡Déjame mi cabeza, Lea!...

Luchó conmigo para lanzarse del lecho. Yo no respiraba, con el miedo de que aquel cuerpo de huesos hilvanados se me rompiera entre los brazos. Grité, imperiosamente:

— ¡Devolved a Ricardo las piernas!...

— ¡Toc! ¡Toc!... — gritaba más el enfermo. — ¡Ya no relincha!... La estaca... la han clavado... ¡No te envuelvas, Toc! ¡Da vueltas al otro lado!... ¡nada puedo hacer!

— ¡Id a traer a la madre de Ricardo, que oye la misa!... ¡Traed también a Toc del cielo de los buenos caballos!...

La violeta tensión del caballero aflojó por extenuación y eso hizo sencillo acostarle. Me miraba sin verme, obscuramente compadecido de sí propio, amoratado, pareciendo sudar sangre. Tenía débil y lento el pulso. Me permitió poner mi termómetro.

Por lo que podía yo juzgar se trataba de una doble disociación, ósea y encefálica, que se traducía en anormales necesidades de movimiento y en fantasmagorías, como consecuencia de las fuerzas que las desintegraciones dejaban en libertad y que obraban sobre el sistema general y, principalmente, sobre los residuos disociados. ¿Era factible cortar aquel vertiginoso proceso, regular el gasto y la salida de energías, devolver a las pilas orgánicas los elementos para su precisión funcional?... Para el doctor Flamingt la tentativa hubiera sido empresa de unos instantes... Yo sólo contaba con el catálogo de los medicamentos empíricos: caféina, ácido fosfórico, nuez vómica, los aromáticos, nuez de kola, los éteres... Sapiientemente abrí mi libreta y extendí mi

pedido de ampollas y sueros regenerativos. El termómetro señaló, como lo esperaba, dos décimas debajo de los treinta y seis grados. Repasé mi larga combinación de substancias activísimas y, de pronto, movido por una absurda y soberana sinceridad, estrujé el papel y lo eché a un rincón. Apaciguados los espectros mortíferos, el caballero entró en ensueños pastoriles:

— Anciano señor... ¿sois, bien mirado, el barón Seksa? ¡Quítate tu gorrita de plumas, Elgeinwary!... En otros tiempos, los Pecs, los Ordely, los Elgeinwary llevaban los pendones de Noormy... Disculpadle, señor, porque le han encantado y es ahora el "gordo caperucita"... El vizconde le ha convertido al estado que veis y no puede comer su parte de lamprea...

Gimió y dijo llorosamente:

— ¡Ay! Toc... te matan porque eres mi buen caballo y tú jamás te casarías con Lea...

En la mesita había un libro; me apoderé de él con rapidez y lo abrí. Era un libro de cocina. Declamé tres páginas, como un lector de salmos. Cinco distintas salsas para ánades leí con timbre monótono y automático, con períodos abovedados, oscuros como sepulcros, de repente tajeados por el silencio, resonantes después como palabras proféticas, rodadores como río que marcha entre acantilados... El caballero se durmió; salí de allí, buscando alivio a la tristeza irrespirable de la alcoba.

No bien puse los pies en el gabinete contiguo, me hallé frente a Lea.

— ¿No es cierto — se apresuró a preguntarme — que hace llorar al más empedernido?... El médico de Farman le da de vida hasta el lunes.

— Depende...

— ¡Ah! ¿todavía menos?

Sus gestos eran tan indecisos como una escritura en el barro. Sorprendida, había disimulado mal un resbalón de fuga cortada a pique... Respondí:

— Si pudiese contar con las mismas probabilidades de curarla a usted... ¿Ha venido Teles?

Me miró glacialmente y me dijo:

— Volvamos otra vez allá.

Por segunda vez me guió a la sala callada. Caminaba peor. Vista de espalda, sus líneas de odalisca apresaban. La esbeltez de la nuca solicitaba el mordisco. Como la menta regada, trans-

cendía de lejos... Su cuerpo iba envuelto por una atmósfera traidora de serrallo que fijaba y enclavaba la atención al juego alto de sus piernas.

— Vamos a ver, siéntese... Aranka subirá en seguida y parece que usted tiene algo que comunicarme en reserva... ¿qué es? Yo estoy muy bien... No soy asustadiza. En cuanto a Ricardo ¿qué felices probabilidades se presentan? ¿De qué depende el mayor peligro?

Me hablaba con familiaridad, copiando algunas maneras republicanas de las doncellas de aldea. Dejé que ella sola ocupara el sofá y le dije:

— El mayor peligro está en el vizconde Aladar.

— Por lo menos — hizo aún el esfuerzo de sonreírme, — usted no abusa de los preámbulos... Veamos qué hay con Aladar.

— Señora... he adquirido con mi padre el compromiso de defender al caballero.

— ¡Oh! pero... más que usted, le defiende su esposa.

— En ese caso, Lea... ¿era y es de tanta necesidad acabar así con un pobre diablo?

Brincó del asiento, abrió los dientes como si fuese a escupir, cruzó los brazos...

— ¡Se ha vuelto loco! — dijo, con una risotada. — ¡Se ha enloquecido!... ¡Oh! ¡oh! siéntese conmigo, Edgar; no nos hagamos enemigos tan pronto... Desahóguese aquí. Insúlteme cuanto quiera.

Me senté a su lado. Pocas veces he deplorado tanto no ser un hábil orador, a fin de suavizar los golpes que daría. Me encariné al ramaje del conflicto y dije con el énfasis de un moralista:

— Lea, nadie dura los siglos que harían falta para la conquista y el dominio de la propia alma...

— Nadie dura... — asintió, observándome curiosamente.

— Resulta de eso — continué — que nuestros impulsos naturales nos llevan a tumbos de un lado a otro y que el bello ruido de las sensaciones vehementes nos distrae, como los sonajeros, de mirar más allá de las ilusiones, donde está la mano de la Potencia que nos gobierna con ellas...

— Es la edad — fingió suspirar... — A mis años, las ilusiones...

— ¡Bah! ¡mientras haya deseos habrá ilusiones! Parece que las ilusiones nos las hacemos libremente y no es así; pero los

deseos... ; cuánto queríamos no tenerlos! Son la mosca de Milán que llevamos detrás de la oreja, sin saber quién nos la aplicó, ni para qué. Después de la primera contrariedad, los deseos se hacen llagas: son furiosas realidades informes a las que hay que darles un desenlace...

— ¡Usted me está revolviendo el juicio! — se rió, levantando los brazos y transmitiéndome con el muslo ideas más fogosas y menos divagativas.

— Hace media hora, — proseguí, — que tengo en la cabeza una ecuación atroz. Retumba en hueco. ¿Quién debe perecer, Lea?...

— ¡Oh!...

— Señora, no se indigne usted contra mí, puesto que yo no me indigno mucho ni poco contra usted... He buscado indicios... La orden universal es de vivir y realizar los impulsos... y hay de cierto que en el mundo de los animales ningún macho mata a las hembras, mientras que buen número de hembras ejecutan a los machos... ; Tanto habría que recapacitar antes que acusar!...

— Pero ¿a qué viene todo eso? — preguntó, decayendo, pálida como la pared.

— Lea, yo no soy de esos médicos que hacen dosimetrías escrupulosas con los alcaloides; mi sentido científico me ciñe a otras orientaciones intactas. Yo no responsabilizaré nunca a un enfermo de llevar sus llagas... porque si yo ignoro cómo curárselas, él lo sabrá menos. Y aquí, si he de ser médico, he de curarla a usted, señora, antes que a su esposo. Para ello, es indispensable que desnude, que toque... Usted me convierte al bien.

— Sí, hable usted en broma siempre... ; adorable! — volvió a reír.

— Lea, — le dije, — ayúdeme usted a salvarla.

— ¿A mí? ¿de qué, Edgar?...

— Del crimen. Ayúdeme a practicar el bien esta vez... ; es un sport!

— ¡Qué atrocidad! ¿Quién comete crímenes en mi casa? ; Qué complicaciones nos trae usted!... ; Oh! venga... pueden oírle... ; qué horribles locuras!...

Otro largo paseo, hasta la cámara matrimonial!... ; Y Aranka estaría, entre tanto, sorbiendo del vizconde las tentaciones hacia la última luna de miel!... Lea, girando bruscamente sobre los pies, me miró con ceño malicioso y me dijo:

— Quédese y acuéstese ahí. Más tarde hablaremos. Duermo todas las noches cerca de Ricardo... A las once vendré. ¡Ni una palabra le escucharía! Cuanto usted nos aconseje como médico será hecho. Espere cinco minutos para una visita...

Me sentí resbalar por el plano de las grandes depresiones. Perdía mi serenidad. El encuentro con Aranka en aquella atmósfera de intriga y saliendo de otra atmósfera donjuanesca... ¡qué decepción! Cinco años de generosa juventud se deshonoraban en ese final. El sagrario había caído a la cisterna de las necesidades comunes, donde mi diosa armaba la trampa de su belleza para las ventajas de un concubinato legalizado...

— Sí, sí, ve... no te ocupes de mí.

Aranka pasó. La vi agarrarse instintivamente de la puerta, alarmadísima, estupefacta, sin poder retroceder ni avanzar... Comprendiendo que todas sus intenciones estaban resueltas por el retroceso, le dije desde mi penosa depresión:

— Yo saldré. Lea nos ha engañado a los dos...

Pero ella obstruía la salida, galvanizada. Casi nos tocábamos... Se estremeció una y otra vez, con las sacudidas del baño de sábana, de tal manera que supuse que iba a envejecer eléctricamente y quedar baldada...

— Paso, para marcharme... — le supliqué.

— No, — acabó por hablar con dureza que sólo estaba en la voz. — Marcharse ¿por qué?... ¡Tú!...

— Usted sufre, Aranka.

— Quien sabe... ¿Por qué nos echaríamos a correr ahora? ¿somos dos personas que no podrían tolerarse diez minutos? Vamos a sentarnos...

— Lea no sospecha que yo fui vándalo... y que usted no lo ha perdonado.

— ¿Lea? sí, sí. No la ayudemos a reír. Sentémonos. Me contarás de tu vida... de la vida de tus buenos y malos duendes.

— Los buenos se han ido todos.

Había un sillón y fué para ella; yo me senté en la cama.

— ¿No habrás sido tú quien los mató? Tú no quieres tu pasado... ¡un pasado como ese! Estás muy mal, Edgar... ¿Vives únicamente aniquilando tus recuerdos?

— ¡Chupan y no nutren!

— Poco has cambiado, — dijo, apagándose, abstraída en mirarse las manos.

Era más humilde. Una toca leve de senectud parecía dejarle en el semblante la sombra de varios hilos negros. Ya no tenía en los ojos la soberbia de las fortalezas infranqueables; y la hermosura, sobrepuesta a la caducidad, brillaba todavía como una llama fantaseante cuyas lenguas baten el humo.

—¿Cuándo te casas?— me preguntó.

—¿Yo? Nunca. ¿Y usted?...

—¡Bah? ¡yo!... ¿quién cargaría conmigo?

Pensé que habían volcado sobre mis antiguas adoraciones una escudilla de escorias y me figuré ver al ídolo grandioso de mis sueños palpado por veinte manos en la rueda de las subastas. El rencor me inspiró; las palabras agrias brotaron de esa cuna bastarda, sacándome de mi verdadero temperamento transigente:

—¿Y no he de matar mis recuerdos?... ¡momias! ¿cuándo no fueron mentiras? ¿cómo se reparan los errores a que nos empujan? Tiempos hubo en que me creí un hijo predilecto del espacio, parido por las pirámides de Noormy. Las raíces que salen a las avenidas eran brazos amigos; en ellos dormí más de una noche. El aire estaba poblado de buenas almas transparentes. Los ojos del lince y del gato salvaje eran ojos con los que yo mismo penetraba en las tinieblas. El trueno era mi despertador de los días de fiesta; el rayo vestía los montes de azul y violeta y verde suntuosos para que los viera... y con el espíritu me encaminaba cada tarde sin sol al manantial de la Luz, subía hacia el Gran Espíritu, más confiado en él que un niño en el regazo de su madre. Aranka... usted substituyó ese universo que estaba en mí con las momias de un amor impotente... Quise verlo todo con sus ojos, quise oírlo todo en su voz, quise solidificar la eterna Luz en el árbol de su carne; y esperé... ¿Qué esperé? Esperé verme respetado, por lo menos, como un vástago del mundo que no miente y me miro lanzado a la fatuidad de las cosas que no echan raíces. Nada mío ha quedado en el alma que me ennegreció. Y todos mis insomnios acaban de ser rebajados al nivel de ese desconocido valiente que cargaría con usted y con sus rentas... ¡Un pasado como el mío! Estaba golpeado, tundido, vulnerado, desangrado y aun había en mi mazmorra la ilusión de que yo no podía morir mientras usted viviera... y usted me apaga esa chispa del cielo... ¿Qué le debo todavía a mis recuerdos? ¿Cuántos quintales de dinamita necesitaría para hacer llover el mal sobre mi prójimo y resarcirme de todo lo perdido?...

Presenció a ese punto en Aranka el precipitado escape de su belleza, robado por la decadencia definitiva. El estrago la envolvió, azuleándole la cara, ensanchando las rayas sombrías, dejándole en la mirada la vaciedad de los ojos de vidrio. El trastorno repercutió en mí y dije, piadosamente:

— Sin embargo, la culpa ¿de quién es?... Aranka, no se la atribuyo. Lo que he vivido sólo me ha enseñado la verdad de que jamás se sabe cómo es lo que poseemos. Para no confundirnos ¿no es preciso que la fatalidad nos meta un cadáver en los brazos? Un cadáver es bien un cadáver... ¡lo demás... son momias de la credulidad de ayer! La amante ¿cuándo lo ha sido? La esposa ¿cuándo será la adúltera? El hermano ¿por qué será el contrincante? Y yo mismo, que creo conocerme en estos minutos presentes, ¿cómo seré cuando vuelva a Noormy? Si uno propio vacila tantas veces y esquivo definirse y empañar con hojarascas sus emociones bondadosas ¿qué no vacilará y qué no empeñará cuando ha de fiarlo todo a otro? Usted, Aranka, no me ha negado nunca las indulgencias de oirme...

— Oírte... ¡no siempre es fácil, Edgar! Empleas el pico de los enterradores... Has pasado a saco mis sentimientos... has cerrado todas las ventanas que aun me daban aire. ¿Y por qué? Dímelo, al menos. Con el mismo pico con que sepultas veo que atacas la puerta del cielo para entrar... ¡Ay! ¿qué pretendes? ¿qué cosas eternas buscas?... ¡Acaba de enterrar, pues, tu pasado! ¡no lo eternices, puesto que no te ha servido!... Yo lo agrandaba un poco cada noche y el pasado era mi porvenir... Y te digo: si lo grande, lo eternal lo hallas mañana en tu camino ¿qué eres ante eso? ¿qué riesgos no correrás de ser visto veleidoso y desconfiado? Oírte... ¡buen Dios! ¡Quién sino tú ha hecho que me viese pequeña y recelosa? Has vuelto para recordármelo... y desde hoy mis noches y mis días se irán rechinando unos atrás de los otros... igual que aspas de un molino de donde hasta los ratones se fueron. ¡Te amé, yo, yo!... Te he llevado vivo y muerto en mi ser... nunca dormía sin haberte acariciado y llorado... No obstante, todas las cosas que a mí me dijiste iban para la otra... ese cadáver... ¿Qué me faltará escuchar para morir?... Momias, tristezas... de ellas me sacaste una mañana, cuando eras tan niño y me pareciste tan grande... Tu mano fué mano de ángel dos días y maza siempre. Aun así fué... fué...

— Termina, Aranka... — volví a tutearla, imprevistamente arrollado por aquel flujo de espontaneidad.

Se puso en pie. Con su lento tono medido y señorial, dijo:

— No abuses de mi franqueza. El imposible de antes se ha centuplicado. He volado mucho con tus alas y con ningunas otras volé nunca: eso se acabó. Estoy rendida. ¡Ah! estamos en la tierra para una representación muy poco ingeniosa. Buenas tardes.

De más allá del día llega un clamor . . .

Pasos ágiles hacían crujir las maderas. Por la puerta, que ninguno había cerrado, Lea nos miró cándidamente, estudiando nuestro tramo de galantería, placentera, complaciente, midiendo la posibilidad de que yo la descartase de su rival . . .

— Conviene que le dejemos descansar — dijo entrando y dirigiéndose a Aranka. — Para mi enfermo, siempre temo que los médicos no tengan despejada la cabeza . . . y Edgar se ha comprometido . . . ¿lo sabías, querida? Esta noche le verás, al buen genio de la casa-torre.

— No podré quedarme — se excusó la viuda. — Kristian no come, duerme poco . . .

— ¿Y Noormy? . . . Hará también milagros en Tahor, Aranka, preciosos milagros.

El cañón bélico de la mujer de Pecs estaba tan recargado de epigramas que me pareció oportuno salir de su campo de tiro diciendo a la viuda:

— Admitame en su coche y podré llegar a Noormy al amanecer.

— ¿Estarás listo antes de las doce? — me preguntó.

— Yo le subiré su cena a las diez — prometió Lea — y habrá tiempo para pensar lo demás.

Me acosté a medio vestir. Mi reloj marcaba las seis; dos horas me bastarían para reponerme, si dormía. Fué imposible. Lo que acababa de ocurrir volvía a caerme en la frente con la persistencia de un chorro de agua, rechazando el sueño a distancias siderales. Me encontraba literalmente deshecho, tan aplanada el alma como el cuerpo, enfermo del infortunio que se le atraganta a los más soberbios dentro de la realidad de sus disfraces. Torbellinos de ideas me transportaron a un círculo febril de colosales alucinaciones. Millares de minutos de reflexión se condensaron para penetrar en la profundidad incognoscible y aterradoramente del “yo”.

Unicamente al despertar supe que había pasado algún tiempo en el mundo hermético de la nada. Eran las nueve. Me vestí, deteniéndome en detalles de tocador, reconciliándome a la claridad de dos luces con los rasgos de mi raza. ¿El futuro? estaba, sencillamente, en sus dos términos categóricos: vivir o matarse. Y ¿quién habrá bastante iluso para creer que tiene la elección? El futuro cae hecho, más o menos a la medida del que cargará con él. ¿Era ya Lea?... No había como equivocarse. Caminaba libándose; el verano de la vida se hace sentir desde lejos. Lea debió ser alumbrada por una noche larga, puesto que largo era su día. El verano venía hacia mi invierno... y es el verano el que madura los frutos.

Se deslizó sin previo aviso, cuidadosa pero resuelta. Tal vez había proyectado despertarme soplándome a los ojos.

— ¡Ya vestido! — se detuvo en el medio de la cámara.

— Hombre nuevo soy... dormí como las rocas. En su casa hay el silencio magnánimo.

— Hay pesadumbre — sonrió desenvueltamente. — Traen su cena, una mala cena... Ahí está la mesa. Déjeme servirla... Despacio, Juro... Por allá, Emmerich. Muy bien. Hasta mañana. Es suficiente con Boris... él enganchará. Los demás, a dormir. Cierra, Juro...

Colocó las sillas, en ángulo, próximas; retocó los platos, llenó dos copas con dos clases de vino, escuchó hacia fuera y se dispuso para abrir.

— Cena fría... — me sonrió. — ¡Vamos, vamos, a sentarse!...

Dos mujeres pasaron con un tablero de comedor que casi las derrengaba. Encendí las bujías del candelabro que los criados trajeran y la espaciosa cámara tomó sus aires de arquitectural aposento engalanado. Lea hizo correr los pasadores de la puerta y avanzó amortiguando los pasos.

— Ahora — me dijo con voz halagadora, — está usted en poder de los penates de Tahor y tiene que honrarlos con el apetito. Empiece por esta sopa de almejas, única cosa caliente que ha venido... ¡Ah! y no aceptaré que usted se divierta más con el papel de hombre salvaje, que me acobarda... ¿No es bueno ese vino? Le participo que aquí las risas más fuertes se quedan adentro; un escopetazo no sería oído sino por nosotros.

— Usted me va a embrujar, Lea... y tengo muchas meditaciones que confiarle.

— Confíemelas. Pero si usted reincide... apagaré todas las luces y no sabrá por dónde habré desaparecido.

— Señora, es usted una mujer denodada. Cuando defiende así lo que desea, la admiro. ¡Lástima que se rehuse a una conciliación! ¿Por qué ha de ser imposible?

— ¿Una conciliación con usted? En efecto... ¿por qué no sería posible?

— Vamos a ensayarla, Lea.

— Ensayémosla. Pero me resentiré si usted deja una sola gota de esa salsa... ¡para una vez que cocino!... deje la trucha, pero no la salsa.

— ¿Es la salsa la que contiene el filtro?... No dejaré ni una gota en mi plato. Si muriese aquí, todo el trabajo lo tendría usted. Estoy entregado a sus dioses penates.

— Ignoran lo que sean filtros.

— ¡Están aspirando el vaho malo de las segundas intenciones!

— ¡Qué salvaje es usted! Entreténgase con este alón de pavo, antes de la tortilla dulce... El pavo ha venido del corral y del horno de Elgeinwary; Eufrosina tiene esta especialidad... En fin: ¿qué espantosa idea se formó usted de mí?

— Una idea difícil, abrupta...

— ¡He ahí una forma de calmar mi curiosidad! ¡hable!...

— ¡Horno exorbitante tiene que haber sido el que cocinó su carácter! ¡bien fundido y templado salió! Creo que usted es un astro de placer...

— Es una tortilla olorosa, — pretextó querer probarla para cogerme la mano y llevarse a la boca mi tenedor. — ¡ Ha salido bien! Conque... ¡astro!... Es poético.

— ¡Y qué exhalaciones despide!... Lea, ¿quién sabría atrincherarse contra esas cataratas?... Usted maneja grandes moles mortíferas.

— ¿Se obstina en provocarme? — rió, paladeando una cucharadita del jarabe de las ciruelas. — ¡Sería aborrecible!

— Y su aborrecimiento ha de ser más incurable que la peste. La ironía se extinguió en sus bellas sonrisas.

— Por la tarde, — me dijo, — usted andaba con dudas execrables que no acertaban con un fallo... ¿está hecho?

— ¡Qué feliz me haría si lo aceptase! Yo no exigiré jamás de nadie la renuncia de esa clase de necesidades contra las cuales se estrellan los juristas, debido a que hay necesidades más fuertes

que todo castigo. . . No acuso, Lea. No soy osado, tampoco, para condenar intenciones, pues las mil intenciones que se labran son solamente reflejos de un único hecho que hay que acatar, **entendiendo** que forma parte de la Realidad universal. . . Ni aun me atrevería a censurar: los saciados serán siempre llevados a la picota por los necesitados; la iniciativa es motivo bastante sobre la negación y no hace falta justificarla. . . Pero me interpongo a lo que está por hacer.

— Interpongámonos los dos, — me miró inexpresivamente.

— Muy bien. He querido decir que soy también un hecho y que cuento conmigo. . . Entonces, desde hoy, usted será la madre y la hermana del caballero; no necesita más.

— Voy a suponer que usted no ha despertado aquí intoxicado por el aire maléfico. . . ¡Irreflexivamente me dejaré inducir! ¡quiero pellizcar con los dientes en ese estofado! Dígame, Edgar: y si yo necesitase un marido en lugar de un hermano ¿quién me lo daría?

— Su indocilidad.

— ¿Qué juez es usted, Noormy, para autorizarme a tanto? ¿Espera sacar de ello algún beneficio? — hizo irrisión.

— Por de pronto, no creo que haya nadie tan presto como usted lo está para asumir la ofensiva. . . Se arreglará bien sin refuerzos de nadie.

Tomó un sorbo de la copa de curaçao que acababa de llenar para mí y volvió a sonreír acariciando uno después del otro sus hermosos brazos.

— Debería acostarse otra vez y dormir más, — me dijo. — Usted sigue tan pendenciero como por la tarde y eso es un caso de contumacia que no le recomienda por la docilidad. . . ¿Por qué me mira con esa cara de estupefacto?

— ¿Quiere usted, Lea, que sea dócil?

— Sí, quiero, — dijo en el tono de un amable esgrimista que se pone en guardia; — pero ¡ah! . . . ¡dócil hasta cierto punto!

— ¡Para volverme a la cama! . . . ¿Me mandaría, a deshora. . . alguna extraordinaria doncella de Pecs?

— Es posible, — rió del atrevimiento, bajando los ojos. — Prefero oírle decir todas las licencias de esa clase. . .

— Voy costeándola, Lea, — le dije, debilitándome por momentos.

— ¿A mí? ¡desembarque! . . . — volvió a envalentonarse para la malicia.

— ¿Qué tributo tendré que depositar en la playa?

— Usted ha entrado en Pecs como amigo: usted no saldrá de mi casa como enemigo. Es todo.

Mis planes se desmenuzaban. Había en Lea destellos de un enternecimiento tan ominoso que ellos me contenían, sin embargo, mejor que mis decisiones en favor del caballero; pero ¡qué peligrosas eran las flexiones carnales de aquella mujer, hecha para los excesos de las Saturnales! ¡Si lograrse disuadirla!...

— Adoptemos, Lea, — le dije, mirando su garganta, — la fórmula para una docilidad... recíproca: ¡Se acabaron los fantasmas y las persecuciones!... ¿está prometido?

— ¡Persecuciones!... — fingió horrorizarse. — ¿Acaso es serio?

— Más que serio; es concluyente.

— ¡Oh! no puedo admitirlo, — moduló con suavidad, — ni podré oírle más ahí. ¿Estamos en una cueva de foragidos?

— ¡Usted me está obligando, Lea, a que vaya a entenderme con el vizconde Aladar!

— ¡Es su obsesión, el vizconde! — dijo moviendo los ojos como la víbora mueve sus lenguas.

— Y bien: ¡es indispensable, últimamente, que el caballero no fallezca... de lo que se muere!

— ¿De qué se muere?

— ¡De hambre! — afirmé, áspero, contra mi voluntad. — Y aun hay algo peor.

— ¡Qué hay de peor! — se impacientó.

— El caballero tiene horror de sí mismo... porque sabe que su esposa, los criados, las piedras de su casa ¡le han sentenciado a muerte! A eso me opongo como amigo y como médico.

Se levantó exaltada, con ojos en que la ferocidad estaba rompiendo ya las vallas de la astucia.

— ¿Por qué no va usted, — me gritó, — a depositar inmediatamente esa denuncia a Eryoly?

— Una noche, Lea, hace once años, en el bosque de Serevinata, vi dos blancos fantasmas, que ocultaban a dos amantes. Eran: usted y el vizconde. Les vi en el suelo... uno sobre el otro.

Demudada, se dejó caer en la silla, con gesto de no creerme capaz de tanta brutalidad. Me preguntó:

— ¿Juraría que era yo?

— Vi y oí. Repetiría todo, palabra por palabra, si fuese preciso. No es una acusación: son hechos.

Con las manos se había cubierto la cara. Estaba llorando. Pero ¡qué frío llanto era!... Más parecía jadeo de lucha bajo una rodilla enemiga; queja dura de una fiera inmovilizada con tuercas; constrictura de colosal serpiente que no puede tragarse a un cóndor. Las mangas dejaban mirar los brazos finos y redondos. Nieblas oscuras y lascivas emanaban de las lágrimas como una evaporación perversa de pote de misa negra... Debió verme por entre los dedos, disgustado de mi despotismo y arrebatado hacia los extravíos de la locura sensual, pues sacó de su altanería una sonrisa irisada y animadora, se puso en pie con el ademán de una princesa rendida y me dijo:

— Acepto sus condiciones... ¡alguna habrá que nos compense de esta querrela!

Al descuido, miró la cama. Estaba ya allí con el cálculo... ¡Gran lecho vacío! Era el único monumento nupcial que no caería. Cerré los ojos. La limpia bacante espejearía en la colcha roja como los peces a la luz lunar... Serían sus brazos ramas entrelazadas de una trepadora... Su seno devoraría todos los empujes... Y las lágrimas medio secas prestarían aun a su cabeza cruel un barniz indeciso de sentimiento... Como un suspiro de ánimas, un susurro de las bujías casi pronunció: ¡mamá!...

— Lea — le dije, martirizándome, — no hay sino un artículo... ¡Rompimiento decisivo con el vizconde!

Me figuré que no podría pasarse sin clavarme los dientes... Alargó un brazo, se apoderó de mi mano izquierda y, enronquecida, exigió:

— ¡Pronto, vamos, antes de que me arrepienta! Vamos a tranquilizar a su protegido... ¡Apresúrese!...

El dormitorio estaba a oscuras. Lea prendió una lamparita de aceite con pantalla verde y dijo a media voz, laminando las sílabas:

— ¡Ricardo!... ¡aguza los oídos!... ¡entérate de lo que Edgar hizo por tí!...

Hay situaciones que se develan con el instinto. El aire estaba saturado de solemnidad. Desde el tablón del dintel ví en la cara de Lea, en el fúnebre reposo de los objetos, en la rigidez de los pliegues, que el caballero no existía. Me sentí doblado por comunales ideas y le lancé a la mujer la mirada de un duelista

que habiendo desarmado al contrario resbala y cae de boca...

— ¡Usted desafía todo lo que está más arriba del Sol!...

— ¡Usted — me echó a la cara pasando a mi lado — ha desafiado primero lo que está debajo... ¿Tiene aún algo que exigirme aquí? Le escucho.

No se veía del caballero más que la romántica y exangüe cabeza, que irradiaba sombra... Me aproximé a la cama. Me olvidé del mundo vivo; yo mismo era un detalle escénico de aquel vacío; y nunca un orden más seguro se había establecido entre nadas. Las vacilaciones de la lamparita parecían brazos fracasados que intentaran moverse para la caricia. Las pulsaciones del espacio eran súplicas ahogadas antes de la emisión. En el espejo lívido de la frente del muerto ví la sombra de un ser altísimo que me contemplaba desde más allá del día, y creí que fuese la misma boca yerta de Ricardo de Pecs la que pronunció desde el mundo invisible: — “Regresa a tu castillo, Noormy... Piensa y sé leal con lo que logres ver. Si no sabes de dónde llega la realidad ni para qué es traída ¿cómo puedes pretender dirigirla? ¿Vas a ser ciego para juzgarla? Acabas de palparlo: tú dirás alguna vez ¡puedo matar!... no dirás jamás ¡puedo salvar!... El Alma-Madre se reserva eso para sí: ella tiene la única palabra que no cambia, la única protección que no fracasa, la única dádiva que no se gasta. Defiéndete tú, que el caballero ya no precisa nada de tu mano; a salvo está ahora en el regazo de la sublime Madre. Contempla su éxtasis en la suprema caricia. Los instintos de Vivir ya no patalean ni se rebelan contra el sueño admirable: ese sueño no es de ellos y no le conocen: ellos tienen la Misión: ahora ha quedado el Ser, el que puede crear y morir... El caballero de la Casa-torre ha terminado su misión en vuestro mundo de tinieblas: su ser, tú no sabes qué es ni adónde va, ni quién le recoge. Detente, pues, ante lo que ignoras y compadece a los que aún tienen una misión y la viven y la cumplen”...

Lea no apartaba los ojos de mí. En su macabra penumbra era como un luciente animal bostezando entre restos lamidos y triturados. El amor propio me aconsejó decir:

— Dejemos en su paz al que duerme... Escuche mis condiciones.

— Nada temo — se anticipó, con mordacidad. — A usted, se lo declaro: antes de subir, vine aquí envuelta en el sudario que se le pondrá a él. Eso bastó. Puede usted ir, barón de Noormy, a negociar con la justicia mi secreto.

— Lea, la denuncia no saldaría ninguna cuenta; abriría otra peor. Pero es necesario que usted ceda.

— ¿A qué? ¿a quién?...

— El vizconde fué el aparecido, el incendiario, el perseguidor... Usted se resignará a no verle más o bien...

Avancé hacia ella con sordo deseo de estrangularla. Se desató en improperios...

— ¡Basta! ¡no quiero!... ¿Soy tu sierva? ¿A qué has venido?... Aladar ¿qué me importa? ¡Yo... yo!... ¿Quieres ponerme el pie para conocerme bien? ¡Ah! ¡tócame un pelo contra mi voluntad y te mato!...

Se abalanzó, rechinando con los dientes, en una embestida de hiena. La expulsé y volvió. Como una amazona me echó al tronco los brazos para una lucha sin compasión. En un hombro sentí sus dientes clavados... ¿Puede haber pugilato más endemoniado? Aparte los feroces dientes, todos los golpes eran blandos, las armas mullidas, concupiscentes las retorcidas. ¿Qué fuerza no desfallece contra el fortín de un vientre? ¿qué revanchas no se endulzan contra la lóriga de dos senos batallantes? ¿qué anacoreta se indignaría contra la presión violenta de un sexo? ¿cómo no doblarse a la zancadilla de una pierna pletórica?... Y el entrenzamiento diabólico no cesaba. La silla de madera tallada rodó alarmanamente. Las hojas de un libro no estarían más pegadas. El tornillo que entra en la durísima madera no se recalentaría tanto... ¿Descargué realmente el puño sobre la cabeza desmelenada? Resoplando, Lea se tendió... La blancura de una pantorrilla se destacaba. Balanceó la cabeza y las piernas; el pecho se le hinchaba; maullidos cortados y golosos querían calmar la rabia recóndita que la abarquillaba en las entrañas...

— ¡Muero!... ¡Húndeme tu pie! ¡Edgar, ven!...

Salí de allí con los pelos de punta.

Lea quedaba con su muerto, en la calcinante hora de los trópicos sin agua...

(Continuará).

MITO CANNING Y DOCTRINA MONROE

A PROPOSITO DE UNA MANIA

(SHERRIL, CHARLES H. — *"The Monroe Doctrine and the Canning Myth"*.
— *The Annals of the American Academy of Political and social science*.
— Vol. VI, julio 1914, N.º 143, págs. 92-98).

Está dedicado este volumen al análisis de las relaciones exteriores de los Estados Unidos de Norte América; y, especialmente en su primera parte, al de la doctrina Monroe, estudiada desde puntos de vista diferentes, por personas distintas. Este método es muy americano, y da a los resultados que prohija, un carácter de frívola ligereza, que en el fondo podría eximirnos de tomarlos seriamente en cuenta. Pero entre ellos aparece una consideración breve y sumaria sobre la doctrina Monroe, por Mr. Sherril, que por presumir de histórico-crítica, nos obliga a un más detenido examen del que se merece en realidad.

Mr. Sherril, con una antigua predilección no desmentida por los años, quiere obligar nuestra gratitud, destruyendo lo que denomina "mito Canning", para substituirlo con otro al que conoce como "doctrina Monroe". (a)

(a) Alguien recordará la situación que se produjo, cuando la llegada al país de Mr. Roosevelt. En cierto discurso, que podemos calificar como un "after dinner speech", un argentino hizo declaraciones que originaron molestias en la opinión y aun pequeñas preocupaciones en nuestra cancillería. Todo fué debido a la "manía monroviana", y a la coquetería por el huésped; ambas fuera de lugar, y si se quiere, hasta de mal tono.

El doctor Zeballos ha publicado en los Anales de la Facultad de Derecho de Buenos Aires, tomo IV, año 1914, un artículo titulado: "Política de Madison". Quiere ser un alegato de "bien dicho", pero no alcanza a ser sino una especie de editorial difuso, sobre una materia diluída.

Para rematar esta tendencia, llega Mr. Stimmson, quien nos espeta de primera intención la consabida "obligada gratitud", hacia el espejismo

Mr. Sherril, no es un adepto del método histórico. El no lo necesita. Sóbrale la intuición clarovidente de los hechos, reconstituidos según el diapasón de sus preocupaciones políticas. Es así que su teoría de la historia, en este caso particular, reposa sobre los siguientes postulados axiomáticos: 1.º La independencia de los estados sudamericanos fué debida a los esfuerzos personales de sus patriotas denodados (una novedad para nosotros...) 2.º El mantenimiento de la independencia, conseguida con tantos esfuerzos, fué debido a un agente exterior, que no ha sido la política de Canning como hasta ahora se ha supuesto, sino el pueblo americano, "quien a través del mensaje Monroe, primera manifestación en pro del panamericanismo, proclamó al mundo: "Hands off! these are our sister republics of this, the hemisphere of freedom!" (pág. 92).

Sin embargo, esta construcción reposa sobre hechos que históricamente dan resultados opuestos a los que Mr. Sherril se propone. Procederemos, pues, a la determinación de los mismos, dentro de los escasos límites de una nota bibliográfica, aprovechando para el caso el material más demostrativo.

Por lo pronto, una cosa es la formación de un estado, y otra su reconocimiento. Aquélla supone energías y luchas, concertándose y coexistiendo dentro de una entidad política soberana; ésta, en cambio, supone la capacidad para ser persona dentro del concierto internacional de los estados ya constituidos, y por lo tanto entidad suficiente para contraer y sostener compromisos de carácter público.

Entre nosotros, hacia el año de 1824, regía el sistema que con toda propiedad se ha denominado de las republiquetas, careciendo la nación argentina de aquella unidad y representación que son necesarias para la identificación de la persona de derecho internacional a que nos hemos referido. Tan grave era este aspecto del problema, que Canning, al comunicarse con Woodbine Parish, decíale en un oficio del 23 de Agosto de 1824: "*Antes de que el gobierno de su magestad pueda tomar cualquier medida decisiva para estrechar más las relaciones... es obviamente necesario... que la estructura de su gobierno (el de los nuevos estados) sea tal como para dar una seguridad razonable de la con-*

histórico que bien podemos calificar como "manía monroviana". — (Consultese los diarios de la tarde del 8 de Enero de 1915, y los de la mañana del 9 del mismo mes, año 1915).

tinuación de su paz interior y de la buena fe, con la que podría estar capacitado para mantener cualquier relación que contrajere con otras potencias". (1)

Mr. Sherril, achaca a Canning, indecisiones y aún mala voluntad hacia los nuevos estados americanos, tan sólo, porque del rápido examen que de un documento hace, cree poder inferir cargo semejante.

Contra esta opinión infundada, tenemos el testimonio de Alvear, entonces en viaje hacia New York, como enviado extraordinario cerca del gobierno de Washington. En una nota que envía desde Londres fechada el 15 de Junio de 1824 (2) dice que le han asegurado "*que habiéndose acercado al Sr. Ministro de R. E. el muy Honorable Jorge Canning, algunos negociantes de los más respetables de esta Capital y anticipándole privadamente el paso q.^e iban a dar, este Sr. les manifestó su dictamen, reducido a q.^e la solicitud debía contraerse a aquellos Estados en los cuales de hecho había cesado la guerra en los cuales consideraba S. E. al de Chile, Colombia y Buenos Aires*". Al hacer esto Canning obraba de acuerdo con los intereses británicos, y habría falseado su posición, si hubiera reconocido imprudentemente a estados embrionarios.

Mr. Sherril, asegura, fundándose en una de las cartas de Canning a Bagot, del 9 de Enero de 1824, de que aquél no era partidario de la independencia de las antiguas colonias hispanoamericanas. Contra este modo de ver las cosas, apoyado en un solo documento entre el jefe del departamento y su subordinado en Rusia, que lo era Bagot (por lo tanto destinado a influenciar a las relaciones anglorrasas, pero no a las anglohispanoamericanas), existen cantidad de otros documentos fehacientes, de mayor cuerpo y autoridad, que vienen a destruir tan apresurada hipótesis. El 9 de Octubre de 1823 (por lo tanto antes del mensaje Monroe) Canning sostuvo una conferencia con el Príncipe de Polignac, ministro de Francia cerca del gobierno inglés, sobre los asuntos hispanoamericanos. Las minutas de esta conferencia se imprimi-

(1) Paxson: The independence of South American Republics. An study in recognition. — Canning to Parish. Foreign office Mss. — Norberto Piñero, tomo III, Anales de la Facultad de Derecho, vol. I, pág. 214, cita y transcribe a este documento, tomado según él, del: Public Record Office, Legajos Buenos Aires y Portugal (Londres).

(2) Archivo General de la Nación. Legajo: Misión Alvear. 1824.

mieron, y fueron presentadas al Parlamento en Marzo 4 de 1824. (3) Estas mismas minutas fueron elevadas al gobierno de la provincia de Buenos Aires, por Parish, el 8 de Junio de 1824. (4) Este documento contenía las siguientes importantes declaraciones: “*que el gobierno británico, enteramente convencido de que el antiguo régimen no podría ser restaurado, estaba imposibilitado para realizar cualquier negociación, que le condujera, sea a diferir como a rehusar el reconocimiento de la independencia*”. Alvear en una nota fechada en Londres el 29 de Junio de 1824 (5) comunica con respecto de este problema: “*Es altamente satisfactorio p.^a el ministro que firma poder asegurar q.^e las explicaciones de los S.^{res} Ministros Mr. Canning y Lord Liverpool respectivamente de R. E. el uno, y de Gov.^{no} el otro, en ambas cámaras, dan los datos necesarios p.^a calcular y deducir q.^e las intenciones del Gov.^{no} Británico con respecto a la América son las más sanas y favorables; y a juzgar por la apariencia q.^e ellas ofrecen, la opinión de este Gov.^{no} puede creerse sin error q.^e está bien pronunciada, y en esta parte uniforme con la pública de toda la Nación, q.^e indudablemente anhela el reconocimiento de la independencia del nuevo mundo. Este mismo juicio de la sinceridad del Gabinete Ynglés, es común a los S.^{res} diputados de América aquí residentes, incluso el Sor. Rush, Ministro Plenipotenciario de los Estados Unidos*”.

La posición de Canning era difícil, porque de un lado la opinión pública (comerciantes y mercaderes) exigía el reconocimiento, y por otra parte dentro del mismo ministerio una facción poderosa se oponía al mismo. Pero los verdaderos intereses británicos acabaron por imponerse, y el reconocimiento se produjo. Esto fué lo esencial; mientras que para nosotros es totalmente secundario saber cual fué el credo político íntimo de los que a tal hecho apoyaron.

Mr. Sherril, achaca a Canning su simpatía por la forma monárquica de gobierno, y cree que esto es otra prueba para demostrarnos el poco afecto de Canning hacia los estados sudamericanos. Nos pronunciamos en contra de esta interpretación artificial.

(3) Annual Register, 1823, pág. 102. — En el mismo día se presentaron a los Lores y a los Comunes. Parliamentary debates. New series. Vol. 10, columnas 708, 709 y 721.

(4) Archivo General de la Nación. Legajo: Misión Parish. 1824.

(5) Archivo General de la Nación. Legajo: Misión Alvear. 1824.

En efecto, el problema fundamental era el del reconocimiento, siendo secundario el de la forma de gobierno; (5 bis) ¿Cree Mr. Sherril que Rusia no es independiente porque su forma de gobierno es la autocracia? Además, no es cierto que Canning antepusiera la forma monárquica de gobierno como condición indispensable para reconocer la independencia. He aquí las mismas palabras de Canning: "*Que, aun cuando fuese muy de desear el establecimiento de una forma monárquica de gobierno en cualquiera de esas provincias, por otra parte, cualquiera que pudiesen ser las dificultades para establecerla, su gobierno (el inglés) no podía adelantarse hasta el punto de imponerla como una condición para su reconocimiento*". (6)

Mr. Sherril, parece olvidar esta distinción elemental entre la forma de gobierno y el reconocimiento de la independencia.

No cabe citar aquella otra ingenua prueba que Mr. Sherril nos presenta, para evidenciarnos la animosidad de Canning hacia los nuevos estados. Trae las palabras de Lord Ponsonby, quien en el Buenos Aires polvoriento y triste de 1826, sentía la nostalgia de Regent St., resultando de su comparación que "Not eye ever saw so odious a country as this Buenos Aires!" Como si del estado espiritual del ministro, que añoraba el "comfort" de una corte opulenta, pudiera inferirse la teoría política hacia estos países nuevos, que mantenía el gabinete británico!

Desahuciada por Sherril la acción inglesa, quédale por probar la yanqui; es decir, la de la doctrina Monroe.

De las diversas partes en que el mensaje suele dividirse, nos interesan realmente los puntos que tratan de la colonización en

(5 bis) El problema planteado de este modo, y clarísimamente expuesto, fué estudiado por Lord Liverpool, en su discurso a la Cámara de los Lores. Parliamentary debates. New series, vol. 10, colum. 992.

Este discurso está parcialmente reproducido en castellano, en el Mensajero, de Londres. 1824, tomo I, N.º 3, pág. 290. "Parlamento Británico. Cámara de los Lores. Marzo 15, 1824. Alocución de Lord Liverpool sobre la América Española". — (Museo Mitre).

En el mismo Mensajero, tomo IV, pág. 380, "Parlamento Británico, Junio 15 de 1824. Alocución de Sir James Mackintosh, y respuesta del Honorable Jorge Canning, sobre el reconocimiento de la Independencia de la América Española".

(6) Annual Register, año 1823, pág. 102. — Archivo General de la Nación. Legajo: Misión Parish. 1824, documento oficial inglés, impreso (el mismo que se elevó a consideración de las Cámaras inglesas el 4 de Marzo de 1824) que Parish comunicara al gobierno del Estado de Buenos Aires, el 8 de Junio de 1824.

América por parte de potencias europeas; y de la intervención por las demás naciones entre España y sus antiguas colonias independizadas.

En lo que se refiere a la no colonización de América por potencias europeas, Schouler (7) declara que esta declaración fué debida a los intereses americanos puestos en peligro por la acción rusa en el noroeste del continente. Por lo tanto, poco tuvo que ver con nosotros. Sin embargo, Mr. Sherril quiere obligarnos, pretendiendo demostrar que esa declaración fué nuestra salvaguardia. Quiere ver en las declaraciones de Canning en el Parlamento, que era partidario de la colonización de América por naciones europeas. Es hilar muy delgado. Las palabras de Canning, tal como las cita, expresan que el principio de la no colonización era nuevo para su gobierno. Además, la opinión inglesa veía en la declaración citada una encubierta ambición yanqui, disfrazándose con aparente humanidad. (8) El tiempo ha venido a comprobar esta interpretación. Aquello de "hands off!" fué para los europeos; pues para los de América vino el "hands up!" Ahí están Puerto Rico, Cuba, Nicaragua. . .

En lo que se refiere a las relaciones internacionales de los nuevos estados, con los demás de la Europa, la situación quedaba en el mismo pie que cuando Inglaterra había declarado que no toleraría la intervención de ninguna nación para arreglar los asuntos entre España y sus antiguas colonias. El mensaje no iba más allá de estas declaraciones.

Es menester recordar, por otra parte, que cuando todo el mundo quería convertirse en paladín de nuestra independencia, era porque ésta ya nos estaba asegurada de hecho por nuestras propias fuerzas.

Eliminada la intervención extranjera, queda por averiguar

(7) James Schouler: *History of the United States of America under the Constitution*. Revised edition. 1885, vol. III, pág. 291, nota, *infine*: "The more debatable proposition of the two,—that these continents "are not longer subjects for any new European colonial establishments" a statement which referred more immediately to the north-east coast question, which was then under discussions with Russia, whose part in the Holy Alliance our cabinet positively tested. . ."

Schouler es considerado como exacto y fiel narrador de las cosas yanquis. El popularísimo manual Thwaites-Hart-Wilson, usado en las escuelas y "colleges" americanos, dice, refiriéndose a la obra de Schouler: "... it is an excellent repository of facts". (T. II, p. IX).

(8) *Annual Register*, 1823, pág. 239.

cuál fué la actitud de Canning y la de Monroe, con respecto del pleito entre España y sus antiguas colonias. Canning declaró a un ministro de una de las potencias europeas: "*Que el gabinete Británico había guardado p.^a con la España toda clase de consideraciones en lo relativo a los asuntos de América: que, persuadido de que era imposible a la España recobrar sus antiguas colonias, había querido dar a esta Potencia todo el tiempo necesario p.^a meditar sobre sus verdaderos intereses, y convencerse de q.^e era indispensable reconocer la independencia de aquellos países, procurando sacar algún partido de semejante reconocimiento: p.^o q.^e una vez q.^e todas estas consideraciones y oficios tan amistosos como desinteresados habían sido perdidos p.^a la España, el gabinete Británico se consideraba en adelante libre de los vínculos q.^e voluntariam.^{te} se había impuesto, sin necesidad de ulterior explicación seguiría más tarde o más temprano aquella conducta q.^e exigiesen los intereses nacionales*". (8 bis)

Refiriéndose al mismo aspecto de la cuestión Monroe, declara: "*la firme resolución... de llevar a efecto su mensaje, oponiéndose a que ninguna nación, menos la España, se ingiera en la cuestión actual entre ésta y la América*". (9)

La actitud es bien demostrativa. Mientras el gobierno inglés "seguiría los intereses nacionales" (y ya sabemos cuales eran) *aun en contra* de la España, para la solución del pleito entre esta y sus antiguas colonias, — en cambio Monroe, llevaría resueltamente a cabo su mensaje (nadie sabe hasta qué punto), *menos contra* la España.

Hasta ahora nos hemos detenido en el dominio de las intenciones. Veamos de qué manera vinieron a engranarse en la práctica, dentro de nuestro país, la política inglesa y la americana.

A principios del mes de Febrero de 1824, llegaron a Buenos Aires, noticias alarmantes de los sucesos de Europa y de la posibilidad de una última tentativa española para recuperar el dominio de América. Rivadavia, secretario que era de Rodríguez,

(8 bis) Archivo General de la Nación. Legajo: Misión Alvear. 1824. El documento es la copia de una minuta de conferencia que los enviados del Perú ante el gobierno inglés sostuvieron con Rush, el ministro americano en Londres. — Rush comunicó las noticias referidas a los del Perú, éstos facilitaron la minuta de la conferencia a Alvear, quien la envió al gobierno del Estado de Buenos Aires.

(9) Archivo General de la Nación. Legajo: "Misión Alvear. 1824". Nota enviada desde Wáshington, 18 de Octubre de 1824.

inmediatamente de llegar a conocer tales hechos, dirigió una circular con fecha de 5 de Febrero a los gobiernos independientes de América. Acompañándola con una nota la envió al ministro argentino cerca de los gobiernos del Perú, Colombia y Chile, para que la hiciera llegar a su destino. ⁽¹⁰⁾ El 7 del mismo mes, la envía al comisionado cerca de las autoridades españolas del Perú, incluyendo una nota que había dirigido a todos los gobernadores argentinos.

La circular tiene para nosotros un gran valor histórico. Ella, aunque en estilo difuso, nos demuestra y prueba, que el gobierno supo, en un momento dado, tener conciencia del peligro, y al mismo tiempo, sentir la solidaridad con los demás pueblos americanos. Su doctrina está fundada en sanos principios de derecho internacional, apelando al interés recíproco de varios estados. No como la del mensaje Monroe que tan sólo tiene en cuenta intereses particulares.

Los asuntos del Perú, los sucesos del Brasil, y la situación de Europa, determinaron a Rivadavia para la convocación de la sala de representantes local, a fin de que ésta le autorizara para la reunión de la asamblea nacional. El 9 de Febrero, se dirigió en tal sentido al presidente de la sala, y el 12 a ésta, la que le otorgó el 27 poderes suficientes para que realizara tal convocatoria. Resuelta la situación, y cuando el temple viril de los espíritus se reponía de las alarmantes noticias que a diario circulaban, ⁽¹¹⁾ llega a Buenos Aires el mensaje Monroe.

Es altamente sugestiva la indicación de Rivadavia, quien en una nota del 16 de Febrero de 1824, al ministro cerca de Chile, Perú y Colombia, le dice: "*no teniendo nada que agregar a las instrucciones del 5 de Febrero, adjunto dos ejemplares reimprimos en esta ciudad*". El mensaje se enviaba, pues, como elemento ilustrativo, pero de ninguna manera como elemento que hubiera determinado ni influenciado en algo la conducta de nuestro gobierno. ⁽¹²⁾

(10) Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores (R. A.). Libro copiator N.º 2. Correspondencia extranjera. 1824-1825.

Esta nota ha sido publicada en la Revista de Derecho, Historia y Letras, T. XLIV, N.º Octubre 1914, p. 224.

Es de lamentar que la publicación esté hecha siguiendo un criterio rutinario, dejando de lado todas las exigencias de la técnica histórica.

(11) Argos de 1824. (Museo Mitre).

(12) Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores (R. A.). Libro

La independencia de nuestra política de las sugerencias yanquis, se patentiza aun más si se tiene en cuenta que la misión Alvear había sido determinada antes de la llegada del mensaje. En efecto, el nombramiento de ministro plenipotenciario es de 30 de Diciembre de 1824.

La política inglesa, en cambio, determinó la conducta de nuestro gobierno. El 31 de Marzo de 1824, llega a Buenos Aires, Woodbine Parish, e inmediatamente su acción se deja sentir de un modo evidente en las deliberaciones del congreso que nos daría una constitución y un ejecutivo unitario. En buena parte debido a las exigencias de Canning de que tuviéramos gobierno estable para que fuera un hecho nuestro reconocimiento. (13)

Ignorando como ignoramos la historia circunstanciada de los demás países sudamericanos, no podemos establecer hasta qué punto se equivoca Mr. Sherril, con respecto de ellos. En lo que a nosotros concierne, Mr. Sherril no ha conseguido, ni destruir el mito Canning, ni probarnos hasta qué punto nuestra gratitud está obligada por el mensaje Monroe. Sospechamos que nada; aun cuando la cortesanía diplomática (para colocarnos dentro del terreno que tanto agrada al republicano Sherril), nos obliga a conducirnos amablemente, y decir del mito que quiere crear, lo que pudiéramos decir de la circular de 5 de Febrero de 1824: Ella fué la égida de nuestra independencia.

DIEGO LUIS MOLINARI.

copiador. N.º 2. Correspondencia extranjera. 1824-1825. No nos ha sido posible establecer la fecha exacta de la llegada a Buenos Aires del consabido mensaje. Nuestra busca en el Archivo General de la Nación, ha sido infructuosa. Ni en los papeles de secretaria, ni en el legajo "Rodney-Forbes" existía, cuando los consultamos, documento alguno referente al mismo. La primera noticia oficial es la del 16 de Febrero de 1824, que citamos.

El público tuvo noticia del mismo el día 9 de Febrero, por un extracto de la Gaceta Mercantil (según Zinny: La Gaceta Mercantil de Buenos Aires, 1823-1852. Resumen de su contenido con relación a la parte americana y con especialidad a la historia de la República Argentina. Buenos Aires 1875).

El Argos también reprodujole en parte, el 18 de Febrero de 1824.

(13) Consúltese el Diario de Sesiones del Congreso General.

LETRAS ARGENTINAS

La Maestra Normal, por Manuel Gálvez.

La novela argentina, la novela que pueda considerarse netamente argentina por sus caracteres propios y originales, es género que no ha fructificado vigorosamente entre nosotros. La poesía, el cuento, el teatro, la crítica, el *ensayo*, han tenido en todo tiempo cultivadores más o menos conspicuos y sobresalientes. La novela no. Se han escrito muchas sin duda, pero para ser el reflejo de la vida y el espíritu nuestros, faltábales, a unas, ambiente, color, raigambre nacional; a otras, intensidad, emoción verdadera, selección literaria. A menudo se ha insistido sobre ello tratándose de esclarecer las causas por las cuales tan importante clase de obras carece aquí de cultivo serio y constante. No olvidaremos, por cierto, algunas excepciones dignas de tenerse en cuenta, como la propia *Amalia* de Mármol que a pesar de los defectos propios de un romanticismo que hoy no nos seduce, y no obstante su índole tendenciosa y combativa, atesora páginas que merecen perdurar. No olvidaremos tampoco que posteriormente se han producido algunas novelas tan estimables como *Las Divertidas Aventuras del nieto de Juan Moreira*, de Payró. Pero parece indudable que hasta ahora nos ha faltado el novelista tipo, el que sorprendiendo en una honda mirada, los rasgos esenciales de nuestra sociabilidad, acertara a reflejar, poderosamente, en obras de imaginación, algunos de sus aspectos principales, realizando síntesis acabadas y vivientes. Y es que el grande, el verdadero novelista, es, por la complejidad de su organización espiritual, el tipo de escritor menos susceptible de producirse, en toda su integridad, dentro de literaturas incipientes y de sociedades no definidas aun profundamente por rasgos específicos y característicos. Por otra parte, el novelista magistral ha de poseer aptitudes superiores y poco comunes. Requiriendo la ima-

ginación creadora del poeta y su capacidad de sentimiento, ha de agregar todavía a ello ciertas condiciones del historiador, en cuanto al registro minucioso de los hechos y del sociólogo en lo que respecta a la comprensión del medio y de sus relaciones con el individuo, más un sentido psicológico profundo y la más poliforme y rica expresividad verbal. Agréguese a ello que ha de estar dotado de la voluntad de producción que exige toda obra extensa y de construcción orgánica. Sólo de este modo se llega a las creaciones eternas de un Tolstói, de un Galdós, de un Balzac. Así se explica por qué en nuestro ambiente, hostil casi siempre a la consagración exclusiva respecto de estas actividades espirituales, han fracasado muchos en su intento de novelar cosas que, además, carecían de característica muy acentuada y propia como para facilitar su percepción y reflejo. Deficientes fueron por lo tanto los ensayos de novela romántica y psicológica, y precarios o inferiores los intentos de novela naturalista. Cuando no errores de procedimiento constructivo, son fallas de estilo, exageraciones y deformaciones de la realidad lo que determina la insuficiencia de casi todas las obras que representan, dentro de nuestra literatura, el género en cuestión.

El reciente libro de Manuel Gálvez, a no ser por ciertos defectos que lo desmedran y perjudican, principalmente en su faz artística, podría ser considerado como una de las novelas mejor logradas hasta ahora en nuestro ambiente. Su asunto es evidentemente muy nuestro, dado que el autor ha ido a sorprender la vida del interior argentino, en uno de sus centros más característicos y representativos. En cuanto al procedimiento netamente realista empleado por el autor, hemos de hacer algunas observaciones pertinentes.

La novela realista aspira a reflejar las cosas fiel y cabalmente. Puesto que se trata de copiar la vida, no es posible excluir la minucia, el detalle tantas veces significativo y que, en agregación sucesiva y armónica viene a constituir el conjunto que se trata de obtener. Los románticos olvidaron esto. Quisieron ser puramente idealistas; narrar aquellos actos y pensamientos de sus héroes, que eran elevados y trascendentes, desconociendo la no menor importancia de tantas cosas familiares, cotidianas, vulgares. En ello estriba la diferencia del procedimiento que otorga a la novela realista una superioridad indiscutible, pues ella, por el contrario, no desdeña desde luego las fases ideales de la vida.

entremezclándolas, eso sí, con los aspectos materiales, y rindiendo de este modo el cuadro completo. La novela realista no excluye pues el idealismo intrínseco que puede coexistir con lo demás y otorga a la obra una intención elevada y dignificante, una sugestión saludable y un gran valor ético y estético. En la novela realista la descripción mézclase continuamente a la narración. El relato de un hecho será "mechado" por decirlo así, a cada paso, con descripciones parciales del paisaje, del ambiente, de las fisonomías, etc. Junto al rasgo psicológico, la anotación del detalle material, la observación de lo circunstante. De esta agrupación, armónica y sabiamente dispuesta por el instinto artístico del novelista, surge el conjunto fuerte, real, impresionante. A su lado los pálidos esquemas románticos o las disecciones de la "novela de análisis" o psicológica, resultan algo unilateral e insuficiente. No traducen sino un aspecto: — el proceso espiritual de los personajes, tomado en un trance extraordinario de su vida, y descuidan las circunstancias externas que es forzoso consignar.

Otra característica del realismo en la novela es la diversidad de tonos que introduce en ella, haciendo alternar la ironía y el humorismo con la ternura, la pasión y el entusiasmo, descubriendo lo ridículo al par que lo noble, las miserias humanas al propio tiempo que los sentimientos puros y los impulsos superiores, todo ello sencilla y naturalmente sin la hipérbole de los románticos y mediante el trazo directo, sobrio y eficaz.

Dicho se está con esto que somos partidarios decididos de la novela realista; más aun, que consideramos a ésta la forma superior y casi nos atreveríamos a decir, *definitiva* del género — a lo menos dentro de la mentalidad de nuestra época, — y que por lo tanto aprobamos en principio el procedimiento de Gálvez en "La Maestra Normal". Pero, averigüémonos bien. Hay modos y modos de realismo. Realistas son Flaubert y Eça de Queiroz, mas lo son con un sentido profundo y exacto de lo principal y de lo accesorio, de lo indispensable y de lo superfluo en el reflejo de las cosas. Saben discernir qué detalle, por insignificante que parezca *prima facie*, cobra, colocado artísticamente en el desarrollo de la obra, una determinada fuerza sugestiva y reveladora. Ven claramente qué es lo que puede omitirse por insustancial y qué es lo indefectible; lo que conviene a la claridad y justeza de la pintura y lo que por el contrario desvía o fatiga la

atención del contemplador. Sin este *sens des nuances* esencial, la obra pierde en significado artístico por la acumulación viciosa de detalles muchas veces pleonásticos. Como expresa Taine, el arte consiste en destacar lo típico, lo esencial de las cosas, en una palabra: el *carácter* que las define.

Gálvez ha incurrido en un exceso de minuciosidad. Cae a menudo en lo *fotográfico*, alejándose de lo *pictórico*. Su obra peca por abundancia. Se echa de menos la depuración que debiera despojar a sus páginas de una abusiva carga de rasgos insignificantes. Es lástima que Gálvez haya descendido a menudo hasta el detalle pueril y repelente, afeando así la belleza indiscutible de su libro. Describe Gálvez en esta novela la vida de La Rioja, colocando en ella a uno de sus protagonistas, Solís, maestro de escuela que se traslada de Buenos Aires a esa provincia en busca de clima y de quietud favorables para la dolencia contraída en la vida febril y desordenada que llevara en la ciudad porteña. Solís conoce allí a Raselda, "la maestra normal". Trábase entre ambos un amorío que termina con la deshonra de Raselda y su abandono por Solís. Tal es la trama fundamental a cuyo alrededor teje Gálvez enorme cantidad de intrigas secundarias en que intervienen una multitud de personajes; todo lo cual, unido a la descripción del paisaje y de las pequeñas modalidades del ambiente, aspira a trasuntar la vida y el alma de La Rioja, o como el autor pretende, la de casi todo el interior argentino, cuyas características, según él, no difieren en lo esencial o sea el espíritu. Convengamos en que si Gálvez ha procurado con su novela inspirar un sentimiento de adhesión y simpatía hacia esa comarca, — "comarca profundamente argentina y cuya alma voluptuosa, sencilla, poética, pretendo sintetizar en este libro" como dice en el prefacio, — el desarrollo de la obra le ha desviado de su inspiración inicial, pues el cuadro social que nos ofrece es lo menos a propósito para despertar emoción alguna de solidaridad y afecto hacia ese medio. Si se exceptúa la bella sugestión del paisaje admirablemente traducido en muchos pasajes y se exceptúa de entre los caracteres la figura melancólica y noble de Raselda, casi todo lo demás es mezquino y grotesco. Lejos de ese concepto trascendental de la vida que el autor ha pretendido alguna vez ("El Diario de Gabriel Quiroga") encontrar en las gentes del interior, sus personajes sólo abrigan móviles deleznales y pequeñas pasiones. Es innegable que si el libro se lee

con verdadero interés por la amenidad, el movimiento y el riquísimo colorido que Gálvez ha puesto en sus páginas, su lectura deja un sabor amargo y desagradable. Por nada de este mundo quisiera uno trabar relación con seres tan superficiales, inconsistentes o ridículos. Creemos, pues, fundadamente, que hay aquí más de una exageración lamentable y que extremando el realismo, en principio tan acertado, Gálvez ha incurrido en una deformación caricaturesca de muchas cosas.

Otro elemento que resta valor artístico a "La Maestra Normal" es el espíritu tendencioso y combativo que anima al libro, al ser en mucha parte una acerba crítica — que en el fondo creemos injustificada — del normalismo. Dada la profesión de los protagonistas, Solís y Raselda, la novela entera gira alrededor del problema educacional en las provincias, y el autor nos presenta entonces una serie de pedagogos a cual más formulista, incomprendible y chocante, que actúan todos ellos en intrigas antipáticas y adoptan actitudes serviles, absurdas o inconvenientes. ¿Hasta dónde es verdad todo esto?

Y sin embargo, a pesar de esos defectos, exageraciones y errores, "La Maestra Normal" no deja de ser una novela vigorosa y sobre todo probatoria de las grandes aptitudes que posee Gálvez para el cultivo del género. Lo es por su composición admirable, armónica y proporcionada, por lo penetrante de la observación y la abundancia de rasgos felicísimos para caracterizar un tipo o una cosa cualquiera. Gálvez acierta en la *hipotiposis* — o sea la pintura animada de los objetos, — por su capacidad evocativa, y descuella asimismo, en la *ctopeya*, o sea el retrato de las cualidades, defectos e idiosincrasias morales de un personaje, como también resulta diestro y seguro en la *protopografía*, dibujo de las características físicas y exteriores del tipo. Individualiza con eficacia y sus figuras logran animación y vida, objetivándose en la mente del lector. Tales cualidades son sintomáticas de un gran temperamento de novelista, si además se agrega a ello la ductilidad expresada del autor que hace gala frecuentemente de un humorismo e ironía de buena ley al par que traduce elocuentemente los sentimientos más tiernos y graves. El estilo en que está realizada "La Maestra Normal" pudiera ser objeto de muchas observaciones parciales por su construcción a veces descuidada, la repetición de muchos giros y fórmulas sintácticas dentro del mismo período y otros defectos fácilmente

advertibles. No obstante, creemos que Gálvez posee la prosa de la novela — tan diferente de toda otra prosa, — y que sus errores son debidos a inadvertencias fácilmente subsanables. En cambio hay ciertos ejemplos de adjetivación magistral en la novela y el diálogo es manejado por Gálvez con un raro sentido de exactitud.

En suma, creemos que quien ha realizado este potente esfuerzo como novelador, escribiendo una obra de cuatrocientas páginas que registran a menudo cuadros y escenas de primer orden, es capaz de llegar en obras sucesivas hasta la obra maestra que dentro de este género tanto se hace esperar en nuestro ambiente.

La Copa de oro, por Luis María Jordán.

Es este el segundo libro de versos del autor, uno de los poetas jóvenes más conocidos y reputados en nuestro medio literario. Como en su primer volumen, muestra Jordán en "La Copa de Oro" su brillante aptitud para el manejo del verso, y su empeño de infundir siempre en él una emoción sincera y un pensamiento trascendente. No lo logra siempre, por cierto, y tal vez pueda atribuirse precisamente a ese deseo de ser en todo momento sencillo y humano, más de una ingenuidad o falta de gusto deslizadas en sus composiciones, a favor de la facilidad espontánea con que ellas fueron escritas.

Los motivos emocionales de esta colección de poemas son de carácter subjetivo. Cántanse en ellos afectos sencillos y cosas íntimas, para cuya exposición elige el poeta ritmos lentos y apagados, palabras suaves y afables como en una conversación familiar. El tono de este libro sugiere el retorno de un alma a la vida serena y humilde del espíritu, después de haberse agitado en el devaneo mundano y en la pasión febriciente.

"Celebro en él — dice su autor en la dedicatoria, — el hogar nuestro, el amor a los padres, el jardincito de la casa, el buen sol que en el Otoño hace abrir los botones de los crisantemos, la alegría de la vida sencilla, la religión de los abuelos y el cariño a los seres humildes."

Esto que desagradaría a los parnasianos y a los cultivadores del arte objetivo es sin duda un venero de inspiración sana y sincera. Jordán cultiva todo eso como un pequeño huerto que florece en sus estrofas armoniosas, llenas de cadencias. Y bajo el su-

til velo melancólico que se extiende por sobre estos poemas, "La Copa de Oro" es un libro de optimismo y de fe que traduce un hondo amor a la vida y a la naturaleza.

En cuanto a la técnica y aun respecto de algunos temas sentimentales, el influjo de D'Annunzio es en este volumen lo bastante acentuado como para obligarnos a anotarlo a pesar de nuestra aversión a ese procedimiento tan trillado de buscar antecedentes literarios. Pero es indudable que Jordán ha adoptado en muchos de sus poemas la forma estrófica del poeta de "Il Poema Paradisiaco": ese cuarteto de endecasílabos en que se repiten, a menudo, — logrando sin duda preciosos efectos musicales, — rimas, frases y cláusulas enteras muchas veces; como en este fragmento característico:

¿Es cierto que el crepúsculo te exalta?
No importa: ese es un mal que yo conozco
desde hace mucho... Yo también conozco
ese mal del crepúsculo que exalta.

Y también los paréntesis frecuentes en D'Annunzio:

Y desde entonces (¿es verdad, Amada,
que ese misterio se repite ahora?)
y desde entonces a la misma hora
nos adoramos sin decirnos nada.

Mucho más personal en cuanto a la forma se manifiesta el autor en otros poemas realizados dentro de distintos metros. Pero aun las mismas estrofas citadas, revelan en su perfección prosódica el sentido del ritmo que Jordán posee y que unido a su sensibilidad y a su cultura, imprime a esta obra un sello de verdadera distinción literaria.

ALVARO MELIÁN LAFINUR.

EL TEATRO NACIONAL. EN 1914

I

La reseña crítica de la temporada dramática nacional de 1914 es una labor tan ardua e ingrata como la de resumir los debates de un congreso en el que no se estudiara cuestión alguna y en el cual no hubiese congresistas inclinados al mutismo o a la misantropía. Sólo representándose una asamblea de esa índole, puede llegarse a tener una idea aproximada de la orientación seguida por los autores locales durante el año que acaba de transcurrir.

Imposible, en efecto, advertir en la larga lista de obras estrenadas la menor continuidad de pensamiento, la más imperceptible persistencia de un ideal de cualquier orden. Esta confusión contrasta con la uniformidad del año precedente. Aunque quizá más inferior desde el punto de vista artístico, la actividad teatral del año 1913 fué mas disciplinada. La dictadura que sobre la escena dramática ejercía el señor Pablo Podestá comenzaba a declinar, y como en todos los finales de tiranías, cuanto más se acercaba a su fin más obsequiosos se tornaban sus adictos. Todas las obras de entonces estaban concebidas a imagen y semejanza de esa basta figura del arte nacional. Aunque fué el propio señor Podestá quien al abrir esta vez la temporada con *Los amores de la Virreina* inició la reacción contra la monótona dramaturgia que le tenía por héroe exclusivo, su arrepentimiento llegó demasiado tarde. El fracaso de su actuación el año anterior desvirtuó enteramente el esfuerzo artístico realizado con obras como *Siripo*, *La leyenda del Kacuy*, *El dolor del Bárbaro* y *El Grillete*, que pueden señalarse por su sinceridad y su nobleza entre las mejores de la estación dramática.

Al mismo tiempo que los elementos del señor Podestá se esforzaban en el teatro Nacional en vencer la indiferencia del

público, una compañía encabezada por la señorita Pagano y la señora Rico se iniciaba con cierto éxito en el Nuevo.

Este conjunto ofreció, durante el poco tiempo que conservó su constitución original, dos géneros de obras: las comedias en que la conocida característica ejerce su burlesco matriarcado y otras producciones como *La Comedia del Amor*, *La Carcoma* y *La Dama de Cœur*, un poco más discretas que las de la especialidad de la señora Rico.

Simultáneamente funcionaba en el Apolo una compañía de zarzuela hispano-criolla que a poco andar se consagró a espectáculos de género libre. Igual fin alcanzaron los restos de la compañía de don Pablo Podestá, quien tras una infructuosa tentativa de modificar su repertorio, ha vuelto al seno de los bosques primitivos, de los cuales, por otra parte, nunca se ha alejado mucho su espíritu.

Hacia la mitad de la temporada se disgregó el conjunto artístico que actuaba en el Nuevo, continuando parte de sus elementos bajo la dirección de la señora Rico en la misma sala y luego en la del Moderno. A partir de entonces predominaron las obras en que salen a relucir familias *cursis* con niñas casaderas. Salvo una comedia del señor Duhau, *La Murmuración pasa...* y una infeliz tentativa del señor Sánchez Gardell, esta compañía no hizo sino ofrecernos una reedición de *Las de Barranco*, *Gente bien* y *Las d'enfrente*.

Algunos tráfugas de la compañía del Nuevo y los restos de la de género libre que ocupara el Apolo, formaron bajo la advocación de la señorita Angelina Pagano. Este núcleo tuvo la mala suerte de iniciar su campaña en los precisos momentos en que el estallido de la guerra europea alejaba de los teatros al público.

A pesar de esta lamentable coincidencia, la compañía del Apolo logró realizar una lucida temporada. En su haber se cuentan las obras más sobresalientes del año: *La Solterona* de don Pedro E. Pico, la más perfecta de las comedias estrenadas, por la sincera humanidad de sus personajes, lo sobrio y elegante de su construcción escénica y la soltura de sus diálogos; *La Ofrenda* de don José León Pagano, si no tan equilibrada como la anterior, digna de recordarse por su elevación espiritual y la riqueza de su lenguaje; *La Bambolla* del señor Martínez Cuitiño, drama sobrio y vigoroso, aunque inferior a sus obras ante-

riores; *La Ronda del Mal*, comedia del señor Cayol, que a pesar de lo gastado de su asunto no está exenta de gracia ni de poesía y por último, ¿por qué no citarla? *Las Curas Milagrosas*, "pochade" del señor Ortiz Grognet, raro ejemplo de comicidad ingenua y natural en que no se recurre al risueño desenfado de la señora Rico, ni al mimetismo idiomático del señor Parravicini, únicas fuentes de hilaridad que conciben nuestros autores.

El teatro Argentino, que ha permanecido siempre, a causa de los géneros que allí se cultivaban, un tanto apartado del movimiento dramático nacional, ha adquirido en los dos últimos años una importancia artística que sería excesivo desdeñar. Por lo menos, en el año que acaba de transcurrir, ha sido visible la tendencia hacia formas de arte superiores a las que hicieron la popularidad de su primer actor.

Si los resultados no estuvieron a la altura de tan noble intención ello se debe únicamente a los autores que llenaron el cartel. Aunque el original talento del señor Parravicini ofrezca más de una valiosa faceta, nuestros escritores se han obstinado en aprovechar únicamente sus condiciones de excéntrico y su hilarante don de lenguas. Es inútil que hasta los menos perspicaces adviertan en él un talento digno de utilizarse en cosas más elevadas; nadie tienta el ofrecerle la ocasión de revelarlas. El señor Parravicini continúa así inmovilizado en las creaciones que le valieron hace años su éxito, pero que ya comienzan a resultar fatigosas para el público.

II

El examen de la producción escénica nacional perteneciente al período de 1914, debía ser antecedido por la historia de las compañías locales que hemos esbozado, ya que éstas y no los autores dieron la materia y el tono de las obras estrenadas. Así, si se quisiera clasificar el acervo dramático de la temporada no habría que distribuirlo en géneros literarios sino referir cada uno de los productos artísticos a la figura principal de la compañía que los interpretó. Nos veríamos, pues, obligados a distinguir entre las obras creadas por el señor Parravicini, la señora Rico, don Pablo Podestá, etc.

El procedimiento es cómodo, pero ofrece el inconveniente de

que su aplicación alcanza sólo a las obras malas y a algunas mediocres.

Las pocas dignas no son exclusivas de ningún primer actor.

No vale, pues, la pena detenerse a estudiar la rara mescolanza de comedia bufa y melodrama infantil que dominó durante todo el año en el teatro Argentino, ni la sempiterna reedición de las comedias a base de la señora Rico de las temporadas del Nuevo y del Moderno, ni mucho menos los ensayos innobles tentados por el señor Ballerini en los últimos meses de la campaña del Nacional.

Es justo, sin embargo, dejar constancia de que entre las obras escritas para el señor Parravicini, varias merecen, por lo menos, ya que nada las salvará del olvido, unas exequias honorables. Ante todo *Alma de Bohemio*, comedia firmada por el popular actor, que es de todas las piezas estrenadas en el Argentino la que ofrece mayor equilibrio y más clara exposición.

Tiene además la virtud de mostrar que el temperamento de este artista no está desprovisto de cierto ingenuo romanticismo.

Una broma de Arlequín, "fábula escénica" de don Roberto Cayol, debe citarse igualmente por la originalidad que evidencia dentro del teatro nacional. Aunque el concepto poético o filosófico que sustenta no se halla expresado con claridad, el diálogo es fácil y la nota satírica está a ratos pulsada con acierto.

Por último *El Loco Lindo*, de don Enrique García Velloso, a pesar de su frondosidad y de lo gastado del asunto, ha de recordarse como una tentativa para elevar el carácter de las producciones de mero pasatiempo.

*

En nuestra crónica mensual hemos examinado las comedias dadas a conocer por la Compañía Rico-Pagano, al comienzo de la temporada en el Nuevo. El juicio que entonces expresamos sobre *La Comedia del Amor*, *El Mundo de la Farsa*, *La Carcoma* y *La Dama de Caur*, no se ha modificado. Seguimos creyendo que tanto el misantropismo del señor Mertens, como el misogenismo del señor Weisbach y la "buena sociedad" del doctor Iglesias Paz, son falsos a más no poder. Empero, no es posible desconocer el progreso, que la sola intención de abordar asuntos como los de las obras citadas, significa para nuestra escena.

La tendencia representada por esas obras fué abandonada tan pronto la Srta. Pagano se separó del conjunto del Nuevo. Desde ese momento el repertorio de la señora Rico monopolizó enteramente el cartel. De todas las producciones dadas a conocer hasta el final del año en el Nuevo y el Moderno, apenas si sobresalen una comedia del señor Alberto Novión, *Misia Pancha la Brava* y otra del señor Duhau, *La Murmuración pasa...*

Misia Pancha la Brava es una fantasía de un colorista que hasta aquí no había hecho sino pintar retratos. El señor Novión ha alcanzado a ofrecer en esta obra tipos y rasgos que sin ser un reflejo directo del ambiente, tienen un innegable carácter nacional.

La comedia del señor Duhau es una obra amable, demasiado amable. A ratos recuerda al doctor Iglesias Paz en sus mejores momentos, y a veces a Capus en sus escenas menos interesantes. *La Murmuración pasa...* deja en efecto la impresión sedante pero un poco amarga de las obras del autor de *Brignol et sa fille*. Para la protagonista del señor Duhau como para los de Capus *tout s'arrange...* Aunque algo inconsistente esta comedia no carece sin embargo de cierta suave ironía.

*

Las obras ofrecidas por la compañía de don Pablo Podestá, *Los Amores de la Virreina*, *Siripo*, *La leyenda del Kacuy*, *El Mayor Prejuicio*, *El Dolor del Bárbaro* y *El Grillete*, fueron ya suficientemente comentadas aquí mismo. Todas ellas han conservado el lugar provisorio que se les señalara, porque no se han presentado posteriormente obras del mismo género que obligaran a modificar el concepto formado.

Siripo sigue siendo la única tentativa seria de teatro poético. *Canción de Invierno*, poema dramático, de don José de Maturana, estrenado por la Compañía Ballerini, tiene muy poco de poema y nada de drama y los dos actos en verso del señor Richard Lavalle representados en el Apolo pertenecen teatral y poéticamente a una suerte de obras ya viejas para nuestros abuelos.

La leyenda del Kacuy y *El Dolor del Bárbaro*, junto con un boceto de igual carácter dado a conocer algunos meses después, *El rastro del lobo*, son asimismo las únicas producciones de todo el año en que se describe con naturalidad llena de realismo y de

poesía el alma mediterránea. Por último, *El Grillete*, drama de don José González Castillo es, excepción hecha de la comedia del señor Pico *La Solterona*, una de las piezas mejor construídas y más vigorosamente escritas de la temporada.

*

Así como al final de la estación dramática de 1913 surgieron en el Nacional las obras de *gran espectáculo*, especie escénica desconocida hasta entonces en nuestro medio, apareció en 1914 en el mismo teatro el género *realista*.

La mejor observación que se hubiera podido hacer a los autores de la nueva escuela consistiría en transcribir el prólogo de un libro de Edmundo de Goncourt, en el cual se señalan los métodos y el alcance del realismo literario. No lo hacemos porque tendría el carácter de una amonestación póstuma, ya que el *teatro realista* fué un recurso transitorio impuesto por la necesidad.

*

La temporada llevada a cabo por la compañía Pagano en el Apolo, fué en relación a la de los demás conjuntos nacionales, un ejemplo de probidad y buen gusto. Ya hemos enumerado las obras que dió a conocer. Todas ellas acusan en sus autores un creciente dominio de la escena y algunas, como la comedia del señor Pico, una completa posesión no sólo de los procedimientos teatrales sino también del sentido íntimo del arte dramático.

Es de lamentar que haya iniciado a deshora su actuación, porque habría aprovechado el movimiento de originalidad que se manifestó al iniciarse la temporada en el Nuevo y el Nacional y que éstos desviaron tan lamentablemente.

ARTURO CANCELA.

NOTAS Y COMENTARIOS

Antonio Porchietti.

Nuestra universidad está de luto, por la muerte, repentinamente acaecida a mediados del mes corriente, de uno de sus más sabios profesores, don Antonio Porchietti, catedrático de lengua y literatura latinas en la Facultad de Filosofía y Letras.

Aquí donde, por desgracia, la cátedra universitaria suele ser todavía desempeñada por muchos sólo para redondear el propio presupuesto y halagar la propia vanidad, don Antonio Porchietti representó como muy pocos, al profesor enteramente consagrado al estudio y a la enseñanza. Hizo de ésta un apostolado; fué el maestro en la genuina acepción del vocablo. No creía cumplida su misión en el aula, sino que la prolongaba fuera de ella, dedicando gran parte de su día a sus discípulos, con el más puro desinterés. Humanista eruditísimo, vivió entre los libros su existencia retraída y modesta: tímido y respetuoso de toda autoridad, no aspiró a otra cosa que a la humilde felicidad que dan la tranquilidad y el silencio. La Facultad de Filosofía debe a su amor a los libros—verdadera pasión de bibliómano— y a su legítima ciencia, la organización de la biblioteca de la institución, a cuyo frente le ha sorprendido la muerte. Fué un trabajador infatigable, que le robaba horas al sueño en beneficio de sus tareas de gabinete, y emprendió muchas y valiosas investigaciones filológicas: sólo que, acaso porque no creyera en el ambiente, acaso porque su modestia le hiciera desconfiar injustamente de sí mismo, acaso porque su misantropía natural de viejo célibe matase en él todo deseo de figurar, es el hecho que hizo de sus investigaciones una solitaria satisfacción de erudito, sin publicar otra cosa que algunos estudios fragmentarios y algún excelente tratado escolar. Fué, repetimos, una admirable vida de serio obrero de la inteligencia, que cumplió íntegramente y hasta el último todo su deber en las filas, sin sacar como tantos, el pecho fuera, en vanos alardes de superioridad.

La "Revista de Filosofía".

Hemos recibido la primera entrega de esta importante publicación bimestral que ha fundado el doctor José Ingenieros. Faltándonos espacio para tratar de ella con la amplitud que se merece, reservamos para el próximo número nuestro juicio sobre tan valiosa revista, que honra altamente la cultura nacional.

NOSOTROS.